



R  
13



11.50

---

1179303

DR

65/3







# I N D I C E

## EDITORIAL DE ESTE VOLUMEN



	<u>PAGINAS</u>
Características de la edición.....	3
Copyright y edición.....	4
Noticia del editor.....	5
Colección «Autores extranjeros»...	6
Biografías «La Nave».....	7
Los grandes escritores.....	8
Índice literario.....	9
Índice de ilustraciones.....	10
Frontispicio.....	11
Nacimiento y muerte de Lope.....	12
Portada del traductor.....	13
Cronología de la obra de Lope.....	14
Vida de Lope de Vega.....	17
Noticia del editor.....	314
Contemporáneos de Lope de Vega.	315
El Teatro Universal.....	318
El Teatro Español.....	319
Tratado de Medicina.....	321
Revista «La Nave».....	323
Biografía del Dr. Carton.....	326
Colofón.....	327

L O P E D E V E G A

por

*Antonio Flores*

*Edición de 2.000 ejemplares*

*con ilustraciones, y con*

*retrato y autógrafo*

*de Lope*



1

VOLUMEN

<i>Rama.....</i>	<i>Ptas.</i>	6.00
<i>Ilustraciones.....</i>	—	4.00
<i>Encuadernación 4</i>	—	1.50
— 6	—	4.50
— 7	—	10.00

PRINTED IN SPAIN «LA NAVE» N.º 49

*Es propiedad - Copyright 1935 by  
Ediciones «La Nave»*



*Madrid 1935 - Primera edición*



«La Nave» ofrece con sus volúmenes de 4 formatos, autores y temas selectos, una sensación biográfica y una impresión crítica o noticia biográfico-crítica, bibliografías, cronologías, esquemas históricos, papel de calidad, interesantes ilustraciones, curiosos retratos, autógrafos, sobriedad en la decoración de impresiones y encuadernaciones, y cubierta en colores.

Los precios marcados en catálogo indican el valor de la rama y cada tomo puede tener por ilustraciones y encuaderns. los suplementos que se detallan en el mismo.

**16 encuadernaciones:** 1. Papel gala, Ptas. 0,50. — 2. Microcosmos cretona, Ptas. 0,75. — 3. Tela inglesa, Ptas. 1,00. — 4. Biografías, Ptas. 1,50. — 5. Microcosmos piel, Ptas. 1,50. — 6. Marroquí cld, Ptas. 4,50. — 7. Piel gran lujo, Ptas. 10,00. — 8. Decoración amateur, 20,00. — 9. Fundamentales tela, Ptas. 5,00. — 10. Fundamentales piel, Ptas. 12,50. — 11. Fundamentales fina, Ptas. 30,00. — 12. Fundamentales lujo, Pesetas 42,50. — 13. Ilustradas económica, Ptas. 5,00. — 14. Ilustradas corriente, Ptas. 12,50. — 15. Ilustradas fina, Ptas. 30,00. — 16. Ilustradas lujo, Ptas. 42,50.

**Colecciones:** — 1. Microcosmos (Form. A: 94 × 68 mm.) — 2. Autores españoles. — 3. Autores extranjeros. — 4. Clásicos. — 5. Obras completas. — 6. Obras escogidas. — 7. Contemporáneos. — 8. Biografías. — 9. Monografías. — 10. La Tradición naturista greco-latina médico-filosófica (Form. B: 164 × 107 mm.) — 11. Obras fundamentales (Form. C: 256 × 178 mm.) — 12. Obras de lujo ilustradas (Form. D: 320 × 248 mm.)

**Colores.** — Se ha destinado a las diversas encuadernaciones que ofrece «La Nave» un color propio para distinción de cada serie, según detalle: 1.<sup>a</sup> Rojo corinto. — 2.<sup>a</sup> Azul. — 3.<sup>a</sup> Gris. — 4.<sup>a</sup> Castaño. — 5.<sup>a</sup> Verde. — 6.<sup>a</sup> Naranja. — 7.<sup>a</sup> Encarnado. — 8.<sup>a</sup> Oro. — 9.<sup>a</sup> Verde. — 10.<sup>a</sup> Azul. — 11.<sup>a</sup> Violeta. — 12.<sup>a</sup> Encarnado. — 13.<sup>a</sup> Oro. — 14.<sup>a</sup> Verde. — 15.<sup>a</sup> Azul. — 16.<sup>a</sup> Violeta.

**La Nave**, revista de cooperación espiritual y de medicina e higiene de la evolución naturista greco-latina, médico-filosófica. — **Artes. Letras. Ideas.** — 4 números anuales de Primavera, Verano, Otoño e Invierno.

EDICIONES «LA NAVE»  
 AUTORES EXTRANJEROS  
 MODERNOS Y CONTEMPORANEOS



Publicado últimamente: ENCUADENS. 3 y 4: PTAS. (\*)

Dostoiewski: <i>Humillados y ofendidos</i> .....	8,00
Dostoiewski: <i>Sueño de un hombre ridículo</i> .....	5,—
Dostoiewski: <i>Notas desde el subterráneo</i> .....	5,—
Dostoiewski: <i>Las pobres gentes</i> .....	5,—
Francis de Miomandre: <i>Mallorca</i> .....	9,50
Dr. Carton: <i>Rousseau, el falso naturalista</i> .....	11,50
G. Flaubert: <i>La tentación de San Antonio</i> .....	10,50

En prensa:

- Dostoiewski: *Netochka Nesvanova*.  
 Dr. Carton: *La cocina sencilla*.  
 Budapest y la Puzsta: *Cuentos húngaros*.  
 F. Hebbel: *María Magdalena y otros dramas*.  
 Crepieux Jamin: *Las bases fundamentales de la grafología*.

En preparación:

- H. G. Wells: *En pos de la democracia*.  
 Dr. Carton: *Tratado de medicina, de alimentación y de higiene naturalistas*.

\* Para toda clase de datos referentes a precios y suplementos que corresponden a cada edición, se remite «La Nave» a la página 3 de cada nuevo volumen y al doblez de su cubierta.

EDICIONES «LA NA VE»  
B I O G R A F I A S



Publicados: ENCUADERNACION 4: PTAS. (\*)

Goya, por Ramón Gómez de la Serna.....	12,50
Loyola, por José María Salaverría.....	6,50
Azorín, por R. Gómez de la Serna.....	11,50
Nietzsche, por Daniel Halevy.....	11,50
Eleonora Duse, por E. A. Rheinhardt.....	11,50
Molière, por Ramón Fernández.....	11,50
Goethe y Beethoven, por R. Rolland.....	11,50
Balzac, por René Benjamín.....	11,50
Stendhal, por Rudolf Kayser.....	11,50
Rousseau, por el Dr. Carton.....	11,50
La Reina Victoria, por Lytton Strachey.....	11,50
Miguel Angel, por Romain Rolland.....	11,50
Maquiavelo, por G. Prezzolini.....	11,50
Tolstoi, por Romain Rolland.....	11,50
Lope de Vega, por Antonio Flores.....	11,50

En prensa:

H. G. Wells, por Geoffrey West.

Santa Teresa, por Consuelo Gil.

Bernard Shaw, por G. K. Chesterton.

En preparación:

Carton, por Humanes.

Julio Antonio, por Humanes.

\* Para toda clase de datos referentes a precios y suplementos que corresponden a cada edición, se remite «La Nave» a la página 3 de cada nuevo volumen y al dobléz de su cubierta.

## LOS GRANDES ESCRITORES



Publicados: ENCUADERNACION N.º 4: PTAS. (\*)

Molière, por Ramón Fernández.....	11,50
Goethe y Beethoven, por R. Rolland.....	11,50
Balzac, por René Benjamín.....	11,50
Stendhal, por Rudolf Kayser.....	11,50
Tolstoi, por Romain Rolland.....	11,50
Lope de Vega, por Antonio Flores.....	11,50

En prensa:

H. G. Wells, por Geoffrey West.....

En preparación:

Bernard Shaw, por G. K. Chesterton.....

\* Para toda clase de datos referentes a precios y suplementos que corresponden a cada edición, se remite «La Nave» a la página 3 de cada nuevo volumen y al dobléz de su cubierta.



# I N D I C E

## L I T E R A R I O D E E S T E V O L U M E N



PAGINAS

CAPITULO 1.— <i>Aprendiendo a andar.</i>	19
— 2.— <i>Alma mater.....</i>	35
— 3.— <i>Una Helena y un asedio.....</i>	45
— 4.— <i>Firmeza, tienes nombre de mujer.....</i>	63
— 5.— <i>De la cárcel al galeón.</i>	83
— 6.— <i>Una visita a la hermana del Rey.....</i>	95
— 7.— <i>La carga de Jacob...</i>	115
— 8.— <i>Santos, Dragones y Reyes .....</i>	127
— 9.— <i>El secreto de Toledo..</i>	141
— 10.— <i>El Duque de Alfeñique</i>	157
— 11.— <i>«De consolatione»....</i>	177
— 12.— <i>Madre Teresa y otras almas.....</i>	191
— 13.— <i>Un yermo de pesar...</i>	203
— 14.— <i>Dos cruces.....</i>	233
FUENTE OVEJUNA. (Selección)... ..	250
PERIBÁÑEZ Y EL COMENDADOR DE OCAÑA.....	265
EL CABALLERO DE OLMEDO.. ..	276
ROMANCES A BELISA .....	283
SERRANAS .. ..	292
CANCIONES DE SAN JUAN.....	295
SONETOS .....	301

## I N D I C E

## D E I L U S T R A C I O N E S



## PAGINAS

Lope y autógrafo de su firma.....	11
Vicente Espinel, amigo de Lope..	21
Manrique de Lara, su protector...	28
El Duque de Alba.....	37
Segovia: su Alcázar y su Catedral.	44
Alcalá: su Universidad.....	53
El Puerto de Lisboa, grabado de 1592.....	60
La Invencible Armada y la flota inglesa.....	69
Felipe III visita al Duque de Lerma	76
Justas en la Plaza Mayor de Madrid	85
El corral del Príncipe?.....	92
Emblema literario de Lope.....	117
Página manuscrita de Lope.....	124
Fray Luis de Granada.....	133
Santa Teresa de Jesús.....	140
Miguel de Cervantes.....	165
Retrato ideal del Greco.....	172
Felipe II de España.....	181
D. Luis de Góngora.....	188
Felipe III de España.....	197
D. Francisco de Quevedo.....	204
Felipe IV de España.....	213
Lope de Vega en 1602.....	220
Lope, sacerdote.....	236



LVPVS DE VEGA CARPIO



*Lope de Vega Carpio*



LOS GRANDES  
ESCRITORES



LOPE

por

ANTONIO FLORES

Fondo bibliográfico  
Dionisio Ridruejo  
Biblioteca Pública de Sorta

6513



MADRID

BIOGRAFÍAS «LA NAVE»

**L o p e d e V e g a***N a c i ó**e n**M a d r i d**e l**25**d e N o v i e m b r e d e**1562**y**m u r i ó**e n**M a d r i d**e l**27**d e A g o s t o d e**1635***Siglos XVI y XVII**

*La  
vida  
de  
Lope  
de Vega  
por  
Antonio Flores*



*Versión  
de  
Guillermo de Torre*

## L O P E D E V E G A



DRAMATICAS: (\*) *El castigo sin venganza.*  
 — *El mejor Alcalde, el Rey.* — *Querer la*  
*propia desdicha.* — *La Estrella de Sevilla.*

---

(\*) No se puede precisar en la cronología de la obra dramática de Lope, que se publicó en 25 partes entre los años 1604 y 1647. En 1625 apareció el último volumen publicado en vida de su autor, de las 20 primeras partes. Después de su muerte, entre los años 1638 y 1647, se publicaron las cinco últimas partes, que sumadas a las 20 primeras, integran la primitiva colección de sus obras dramáticas.

En la presente relación se destacan las obras esenciales de su fecundísimo genio creador de comedias, dramas, autos y otras obras escénicas, algunas de las cuales fueron publicadas años después, al margen de la primitiva colección.



*La Niña de Plata.* — *La Dama Boba.* —  
*Las bizarrías de Belisa.* — *El perro del hortelano.* — *El remedio en la desdicha.* —  
*El acero de Madrid.* — *Adonis y Venus.* —  
*La moza del cántaro.* — *Fuenteovejuna.* —  
*Peribáñez y el Comendador de Ocaña.* —  
*El anzuelo de Fenisa.* — *Las flores de Don Juan.* — *La Corona Merecida.* — *El Marqués de las Navas.* — *El Galán Castucho.* — *Las grandezas de Alejandro.* — *El médico de su honra.* — *El infanzón de Illescas.* — *El Grao de Valencia.* — *El villano en su rincón.* — *Antonio Roca.* — *La serrana de la Vera.* — *Porfiar hasta morir o Macías el enamorado.* — *Obras son amores.* — *San Isidro Labrador.* — *El Caballero de Olmedo.*

PROSA Y VERSOS: (Selección)

- 1598 *La Arcadia.* — *La Dragontea.*  
 1599 *El Isidro.*  
 1602 *La Hermosura de Angélica.*  
 1604 *El Peregrino en su Patria.*  
 1608 *La Jerusalén conquistada.*  
 1609 *Arte nuevo de hacer comedias en este tiempo.*  
 1612 *Los Pastores de Belén.*

- 1614 *Rimas Sacras.*  
1621 *La Filomena.*  
1624 *La Circe.*  
1625 *Triunfos divinos.*  
1627 *La corona trágica.*  
1630 *El Laurel de Apolo.*  
1632 *La Dorotea.—Egloga a Claudio.*  
1633 *Egloga a Amarilis.*  
1634 *Rimas humanas y divinas, segui-*  
*das de La Gatamáquia (bajo el*  
*seudónimo «Licenciado Tomé de*  
*Burguillus»).*



BIOGRAFÍAS "LA NAVE"

*Y entonces apareció  
el monstruo de la  
naturaleza, el gran  
Lope de Vega*

Cervantes



I  
A P R E N D I E N D O  
A  
A N D A R

Introducción de los resacaños. La guerra, el  
adulterio. No hay guerra ninguna tal vez de  
vicio, pero sin embargo, los caudales va-  
rían.  
—Buenas noches señores.  
—Buenas noches.  
—Las cosas hechas se venían a guisa  
en un tiempo de la guerra de Antón Cruz.  
Llamada de la Cruz de las Almas, era una  
obra y polvorista de resacaños en su in-  
terior un olor penetrante e insano de  
hombres y de vino. Los arrieros estaban  
jugando a los naipes en una larga mesa de  
madera destrozada, al resplandor tenue  
luciente de un candil. Frotaban el juego  
unas escudillas semivivas, quistas, como  
juguete de estaca, aguardando una  
resacaña mansueta. En un banco ve-  
ría una hata de vino, jorobada, como un



Entraron dos muchachos. La puerta, al abrirse, no dejó pasar ninguna ráfaga de viento; pero, sin embargo, los candiles vacilaron.

—Buenas noches, señores.

—Buenas noches.

Los recién llegados se sentaron aparte, en un rincón. La taberna de Antón Cruz, llamada *La Venta de las Animas*, era obscura y polvorienta. Se respiraba en su interior un olor penetrante e impuro de hombres y de vino. Unos arrieros estaban jugando a los naipes en una larga mesa de madera deslustrada, al resplandor treme-luciente de un candil. Presidían el juego unas escudillas semivacías, quietas, como jugadores de ajedrez, aguardando una inspiración matemática. En un banco yacía una bota de vino, jorobada, como un

---





Vicente Espinel, amigo de Lope.

dromedario dormido. Las cartas, grasientas y dúctiles, se movían con resignación silenciosa entre las hábiles manos de aquellos tahures.

Antón salió de la pieza contigua, portando un candil.

—Buenas noches tengan vuesas mercedes.

—A la paz de Dios.

—¿Desean algo vuesas mercedes?

—Tráenos sardinas, cebollas, unas rebanadas de pan y olivas.

—Y lo mejor que tengas para el gaznate.

—Serán servidos vuesas mercedes.

Antón dejó el candil sobre la mesa y fuése. Aquellos mozos revelaban estar derrotados por la fatiga, y hambrientos. Permanecieron sin abrir los labios hasta que Antón volvió a entrar con la comida. Un gato, que por allí rondaba, se les acercó, fijando en ellos sus brillantes y escrutadoras pupilas. Para el gato fué la primera sardina de la fuente de barro, como ofrenda hecha al Dios tutelar de la posada.

—Pardiez—exclamó uno de los jugadores, molesto por haberse equivocado en una jugada.

El gato se quedó mirándole, y también a sus compañeros, con frío reproche, como si hubiera advertido pescados helados en un acuario.

Los mozos comieron velozmente y, al cabo, rompieron a hablar.

—Te lo repito, Lope, quedémonos aquí por esta noche.

—¿A qué fin?

—Estoy muy derrotado y todavía nos encontramos muy lejos de Segovia.

—Vamos, Hernando, no seas tan perezoso. Si nos ponemos en camino, podemos llegar a Segovia antes de que salga el sol. Allí compraré un burro y el viaje se tornará más holgado.

—No, Lope, ya hemos hecho una buena jornada. No podrán darnos alcance. Les hemos desorientado. Reposémonos aquí. No me acomodo a viajar por la noche.

—Está bien, hágase tu gusto. Vamos a preguntarle al ventero si nos puede alojar:

---



Y, al decir esto, Lope palmeó.

Antón mostróse al punto.

—¿Qué se les ofrece a vuestras mercedes?

—¿Podemos dormir aquí en algún sitio?

—Cierto que sí. Les costará dos reales en el pajar y tres en una cama.

—Elegimos el heno.

Desde la habitación próxima llegaron las preludiantes notas de una guitarra templándose. Después, una voz de mujer estalló en un canto hondo, triste y sombrío. Sofocóse el chisporroteo de los candiles, cedió el persistente murmullo de los grasientos y dóciles naipes. El gato abrió la boca y se quedó adormilado, con el sabor salado de las sardinas en sus pezuñas de rosa. Las notas sentimentales dibujaban fantásticos arabescos en la taciturna estancia, nebulosa de música.

—Mañana nos calentaremos con dulces cuerpos de Segovia, Hernando... ¿Qué tal? Putañearemos como con las astorganas... y el mundo será nuestro. ¿Me oyes? Todo el universo nos pertenecerá, especialmente a mí.

Antón entró por si los señores tenían aún sed. Lope pidió más vino y encomendó a Antón que el músico se acercara.

La primera vez que Lope y Hernando habían entrado en Segovia hiciéronlo por la puerta de Madrid. Llevaban grandes ilusiones y una cantidad de dinero que a ellos se les antojaba inacabable; así que compraron un burro. Pero semanas más tarde regresaron de Astorga, sin el asno y con las bolsas vacías.

Desde el peñasco de la Cornejá contemplaron ese barco con velas desplegadas que representa Segovia: las torres gemelas del Alcázar como dos altos mástiles y la aguda quilla formada por la intersección de los ríos bajo la encumbrada corteza de piedra donde reposa la ciudad.

El peñasco de la Corneja es un lugar más bien lúgubre: un silencio de rocas suspendidas cabe una oscura y murmurante garganta. Desde su cumbre, los criminales eran arrojados por la mano de la

---

justicia. Las agujas de cilicios roqueños habían atravesado la piel de muchos hombres. Un fuerte hedor de carroña se cernía entre la floración bermeja, sobre las estalagmitas de esta catedral de tortura, paraíso de cuervos.

—Vámonos, Lope; volvamos a Madrid. Ya estoy harto de esta asendereada vida. Los nuestros nos darán al diablo, pero pronto nos perdonarán.

—Veo que desmayas, pobre garzón mimado. Sientes ya la nostalgia, quieres volver a aspirar el bovino olor de los establos que llamamos hogar. ¡Bah! Eres un alma asustadiza, Hernando... ¡Vergüenza sobre tí! Yo de mí sé decir que si tuviera algunos ducados para seguir el viaje no pararía hasta alcanzar las Indias, ese mundo nuevo lleno de emociones.

—Palabrerías, Lope. Las Indias son para gente de temple esforzado, mas no para nosotros que gustamos de las alfombras, las sedas y sabemos holgarnos con los arreos lujosos. Demasiado sabes que no estamos hechos para entrar en liza con los salvajes que allí habitan. Deja que

otros acarreen de allá para nosotros el oro, las especias y los perfumes.

—Bueno, pero y ahora ¿qué hacemos?

—Guardo nuestras dos últimas monedas de oro en una media. Ahora, dime, ¿tienes alguna cosa que podamos empeñar o vender? ¿Cuánto darían por esa cadena que llevas colgada al cuello?

—No puedo desprenderme de esto, Hernando. Es el último presente que me hizo mi padre pocos días antes de morir.

—¡Dios mío, no quiero maldecirte!... Pero reconocerás que eso es un sentimentalismo; condición poco emparejable con un mozo que no vacilaría en alistarse para las Indias con un puñado de bribones.

—Hágase tu gusto. Pero te daré la cadena con una condición: compremos un ramo para la doncella de *La Venta de las Animas* que tocaba la guitarra y cantaba con tanto sentimiento, y cuya carne no debía ser menos dulce que el vino de Málaga...

—¡Oh!, detente; me enervas con tu obsesión. Que el Diabolo se lleve a todas tus

---



mozuelas. Ellas gozan con nosotros tanto como nosotros con ellas, y ahí ya tienen suficiente pago.

*El León de Oro* era la mejor joyería de Segovia. Proveía los tocadores de las damas, los cofres de los caballeros y las sacristías de los prelados con magníficas piezas de oro y plata, con raras y valiosas gemas. Guardaba una deslumbrante colección de finos medallones, brillante plata labrada, empuñaduras de espadas, anillos, cadenas, copas y vasos. La policromía de las piedras acumuladas proyectaba inverosímiles arco iris sobre escenas de batallas, halconerías o góticas historias hiladas en las tapicerías y reposteros. Mas, con todo, de este radiante universo, poblado por soles dormidos y brillantes constelaciones, se escapaba un cruel perfume de usura. La tienda pertenecía a Maese León Henriquez, el Judío.

Lope y Hernando traspasaron el umbral del mercader. Maese León se les acercó untuosamente. Una gran cruz de



platino tachonada de diamantes, le colgaba de una pesada cadena de oro, casi escondida entre su frondosa y larga barba. Esta brillante cruz compendiaba el chillón y exterior catolicismo de Maese León; servía para atenuar sus pronunciadas facciones judías, para enguatar el reverberante *Elohais Elohais* siempre fluyente de sus finos labios, para encubrir el candelabro de los siete brazos que se escondía entre sus vidriosos ojos.

—A sus órdenes, excelencias.

—Ved, señor. Os traemos esta pesada cadena de oro. ¿Cuánto daríais por ella?

—¿De quién es?

—Nos pertenece a ambos—dijo Lope.

—¿Pero de dónde proviene?

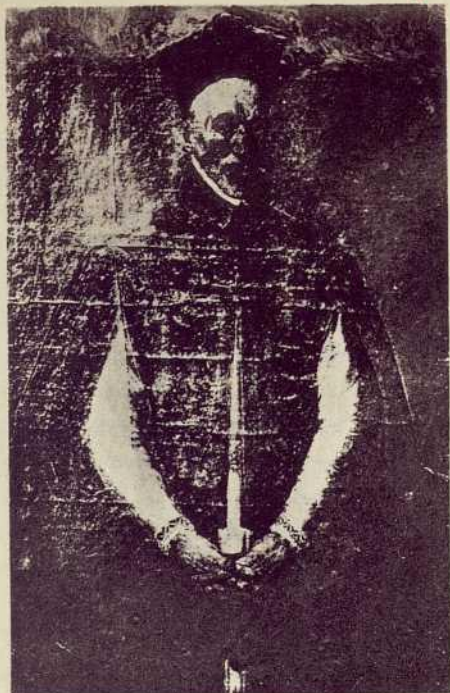
—Fué un regalo.

—Mas ¿por qué quieren sus excelencias deshacerse de la joya?—preguntó el viejo judío.

—Por la simple razón de que el tintineo de los doblones es música preciada para nuestros oídos.

—¡Hum!...

Precisamente, en ese instante, una per-



Manrique de Lara, protector de Lope.  
(Catedral de Avila)



sona con trazas de hipopótamo, hizo su aparición en la tienda: el anciano Fray Gerundio de Jesús.

—¿Está ya presto, Maese?

—Aún no; pero si su Reverencia gusta aguardar...

—¿Cuánto os dilataréis?

—Oh, no mucho...

—Está bien, esperaré.

Tras lo cual el buen fraile fué a turbar la calma de un plácido sofá con la inmensa mole de su bendita humanidad.

Maese León entróse en la trastienda. Poco después, uno de sus aprendices salió escapado como a cumplir una urgente diligencia. Volvió al momento acompañado de un alguacil. Y Maese León reapareció con él en la tienda.

—Ved, señor ministril. Estos mozuelos tratan de venderme una cadena que no pueden probarme haber comprado. Por ello se me antojó que no sería impertinencia que les lleváseis ante el juez para que ellos le explicasen su historia. *El León de Oro* no chamarilea. Gusto de hacer sólo negocios honrados.

Un gesto tanto de asombro como de interrogación alteró la horizontalidad de los bigotes que portaba el alguacil. Se llevó consigo a los mozos.

Cuando el trío se hubo marchado, Maese León dirigióse con tranquila complacencia hacia Fray Gerundio. Sus maneras eran amables, pretendiendo así captarse la confianza del beatífico plesiosauro y acentuar su catolicismo, a fin de lucrarse con el beneficio de monasterios e iglesias.

—Vea su Reverencia como hacemos ahora los negocios. La honradez es nuestro lema.

Desde el sofá de terciopelo llegó la respuesta al modo de una ola embozada, como un lejano mar palpitante. Fray Gerundio estaba roncando beatíficamente.

En el alto estrado sentábase el Juez, don Pedro Ramírez: un bulto de negra justicia bajo la palidez polvorienta del crucifijo marfileño que presidía el salón de audiencias. Lope y Hernando estaban asustados. La atmósfera de la sala les sobreco-

---



gía, encerrándoles en una pesada cota de malla que entorpecía sus ademanes y sus pensamientos.

Don Pedro requirió a Lope.

—Joven, ¿cuál es vuestro nombre?

—Lope de Vega.

—¿Edad?

—Dieciséis años.

—¿Dónde vivís?

—En Madrid.

—¿A qué se debe el hecho de hallaros aquí?

—No era de mi gusto la vida casera.

—¿Y por qué?

—Bueno, mire usted don ..., quiero decir Vuestra Excelencia, mi padre falleció y mi madre no hacía más que llorar en todo el santo día; yo pensé entonces que debía desgarrarme de la casa y buscar mi sitio en el mundo.

—¿Quién era vuestro padre?

—Félix de la Vega Carpio, a quien Dios tenga en su gloria.

—¿De veras? Luego sois el hijo de Vega... Muy a menudo iba a la tienda de vuestro padre y allí admiraba sus borda-

dos. Eran verdaderas obras de arte. Dios bendiga su memoria. Y vos, lo recuerdo, érais ya un niño precoz. Vuestro padre me contaba cómo os dabáis a componer versos, antes de aprender a escribir, y como regalábais dulces a cualquier otro mozo que quisiera escribirlos al dictado. ¿Cuánto tiempo os falta ahora para acabar vuestros estudios?

—Tres años más, señor Juez, demasiados para mi impaciencia.

—No, no. ¿Cómo se entiende? Pacientad y no tornéis a hacer más disparates.

—¿Y quién es este buen mozo que traéis como compañero?

—Un compañero de estudios. Juntos estudiamos en los jesuítas y luego también nos encontramos en la Universidad de Alcalá. Es el famoso Don Hernando Muñoz.

—Pues bien, Hernando, también vos tornaréis a Madrid, tomando luego el camino de Alcalá. ¿Me lo prometéis así?

—Sí, señor juez. Hemos tenido suerte en verdad de que fuera Su Excelencia nuestro juzgador. Dámosle las gracias.

Don Pedro llamó a un alguacil y le en-

---

cargó que les acompañase a caballo hasta Madrid.

Hernando dió un suspiro de alivio. Pero en las mejillas de Lope rodaba una inexplicable lágrima...

Las campanas de la catedral inundaban el aire convocando al pueblo de Segovia para el entierro de algún hijodalgo.

Su lastimera endecha volaba sobre el yermo castellano.





## A L M A M A T E R



Lope hubo de sufrir una buena reprimenda cuando volvió a Madrid. Su madre le apostrofó por rebelde e ingrato.

—Unos cuantos sustos más y habrás de verme en la sepultura. Aunque luego tal vez hayas de arrepentirte. Pero lo peor de todo es que Don Jerónimo hállase fuertemente enojado contigo, Lopillo.

Don Jerónimo Manrique de Lara era el protector de Lope. Tratábase de un ser bondadoso en extremo y cuando le contaron la escapatoria de Lope hubo de limitarse a sonreír, porque él también había corrido sus aventuras siendo muchacho.

Malas lenguas decían que era un espíritu severo de implacable moralidad; mas lo cierto es que era padre de innumerables hijos y, a pesar de ello, un buen obispo. Su religiosidad rezumaba mundanismo.

---





1503-1582. El Duque de Alba, por Key.

Don Jerónimo, que pertenecía a la noble casa de los Condes de Paredes, contaba, entre sus antepasados, al esforzado caballero y exquisito poeta don Jorge Manrique. Don Jerónimo había sido vicario general en Lepanto. Años más tarde alcanzó los cargos de Obispo de Cartagena, Obispo de Avila y Gran Inquisidor. Conoció a Lope en la escuela de los Jesuítas, cayó bajo el hechizo del niño precoz, gozó con su poesía y alabó su ambiciosa traducción del *De Raptu Proserpinae*, por Claudio. Animado por las felices disposiciones que mostraba Lope mandóle a la Universidad de Alcalá para que estudiase las artes y la teología. Y una vez en ella el prometedor y joven poeta, acarició la idea de que llegase a Papa.

La Universidad de Alcalá había sido fundada por el Cardenal Jiménez de Cisneros en los comienzos del siglo xvi. Los propósitos del Cardenal al crear tal centro de estudios no dejaban de ser originales en la España de aquellos tiempos. Propúsose intensificar el estudio de las Humanidades: entre las cuarenta y dos

cátedras creadas, seis eran de latín, cuatro de retórica y ocho de filosofía. El Derecho Civil no estaba incluido en los programas y sólo se consagraba una leve mención a las leyes canónicas. La nueva institución atraía a casi todos los estudiantes de España y a sus aulas llegaban sabios de todos los rincones de la tierra. Llegaron así a Alcalá: el cretense Demetrios Dukas, Pinciano, los conversos Alfonso de Zamora, Alfonso de Alcalá y Pedro Coronel, el gran gramático Nebrija y los hermanos Vergara, uno de los cuales escribió el primer tratado de gramática griega aparecido en España. La colaboración de todos estos gran hombres culminó en la magnífica Biblia Políglota (con textos hebreo, latino, griego y caldeo) concluída en 1517.

En tiempos de Lope, Alcalá era la orgullosa rival de la famosa Universidad de Salamanca. Mil doscientos estudiantes se sentaban en sus incómodos bancos y escuchaban las lecciones con provechosos o soporíferos resultados. El cuerpo estudiantil abrazaba una variedad pano-

---



rámica de inteligencias y, asimismo, todas las clases sociales estaban allí representadas. Encontrábanse en Alcalá aristócratas de sangre azul, villanos listos, gentes serias, otras bulliciosas y alocadas. En los patios soleados, o a la sombra del anfiteatro mudejar, podíase escuchar un rico y variado latín matizado por las peculiaridades lingüísticas de varios reinos.

Alcalá era, en suma, una alegre ciudad, recostada a la vera del Henares. Lope gustaba de vivir allí porque se sentía libre y siempre andaba trabado en enredos. Era un guapo mozo, alto, delgado, de porte elegante. Tenía la nariz un tanto larga y curvada. Sus ojos brillaban y sonreían, pero cuando se enfadaba ardían con una llama maligna. Gozaba de una salud a prueba y tenía una envidiable reputación de diestro bailarín y de excelente esgrimidor, de saber componer buenos versos y elogiárselos, de pedir prestado dinero...

Lope ganaba unas cuantas monedas en el Colegio de Santiago (un pequeño co-

legio fundado en 1550 por el Obispo García Manrique de Lara, pariente de don Jerónimo) haciendo de maestro auxiliar. Pero gastaba todo lo que ganaba y aún más... Había muchas fiestas y, además, Alcalá distaba solamente pocas leguas de Madrid. La tentadora cercanía de la capital con su promesa de furtivas escapadas hechas con fácil incógnito, pesaba sobre las cabezas estudiantiles como una suspendida espada de Damocles.

Los muchachos más ricos hospedábanse en habitaciones privadas y preparábanse sus propias refacciones o comían en la taberna. Pero la mayoría de los estudiantes veíase obligada a vivir en casas de pupilaje, donde debían protegerse contra los hábitos rateros de las criadas, más acostumbradas a limpiar cofres y baúles que a limpiar sus habitaciones polvorientas. No satisfechas con las precarias comidas de costumbre que infligían a sus espirituales huéspedes, las patronas estaban siempre tratando de añadir nuevos días de ayuno al calendario. La sopa reducíase a un delgado caldo hecho de to-

---

cino rancio. La ensalada era un montón de verduras irrecognoscibles, en su mayor parte hojas de rábanos, y sazonadas con vinagre y un aceite insípido. Los guisos de carne estaban compuestos de huesos roídos, cubiertos con una pasta mal amasada. Los sábados, los inevitables callos de mamíferos desconocidos; y, en las fiestas importantes, un almodrote de oveja, en trozos pequeños. A modo de postre había seis uvas o dos albaricoques, un puñado de pasas o una tajadilla de melón, según las estaciones. A veces les era dado gustar una trasparente lámina de queso cuya textura, por su gran cantidad de ojos, parecía hecha por una paciente araña. En días de ayuno les servían una sardina seca y salada, con cabeza y todo, o un huevo pasado por agua. El pan era duro, el vino agrio, pero los cuentos y los decires estaban por lo general bien sazonados.

Queriendo captarse el beneplácito de la patrona, algún estudiante hubiera podido lanzarse a una defensa apologética, tan altisonante como jocosa, de los estu-

dios largos y de las comidas breves, hablando de esta guisa:

“Marco Aurelio acostumbraba a decir que únicamente los tontos tenían pocos libros en sus estanterías y muchas carnes en su mesa, racionando su espíritu más estrictamente que su estómago, pero que el hombre sabio aborrece las fuentes llenas y se alimenta muy parcamente a fin de poder entregarse más despejado a sus estudios; que éste, sin dañarle la carne de puercos y de caballos, estimaba más recomendable mantenerse delgado porque los hombres gruesos son comúnmente de ingenio lerdo, incapaces de bastarse a sí mismos, son bultos inánimes, inprovechables moles de carne y hueso, no aptos para ningún ejercicio varonil, sucediendo lo contrario con aquellos que se mantienen delgados sin el lastre de las grasas”.

Otro estudiante entonces hubiera tomado la palabra replicando:

“Concedo lo que decís. Pero no olvidad una verdad más manifiesta: y es que poca carne o la privanza absoluta de ella acortan la vida del hombre. Y si

---



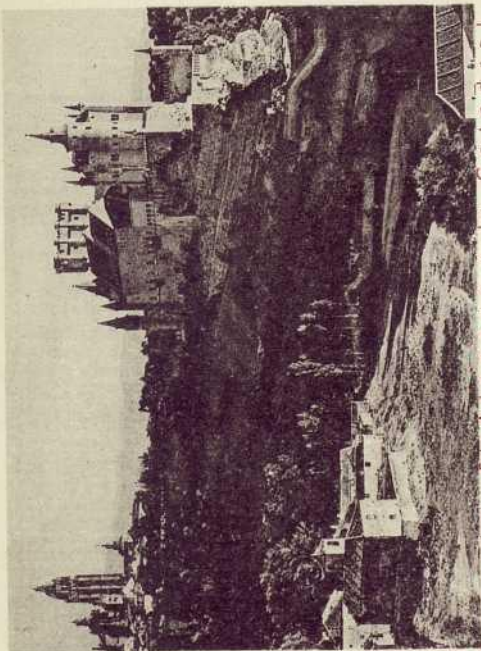
yo no puedo vivir para seguir entregado a mis estudios, es tiempo perdido hundirme en los libros. ¿Acaso el halcón es llevado al campo para que vuele sin haber sido antes bien nutrido? ¿Dónde está el galgo u otra clase de perro a quien se le ponga a cazar antes de haberle llenado el estómago? Ambos animales deberán ser razonablemente alimentados para no llegar hambrientos al campo, pues de otra forma ni el uno mantendría su vuelo ni el otro su carrera. Digo, pues, que debe alimentárseles bien, lo mismo que a nosotros, los estudiantes. Todas las cosas tienen un significado y a él hay que atenerse. Nosotros no nos negamos a conceder a esos moderadores de la comida, a tales matemáticos del intestino, la inconveniencia de alimentarse hasta el hartazgo, pero no por ello aceptaremos el ayunar hasta sentirnos tan débiles que nuestras piernas no puedan sostener nuestros cuerpos o hasta el punto de que nuestros estómagos se contraigan y nuestros restos se enmohezcan bajo la penuria de las dietas...”



Hubiera seguido un aplauso cerrado, con lo cual se evidenciaría que los muchachos de Alcalá tornaban en motivo de jolgorio hasta sus penurias. Habían venido a estudiar las artes liberales y divinas, a fin de hacerse elocuentes desde el púlpito, aprendiendo a recitar la misa y a predicar un sermón, trabajos que les asegurarían un pan cotidiano durante el resto de su vida para sus mortales cuerpos, antes que el gozo de sus almas. Unos pocos estudiaban verdaderamente; la mayoría jugaba a estudiar, pero nadie dejaba de aguzar sus sentidos a fin de procurarse un bocado suplementario que mejorase la exigua pitanza. Sus joyas y sus espadas iban, en unión de sus Aristóteles, a las casas de empeo. Un *Summae* visitaba al panadero, un *Scoto* servía a menudo para pagar una costilla de cordero.

Mozuelas frescas y ocurrentes colaboraban en el buen humor de sus veladas. Había música a la vera del río y besos cabe las enramadas de chopos.

---



Segovia. El Alcázar y la Catedral.



3

UNA HELENA Y UN ASEDIO

“Recuerda, ¡oh, Señor!, a los siervos y a las siervas tuyas que nos han precedido a la sombra de la fe y reposan en el sueño de la paz”... El incienso se elevó en nubes lanudas. Centenares de velas parpadearon como estrellas adormiladas. El denso susurro de la cristiana colmena anesthesiaba el espíritu. “Y reposan en el sueño de la paz...”

Elena Osorio nunca dejaba de estremecerse cuando escuchaba el triste *memento mori* de la misa. Las palabras fúnebres entraban en su corazón con frialdad venenosa, calababan el tuétano de sus huesos. Y se sentía como una ocarina pronta a deshacerse en una música triste.

Le aterrorizaba la idea de la muerte. Se acordaba de un niño yacente, pálido y rígido, en un viejo jergón. Había visto

---



el cuerpecito desde una ventana abierta que daba a la Alameda de las Sierpes. Sobre el rostro lívido revolaban las moscas y este vibrar de alas tenues sobre la carne inmóvil, que un día jugaba y reía en el olivar, le amedrentaba.

También recordaba a aquellos dos hombres tendidos en una playa, entre una multitud curiosa. Hacía ya mucho tiempo. Fué en un pueblo de pescadores de la costa cantábrica y ella sólo contaba entonces doce años. El calzón de uno de los hombres estaba desgarrado y los cangrejos habían ido comiendo sus genitales. Los ojos del otro hombre habían sido aspirados por los pulpos. Hedían terriblemente aquellos dos cuerpos mutilados, hidrónicos, tumorosos, abandonados sobre la arena entre conchas y algas marinas.

Y otra vez, más recientemente, según iba al campo con su prima, de mañana, había visto pendular el cuerpo de un campesino que se balanceaba suavemente movido por la brisa temprana. El cuerpo colgaba de un árbol retorcido, un árbol lastimado y arañado, como herido

por las agudas y monstruosas garras de pacientes gatos. Una lechuza graznaba desde la triste cañada. Su nota era sombría y lastimera, emergiendo, al parecer, de la cavidad torácica del seco cadáver. Y Elena tembló de terror al contemplar el árbol retorcido, la lechuza graznadora, la lengua colgante, las extrañas hojas que crujían en la enmarañada crin de ramas distantes...

El órgano apagó su último resoplido de música sagrada. Terminaba la misa. Un ronco rumor de sillas y bancos arrastrados, pies fugitivos. Luego, un acólito, provisto de larga pértiga, fué extinguiendo las sesenta y siete velas del altar mayor. El olor de los cabos apagados se mezclaba con las últimas nubes de incienso.

Elena se encaminó pensativa, con doiente vacilación, hacia el altar de Santa Margarita. Le encantaba contemplar esta santa, a quien llamaba su Virgen de la sonrisa. La joven santa, bondadosa y bellísima, casi coqueta, sonreía desde su dorado trono. Al reaparecer intacta, tras la triste solemnidad de la misa, era como

---

una afirmación de vida. Sólo a una virgen así podía Elena confesar su desesperación, su deseo de vivir una vida más intensa.

Elena se quejaba de su vida monótona, horra de acontecimientos. Su padre, Don Jerónimo Velázquez, representante de comedias, guardábala celosamente. Elena que tenía una dote harto estimable (así solía expresarlo su padre, muy orgullosamente) sólo había recibido del amor leves ondas de lisonjas. Sus pretendientes no pasaron de ser actores serviles que representaban su papel de *galanes* intentando, de esta suerte, obtener, cerca de su padre, mejores papeles. No podía recordar ningún estremecimiento amoroso, ninguna fuerte angustia de pasión. Sólo algún infantil abrazo, una caricia juguetona, algunos besos furtivos. Hubo, sin embargo, un beso más cálido que ella gustaba de evocar. Un mozo labrador, perfumado de heno y de bosque, había quemado su boca una vez. Pero ¡cuán lejos le parecía aquello! Después, vino su boda. Mas ¿por qué llamar boda a un

contrato comercial pactado entre el *autor* Jerónimo Velázquez, su padre, y el actor Cristóbal Calderón?

Don Cristóbal fué un marido bondadoso, paternal. Cortés y amable, aunque un poco aturdido. Sinapismos, emplastos. Declamaciones retóricas. Parlamentos. Costumbres conservadoras. Durante tres años Elena se comportó como una fiel esposa ante un marido que pasaba la mayor parte del tiempo fuera del hogar. ¡Fiel! Tontamente fiel a una momia. ¿Estaría condenada a mirarse siempre en su cruel espejo para notar el paso del tiempo, el marchitarse de su frescura, la fuga de sus ensueños? Ella, la vana Ifigenia, triste hija de Japheh.

Elena apartóse del altar. No era más que una triste dama, alta y hermosa, pálida y joven, con ojos verdes, dulces, sombreados por negras y largas pestañas, pisando las marmóreas baldosas blanquinegras de una iglesia solitaria.

Un viejo vitral filtraba rayos purpúreos de luz proyectándolos sobre la pila de agua bendita, donde bogaban plácida-

---



mente unos cuantos gusanos de agua. Cuando Elena se disponía a hundir la punta de sus dedos en ella topó con un largo dedo sensible, extendido, que le ofrecía el precioso líquido. Un joven de sonrisa amable, pero algo burlona y nada sagrada, estaba a su vera. Parecía un mundano Tobías con su dedo extendido, como señalando algún pez metafórico. Ella aceptó la ofrenda y persignóse. Salieron juntos de la iglesia. Un acólito que les observaba, detrás de un confesionario, estalló en un torrente de no muy católicos comentarios. Y el oscuro cimborrio repitió en un eco: "¡Qué perro con suerte! ¡Endiablado Lope!"

Pendían las cortinas con una calmosa rigidez, sin vida; los claveles en los floreros manteníanse soñolientos, con expectación arrebolada, pero nada se movía. En las calles, los abanicos mecíanse con languidez; y los cántaros orgullosos del frío líquido contenido en el frescor generoso de sus vientres, avanzaban, cui-



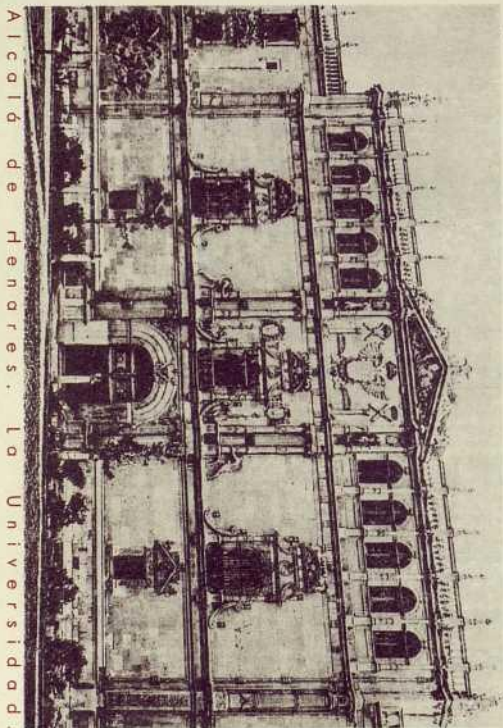
dadosamente balanceados sobre caderas u hombros ondulantes. El aire sólo podría haber vibrado al conjuro de agudas voces. Ni viento, ni la más pequeña brisa. El ardiente cielo de Madrid se arqueaba como el suntuoso techo de una gran catedral. Lope adoraba el brillo del blanco cuerpo de Elena.

Llamaron con un aldabonazo. Una criada corrió a advertírsele a los amantes. "Don Cristóbal está de vuelta". Lope, a medio vestir, huyó por la ventana ayudado por una cuerda fiel que guardaba bajo la cama, como una serpiente domesticada.

Lope solía deambular a lo largo de calles y callejuelas, deteniéndose en tabernas populares donde se oían cantos, voces gruesas, iracundas blasfemias y gustaba de recitar versos soeces, amargos o cristalinos, según el estado de su alma. Siguiendo también sus antojos solía pasar la noche con Rita, Paca o Milagros, o bien invertirla en hacer el viaje de regreso a Alcalá para asistir a alguna clase temprana...

---





Alcaidía de Henares. La Universidad.

Pasaron tres veranos. Y aún con tales divertimientos, la vida puede tornarse fastidiosa. Pero el mar es un imán que sabe atraer el corazón inquieto de los inquietos hombres...

Felipe II, rey de España por la gracia de Dios, resolvió ser rey de Portugal y al punto cumplió su propósito. Había un tal Don Antonio que aseguraba ser el legítimo heredero de la corona portuguesa. "Si yo no puedo ser rey de Portugal—decía—seré rey de las Azores".

Las Islas Azores eran sobremanera valiosas en aquella época de la navegación a vela, cuando los mares estaban menos poblados. Los galeones españoles, casi al término de su regreso, ricos en oro de las Indias, pasaban costeándolas. Los isleños, y otros enemigos de España, repartíanse el rico botín sobre esos riscos de basalto. En suma, las Azores eran una espina clavada en la garra del león de España.

Don Antonio anduvo a través de Europa contando a todo el mundo cuán miserable se sentía sin su corona portu-  

---

sa. En Francia encontró amigos simpatizantes en las personas de Enrique III y de Catalina de Médicis. Ambos prometieron ayudarle. Pero, naturalmente, no eran unos filántropos. Lo que pretendían realmente era amargar la existencia a Felipe II y hacerse con un buen lote del inmenso botín contenido en el inmenso cofre de Portugal, el Brasil. Don Antonio llegó después a Inglaterra con sus jeremiadas. Isabel le consoló con amables promesas y, para captársele, hasta accedió a aceptar sus regalos: los diamantes de la corona portuguesa pasaron, uno por uno, a sus delicadas manos.

Durante el verano de 1582 las Azores pobláronse con los hombres de Catalina. Estos provocaron a Felipe II. El monarca español envió allí al curtido marino don Alvaro de Bazán, viejo lobo de mar que ostentaba una barba agrisada por la pólvora y la sal oceánica. Bajo sus órdenes ningún hombre se había atrevido a abandonar la bandera del mástil. Su áspera voz había atronado el espacio en la batalla de Lepanto cuando Don Juan de

---



Austria humilló a los turcos y Cervantes lastimóse la mano. Era cortésmente esquivado por los corsarios franceses e ingleses y por los galeones turcos. Sin embargo, respetaba el genio de Sir Francis Drake.

Don Alvaro aplastó las fuerzas franco-portuguesas. Y, desdichadamente, el buen amigo del viejo Brantôme, Felipe de Strozzi, estaba entre los muertos. Fué una terrible pesadilla de sangre y sufrimientos. Cuando los españoles partieron, las Azores descansaron en el inquieto mar y un hedor de trágica carnicería vino a cernirse sobre los astillados rompientes de la isla.

Apenas había transcurrido un año cuando Catalina envió nuevos refuerzos de tropas francesas. El señor de Chatres partió de El Havre el 17 de mayo de 1583 al mando de catorce galeones con dos mil soldados y un centenar de piezas de artillería. Se rumoreaba que Sir Francis Drake, el pirata, venía huyendo de los mares dorados del Este con el *Pelican* y su equipo de audaces filibusteros.

Temprano, en la mañana del 23 de junio, el Cardenal Alberto dió su bendición a Don Alvaro de Bazán y a sus 11.441 hombres en los noventa y ocho navíos anclados en Lisboa. Un joven se arrodilló y oró. Sintió la solemnidad del momento con más intensidad que los endurecidos guerreros del mar que estaban a su alrededor. Se llamaba Lope de Vega; y contaba a la sazón veintiún años.

El mar era un xilófono de cristal con una greca verdeazulada. La espuma se-  
caba su blancura húmeda en las rocas. El viento aullaba entre las concavidades, re-  
tozaba entre los estandartes y las ban-  
deras, cantaba en los aparejos de los bar-  
cos, llenaba las anchas y ansiosas velas  
con ímpetu propicio.

Doce ligeros galeones fueron enviados a retaguardia. Arribaron diez días antes que los restantes, pero dos de ellos tuvieron que retornar: el *Santa María de Socorro* con su revestimiento destrozado en los arrecifes de Cachopos y el *Santa María de la Costa* con el gobernalle deshecho.

El 23 de julio Don Alvaro envió pre-

---

goneros y algunos de sus soldados portugueses con mensajes de paz. El enemigo se negó a escucharles. A media noche dos galeones de Don Alvaro abrieron fuego contra la ciudad de Praya. Pretendían desconcertar al enemigo. Fueron bajados al agua escampavías, pinazas y lanchones. Los proyectiles de Don Alvaro alcanzaron hasta cerca de Porto das Moas. Dos equipos franceses y otros dos portugueses se enfrentaron con las tropas españolas. Hubo una batalla dura y reñida. Fué muerto el capitán portugués Brancino. Los españoles avanzaron bravamente, pero el Señor de Chatres, que había sido apercebido, llegó con sus franceses y el virrey Manuel de Silva corrió con sus portugueses. La batalla duró diez y seis horas. El premio de difícil logro era un pequeño arroyo de agua fresca. Hacía un día sofocante. Los españoles carecían de agua para beber. Exaltados por una terrible sed siguieron luchando. Entre los más bravos de los valientes se hallaba un español llamado Rodrigo de Cervantes. ¡Era un hermano del glorioso Miguel!

---

Al día siguiente tuvieron que optar entre beber o morir. De suerte que lucharon fieramente y ganaron; pero Don Alvaro no les permitió beber hasta que izaron la bandera española sobre la más alta torre de Angra.

Los españoles se apoderaron de San Sebastián; da Silva dió media vuelta con sus hombres derrotados. El señor de Chaires pudo retroceder en buena forma hacia las montañas de Guadalupe. Los españoles tomaron Angra y se saciaron de agua fresca. La flota española capturó treinta barcos y noventa y una piezas de artillería; las tropas españolas cuarenta y cuatro fuertes y trescientas piezas de artillería.

Don Alvaro envió a don Pedro de Toledo y a Miguel de Oquendo con el encargo de penetrar en la isla de Fayal. El 31 de julio Don Pedro despachó un mensajero con órdenes de rendición. El gobernador de Fayal dió muerte al enviado español con su propia espada. Al día siguiente, los españoles desembarcaron en Feiteiras y mantuvieron una sangrienta batalla. El gobernador fué hecho preso, des-

---



pués de haber rendido seis banderas y diez y seis piezas de artillería; sus manos, cortadas, y su cabeza colgada al aire en lo alto de una fortaleza.

Entretanto, el señor de Chatres también hubo de rendirse a las banderas, tambores, flautas, mosquetes, arcabuces y picas de Don Alvaro. El y sus hombres fueron embarcados en tres navíos y devueltos a su país.

El "blando, ineficaz y turbulento" virrey Manuel da Silva esperaba poder escapar aún del desastre. Le encontraron escondido en los bosques, tratando de avistar un bote compasivo que le salvara. Por la fuerza de la tortura le fueron arrancados muchos secretos. Luego, desde el tormento fué conducido al cadalso. Su enhiesta cabeza pasó a ocupar la jaula de hierro donde él acostumbraba a colocar las cabezas españolas.

Un verdugo alemán tuvo trabajo durante varios días. Sobre las islas se abatió una ola de sangre. El olor de la muerte era más fuerte que el de los campos fértiles y el de la mar salobre.

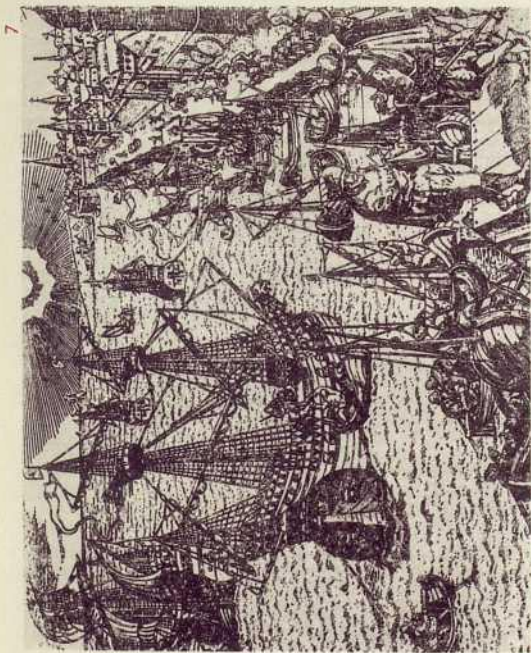


El 9 de agosto Don Alvaro de Bazán escribió una carta a Felipe II pidiéndole permiso para añadir Inglaterra a sus dominios. Ya es tiempo—decía—de castigar a esa calamitosa Isabel. Los Países Bajos se rendirían para siempre. Sus soldados católicos y su católica flota estaban prestos y animosos para nuevas conquistas. No había nada nuevo en las sugerencias de Don Alvaro. El Duque de Alba, Don Juan de Austria y el Duque de Guisa habían soñado años atrás con la empresa. Pero nunca estuvo el sueño tan bien fundado, tan cerca de su realización. Isabel tembló cuando recibió el eco de esas amenazas y Drake quemó unas cuantas ciudades en la India. Desgraciadamente, Felipe II vaciló, previendo algo aciago... Y agradeció a Don Alvaro sus buenas palabras.

Don Juan de Urbina fué nombrado gobernador de las Azores. Las banderas españolas flamearon orgullosamente en las islas y los galeones españoles pudieron entonces hacer de ella un apeadero en su peligroso viaje a América.

Tras veintisiete días de mares hendid<sup>os</sup>

---



El puerto de Lisboa a fines del Siglo XVI.



y tormentosos, Lope desembarcó en Cádiz el 13 de septiembre con el buen ánimo y seguridad de un conquistador triunfante. En los tres meses que había faltado de Madrid respiró las vigorizantes sales y su contacto con hombres rudos habíale adiestrado en el arte de ganar un combate.

Don Alvaro no tuvo ya que destocarse ante la presencia del Rey cuando fué a darle cuenta de su victoria. Felipe II le nombró Almirante mayor del océano. Hubo toros y cañas, bailes y festejos en Madrid. Y en el Real Monasterio de El Escorial un *Te Deum* por partida triple.





**FIRMEZA, TIENES NOMBRE DE MUJER**

Lope resolvió quedarse en Madrid, como secretario del Marqués de las Navas. En tal cargo sus comidas eran excelentes; los vinos procedían de fantásticas vendimias; y, por ende, sus escritos rezumaban un rosado optimismo.

En la primavera de 1585 un pobre diablo mal alimentado —Cervantes— publicó una novela pastoril: *La Galatea*. En uno de los últimos capítulos dedicó sendas loas en verso a algunos de sus más famosos coetáneos. En una de las estrofas se lee:

*Muestra en su ingenio la experiencia,  
que en años verdes y en edad temprana  
hace su habitación así la ciencia,  
como en la edad madura antigua y cana.  
No entraré con alguno en competencia  
que contradiga una verdad tan llana,  
y más si acaso a sus oídos llega  
que lo diga por vos, Lope de Vega.*

Mientras Lope se remontaba hacia el Parnaso iba perdiendo a su Elena.

---

Elena opinaba que las gentes de pluma charlaban y escribían demasiado.

—No vengáis mañana a la noche, amor mío.

—¿Por qué no?

—Figuráoslo, toda la ciudad habla de nosotros. Mi madre ha tornado a reñirme. Me abofeteó en la cara y llevóse entre sus uñas puñados de mis cabellos. Debiérais verla cuando está enojada. Es un gato salvaje, un horrible demonio.

—¡Miserable! ¿Por qué no la decís que no se inmiscuya en asuntos ajenos? ¿Por qué no la decís que a no haberme yo pasado las noches en claro escribiendo mis comedias, su marido hubiera muerto de hambre ha mucho tiempo? Yo os conozco ya de bastantes años y vuestra madre, Doña Inés de Osorio, me debe algo más.

—Pero reparad, Lope, que vuestra es la culpa. ¿Por qué seguís dando al aire con la pluma nuestra aventura amorosa?

—¿Acaso la gran poesía no está hecha de amor?

—¿Por qué no imitáis a Virgilio y os inspiráis en los hombres y las armas? Na-

die diría que habéis estado en Lepanto...

“¡Las cuatro en punto y serenoooo!”.  
La voz del sereno se alzaba en la noche oscura con una suave inflexión de salmo. Mientras avanzaba por la calle empedrada, el metálico son de sus llaves marcaba la cadencia de sus pasos. La música de estas grandes, pesadas y complicadas llaves, unida al rítmico ruido del garrote sobre las piedras, formaba un mensaje de seguridad, de remansadas sombras, de obscuridad escondida en los hogares, de puertas que descansaban seguras en sus pesados goznes, mientras fuera, en la calle, había hombres que cantaban las horas, leían en las nubes y en las estrellas, y tocaban fugas de calma con llaves metálicas.

Lope no atendía las palabras de Elena. Apartó las manos de sus calientes pechos. Escuchó las llaves. Estas le trajeron un hálito del aire nocturno, de abiertos espacios, una música de esquilas campesinas al ponerse el sol, un mundo de rebaños semovientes, libres, que desafiaban los lobos, que desafiaban el tiempo. Hubiera deseado convertirse en un negro macho

---

cabrió—no, negro no—o, más bien, un alto unicornio blanco sonando su esquila de libertad sobre las montañas, sobre las llanuras, rumbo al mar. Un blanco unicornio que cantase un himno de pureza y castidad a la Inmaculada Señora de los Blancos Lirios...

Al fin, las llaves y el garrote sonoro fueron absorbidos en la distancia por el denso y oscuro silencio nocturno, y Lope sintió de nuevo la blandura de la almohada, del lecho y el rojo olor del sexo. Una vez más puso su mano en los senos ardientes de Elena. Su sangre volcánica hirvió con pasión y trató de apresar la belleza de Elena en el orgiástico abrazo de su voluptuosidad...

Pero se cernía en el horizonte un poderoso pretendiente al lecho tempestuoso de Elena. Su elocuente atracción fincaba en sus títulos, en su escudo de armas y en el tintineo de sus doblones áureos. Era un noble; era rico. La madre de Elena, la experimentada Doña Inés, aprobaba sin



rebozos sus cualidades. Estaba deslumbrada ante el hecho de que Su Excelencia Don Tomás Perrenot de Granvela, caballero del hábito de Alcántara, entrase en relaciones con su hija.

Lope había conocido a Perrenot durante la campaña de las Azores. En el curso de sus largas conversaciones sobre los autores, el teatro, la política y las mujeres, Lope había trazado deslumbradoramente el retrato de Elena. Había alabado su belleza, su gracia, su inteligencia, su arte de bailarina y de cantante, su virtuosismo en varios instrumentos musicales. Tantos y tan encendidos elogios hizo de Elena que consiguió que el Conde se enamorara de ella antes de haberla visto una sola vez...

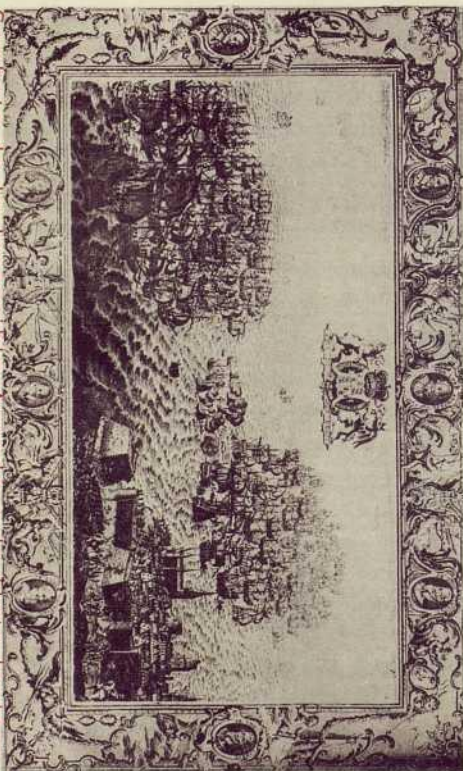
Doña Inés aconsejaba así a Elena:

—No lo dudes, hija mía, menester es estar despierta y, de esta suerte, nada tendrás que deplorar en la vida. No se te oculta que el Conde anda loco por tí y ¡es tan caballero! Cuando te dé una flor, pídele un vaso; y cuando tengas el vaso, una mesa; y cuando la mesa, un mantel

---



Combate de la Invencible Armada y la Flota Inglesa.



o un tapiz. O un coche, o una casa. Cada día habrás de subir en las demandas. Hazlo así, ¿entiendes? ¡Es un señor tan bien portado! No puedes imaginarte cuán ufana me siento de encontrar la criatura que yo llevé aquí dentro, ahora en brazos de nada menos que el hijo de un embajador de Felipe II en la corte de Francia. El hijo del bendito hombre cuyo pan se digna enmantecar no menos que Maximiliano II de Austria...

La ascensión de Perrenot al lecho de Elena fué sorprendentemente rápida.

Y un nuevo ex voto fué añadido al altar de Santa Margarita: una pieza de marfil y oro con barrocas letras azules: "Me habéis hecho muy feliz, Santa Virgen; gracias os sean dadas". Una profusión de velas artísticamente rizadas montaban guardia en torno al altar. Elena era muy feliz. Tenía un marido, un poeta y un conde.

Lope, por su parte, habíase ya cansado de Elena. Mientras fué estudiante en Alcalá, este amorío madrileño conservaba el frescor, el incentivo de la aventura; le

mantenía en peligro constante, en expectativa melodramática y servíale para tonificar de sensualidad sus estudios. Su imaginación veía los ojos de Elena cargados con destellos de complicada perversidad. Sentía que estaba representando un papel interesante en un drama apasionado.

Cuando el fuego de la aventura húbose apagado, iba a casa de Elena solamente por costumbre. Ella era una novela ya leída. Su cuerpo le arrastraba. Pero él quería retorcer el cuello a la novelería.

Ahora, naturalmente con la aparición de un rival—¡y qué rival!—su interés por Elena cobró un poderoso incentivo. Declinó acompañar a su dueño, el Marqués de las Navas, a una excursión a Alcántara. Encerróse en casa de su madre a escribir poesías. Sentía herida su dignidad. Era un egoísta Don Juan, siempre persuadido de su hechizo. Se veía como un estudiante pícaro, un héroe militar, un dramaturgo de segura fama, y parecíale natural que muchas mujeres languidciesen de amor sin esperanza por él. De esta suerte, convencíase de que Elena debía seguirle que-

---



Firmeza, tienes nombre de mujer  
riendo todavía. El rencor ardía en el tuétano de sus huesos y encolerizaba su alma. Y fué así como vino a estallar en versos venenosos contra Elena y su familia.

En Madrid, a los veintinueve días del mes de diciembre del año 1587 de Nuestro Señor, comparecieron ante este tribunal:

Rodrigo de Saavedra, de unos veintiocho años, natural de esta villa, habitando en la casa de la viuda de Merchán, sita en la calle de Relatores, quien declaró haber leído dos papeles escritos conteniendo sendas composiciones: unos versos macarrónicos latinos, titulados *In Doctorem Damianum Velázquez Satira Prima* y otros versos castellanos. En la primera sátira se ridiculiza y zahiere al ya nombrado Doctor Don Damián Velázquez y a su mujer Doña Inés Osorio y a la sobrina del primero, Doña Ana Velázquez, ambas mujeres casadas, honestas y tenidas por tales.

En la segunda composición que empieza:

*Los que en un tiempo tuvisteis  
noticias del Lavapiés...*

búrlase de Doña Ana Velázquez, sobrina del demandante, de una cierta Doña Juana, soltera, como asimismo de Doña Elena Osorio, hija casada del antedicho Velázquez, tildando a tales personas de rameras y alcahuetas.

El nombrado testigo afirmó, por la letra y estilo de estas composiciones, ser de Lope de Vega y hallarse seguro de su afirmación por poseer otros papeles de puño y letra del mismo. Declaró también cómo había venido observando, de seis meses atrás, la enemiga de Lope para con Don Jerónimo Velázquez y cómo aquél había inducido a los actores de su compañía a que le abandonasen y se incorporasen a otras. Agregó saber que varias copias de tales sátiras corrían por Madrid en manos de otras personas y cómo Lope de Vega habíale manifestado su designio de hacer todo el daño posible a Velázquez y su familia.

El Licenciado Ordóñez, de unos veinticinco años, natural de esta villa, con residencia en la Plazuela del Cordón, tras las casas de Don Alonso de Arcila, declaró

---

conocer a Jerónimo Velázquez, demandante, y a Lope de Vega, el demandado, y cómo dos meses atrás tuvo noticias de un soneto satírico difamando la persona del Doctor Velázquez, hijo del demandante, y en el cual se le aconsejaba no falsear la ley, pues un hijo de actor haría mejor en consagrarse a la farándula, visto que su hermana ganaba bastante para todos; dijo luego no haber leído tal soneto sino haberlo oído leer, pero que habiendo conocido luego los versos macarrónicos vió en ellos el mismo estilo. Este declarante atestiguó asimismo saber que Lope de Vega era enemigo del tal Velázquez por haberle oído difamarlo de palabra en otra ocasión. Por ello y por creer que el antedicho Velázquez no tenía ningún otro enemigo en la villa, excepto Lope de Vega, el testigo se ratificaba en su declaración.

En la tarde de aquel mismo día, Lope fué encerrado en la Real Prisión de Madrid.

El 2 de enero el Tribunal reclamó más pruebas y remitió la instancia de Lope de

Vega a un *curador ad litem*, visto que el acusado era un menor de edad. Un menor de edad era quien tuviese menos de 25 años. Pero Lope de Vega ya rebasaba en cuatro meses esa cifra... Lope no supo, no pudo resistir el bombardeo del Tribunal. Sus argumentos eran débiles. Sus premisas no acertaban a formar un lógico silogismo; antes al contrario, caían con las alas rotas, acribilladas de sofismas.

Por un momento en la letra de la sátira quiso reconocer la del Licenciado Ordóñez, mas, por otra parte, del texto de ella inferíase que su autor sabía poco latín. Solicitado después para que nombrase otras obras del mismo Licenciado, Lope dijo no recordarlas, pero sí afirmar que años atrás, cuando estaba en el colegio de los Jesuítas, había sabido que aquél escribía versos en tal estilo.

Pero nuevos testigos acumularon más cargos contra Lope y el Tribunal le declaró culpable. Fué sentenciado "en cuatro años de destierro de esta Corte y cinco leguas (no le quebrante, so pena de

---



serle doblado), y en dos años de destierro del reino, y no le quebrante, so pena de muerte". También le fué ordenado que no hiciese más sátiras ni versos de infamia contra ninguna de las personas por las cuales se le condenaba, y evitase pasar por la calle donde aquéllas moraban.

La celda es fría y oscura. Tallados sobre los muros hay corazones hendidos por flechas y arrogantes iniciales con rúbricas entrelazadas.

Las fechas, las palabras y los símbolos muestran haber sido trazados con tierna o angustiada mano. En este jueves, 4 de febrero de 1588, antes de abandonar su ciudad nativa rumbo al destierro, pudo haber escrito Lope: "Un hombre nacido entre dos abismos". Pero no lo hizo porque una voz de mujer le interpeló:

—Buenos días, Lope.

—Todo está perdido, Juana.

—No os preocupéis.

—Fácil es decir eso, Juana, pero me acongoja sentirme humillado por esas gentes rastreras...



—Mejor fuera que ataséis vuestra lengua, Lope, pues que el enredo en que os hallais metido es grande.

Juana Ribera figuraba entre aquellas mujeres que Lope había satirizado, pero como no tenía ninguna reputación que perder estaba limpia de rencor. Antes bien, quería más que a ningún otro de sus diez amantes. Juana era fuerte y maciza; su busto proporcionaba una promesa de amor y tibieza. Al erguirse sobre él los rojos claveles parecían flores que crecían naturalmente en un suelo fértil. Sus cabellos eran crespos y negros, a tal punto que era difícil distinguirlos de los velos de su negra mantilla.

Juana y Lope conversaron sobre el amor y la guerra, en torno a Elena y al cerco de Londres. Así hasta que transcurrió el tiempo fijado para la visita y vino a recordárselo el carcelero. Lope entregó a Juana una carta que había recibido.

—Llevaos esta carta, Juana. Es de Elena y seguramente arreglará las cosas a mi favor.

---



Paseo del Prado: Visita de Felipe III al Duque de Lerma.



Y, en efecto, las arregló, pero en perjuicio de Lope. Juana leyó la carta a María Robles, diciéndole que si los Velázquez no ayudaban a Lope a salir de su encierro, ella se la haría conocer al marido de Elena. Tratábase de una carta har-to reveladora. En ella rogaba Elena que Dios le librase de su marido para quedarse con Lope el resto de su vida. La epístola entera restallaba de besos.

María Robles tenía un temperamento que armonizaba con los modelos del Tiziano, pero enfadóse. Afirmó que la carta no era de Elena y que se trataba de un embeleco. Trató de arrancársela a Juana. Riñeron ambas, llegaron a las manos y sus uñas grabaron mutuamente jeroglíficos venenosos en sus rostros. Juana marchóse al fin, victoriosamente, con el arrugado papel.

El viernes, a las tres de la tarde, Juana volvió a la celda de Lope. Le dió cuenta de las nuevas complicaciones surgidas. Lope reclamó la carta.

—No ha quedado tal; solamente algunos pedazos.

—Pues bien, quémalos en seguida.

Juana se negó a ello. Quería guardar la carta como un trofeo y, mediante ella, atar a Lope a sus faldas. Lope presintió el peligro y, empujando a Juana hacia un rincón, buscó el papel entre el océano cálido de su pecho. Allí estaba, como una mariposa dormida, cobijado entre dos maduras y relucientes manzanas. Lope echó al fuego el arrugado papel.

A las once de esa misma noche, un alcaide despertó a Lope de su profundo sueño. El prisionero estaba desnudo. Y así fué conducido al patio de la cárcel. El carcelero inspeccionó la celda, abrió el cofre de Lope, buscó en todos los bolsillos de sus ropas que colgaban de una percha. Encontró treinta y siete cartas firmadas por diez y seis manos femeninas diferentes. Halló los manuscritos de unas cuantas comedias y de numerosas poesías. Entre ellos uno, bajo la almohada de Lope, que le agradó sobremanera. Lo guardó para sí.

Lope estuvo desnudo al aire durante más de media hora, contemplando un

---



cielo magnífico, enjorado de estrellas titilantes. No hacía frío; no temblaba. Era grato estar fuera de la celda. Bañó su cuerpo en la luz estelar. Sintió la brisa que venía de la sierra. Respiró en sus pulmones la luz de las estrellas. Nunca había estado tan plenamente desnudo..., salvo una vez cuando estuvo a punto de caerse a un río. Muchos años atrás había estado retozando con una campesina en una tarde de verano. Las estrellas comenzaban a brillar. El aire hallábase perfumado de heno y de suaves susurros. La mozuela olía a fresco estiercol. El río ardía azul bajo las estrellas. Podía oír la música del agua...

Pero vino el carcelero y le condujo de nuevo a su celda.

La carta no fué encontrada jamás. Pero fué tenida en consideración, ante el simple testimonio oral, como un nuevo y venenoso ataque a la vida verdaderamente cristiana de la hija del demandante. Fué revisada la sentencia de Lope y se

le condenó al inmediato abandono de Madrid, ampliando la distancia y el tiempo del destierro a ocho años y cinco leguas de destierro. "No les quebrante—agregábase—so pena de muerte los del reino, y los demás, de servirlos en galeras al remo y sin sueldo, con costas".

---





## DE LA CÁRCEL AL CALEÓN



En los alrededores del mercado de San Miguel la mañana madrileña huele a pescado y a romero, a vinos fermentados y frutos maduros, a libros de oraciones y cuerpos sin lavar... El corazón de Lope se esponja y multiplica como el de un gato en un atractivo mundo felino. Ha permanecido en un calabozo durante veinticuatro días. Ahora vé la luz, escucha y respira su ciudad, ávidamente—pues pronto debe partir al destierro. Anda entre la multitud sorteando hábilmente los carros de mano y los asnos cargados, rehuendo a los mendigos a los vendedores de escapularios y de hierbas milagrosas. Sus ojos inquietos saltan sobre las canastas y los pellejos de vinos para posarse acariadoramente en las mejillas rosadas y en los pechos prometedores. Se abre pa-

---





Madrid: a principios del Siglo XVII. Justas en la Plaza Mayor.

so con sus codos, hendiendo grupos de mozalbetes que discuten y charlan sobre lo que harán en Londres, cuando la Armada pruebe su invencibilidad y ancle en el Támesis.

—Será bueno que llevemos nuestras guitarras.

—¿Para qué?

—Para dar serenatas...

—Las muchachas de allá no comprenden tales cosas.

—He oído decir que son horribles.

—¡Qué disparate! Hay buenas mozas en todas partes si se saben elegir...

—Así será, pero beben cerveza, muchacho, y eso es terrible.

—¿Y qué le vas a hacer, si no tienen otra cosa para echarse al colete?

—Habremos entonces de llevar damajuanas repletas con nosotros.

—No nos dejarían. Tienes que resignarte con la podrida bebida que nos da el Rey.

Las voces estentóreas de los vendedores y parroquianos luchaban o se fundían en la mañana polifónica.

—Vean aquí vuestas mercedes los polvos milagrosos para llevar a su casa cuantos enamorados deseen...

—Eh, Juanillo, búscame cambio...

—¿Acaso crees que tenemos los vientres curtidos para digerir piedras? ¡Esa carne no es buena! Más correosa que el cuero...

—La mejor carne de Madrid, señora...

—Carne del diablo, llamadla mejor. Ayer hervíla durante la mañana entera, y mi hombre casi se rompe las mandíbulas al intentar mascarla.

—¿A cómo las manzanas, señor Pepe?

—¡Mantas, mantas!... Lo que vuestas mercedes necesitan son mantas. En llegando a Londres sentirán frío, sea invierno o verano. Mantas, para dormir resguardados entre las culebrinas...

—Entonces ¿para qué diablos creéis que son las mujeres inglesas?...

Lope marchaba sonriente a través del barrio bullicioso. Placíale la exhuberancia, el rústico humor de sus convecinos. Entró en el *El Toro Bravo*. Juan de Chaves estaba sentado en un rincón, aguar-

---



dándole. Juan era un ministril orgulloso de sus largos y negros bigotes. Divertíale la compañía de Lope.

—Bueno, Lopillo, ¿en libertad al cabo?

—Una libertad relativa, Juan.

—No importa. España es grande. No todo se reduce a Madrid.

—Atiende, ¿diste bien las instrucciones a Ana?

—Ya está a la faena.

—¿Crées que esta tarde...?

—Sin duda.

—Entonces, echemos un trago.

Surgió el mozo misteriosamente atraído por la palabra "trago".

—Manzanilla.

—¡Un pichel de lo tinto!

Juan se atusó los bigotes relamiéndose de gusto. Eran largos y agudos como los cuernos de un toro. Sus dientes brillaban entre el escarolado cabello negro. Lope le miraba admirativamente.

—Ya lo sabes, Juan, te daré un buen acomodo en cuanto comience a apalear ducados. Te lo mereces, viejo amigo.

—No hagáis cuidado de eso, Lope.

—Pues sí. Puedes perder tu empleo de ahora si la cosa nos sale mal.

—¡No importa! Nada hay que temer. Ana sabe bien todos los resortes. Y ya debe estar al llegar...

Sorbieron sus vasos con gusto. Discutieron las últimas noticias que llenaban los mentideros de la ciudad—teatros, mujeres, la milicia.

—Dios sabe si Don Alvaro no estará ya muerto.

—Sería cosa terrible, Juan. ¿Qué haría España sin él?

—Pero el Rey no contó mucho con él para la gran empresa. Don Alvaro no está entre los hombres que pueden acordarse bien con el rey Felipe. Don Alvaro es muy impetuoso, precipitado, violento.

—¿Hállase aún en Lisboa?

—Sí.

—Pues ¿a quien prefiere el Rey?

—A cualesquiera. Gusta de hombres que le obedezcan ciegamente, que tomen a Londres sin disparar un fusil, si posible fuera. Ya no estamos en los días del Em-

---

perador, cuando nuestra divisa era "Plus Ultra"...

Entró una mujer de edad mediana. Observó un rato a Lope y a Juan, acercándose después. Ellos levantáronse para hacerla sitio.

—¿Qué noticias, Ana?

—Todo marcha como la seda.

—Me lo imaginaba. ¿Oís, Lope? Esa es en todas ocasiones la respuesta de las mujeres valientes como Doña Ana de Atienza.

—¡Halagador Don Juan!

—Te lo repito, Ana. Eres la mujer más valiente de Madrid. Y Lopillo está de acuerdo conmigo. Nos dará un buen acomodo. Vánse a representar muchas comedias suyas.

—Dejemos ahora eso, Juan, y escucha. Ví a la misma Doña Isabel. Dije a su nodriza, conocida mía de antiguo, que habría de avistarme con su señorita para un negocio de importancia. Dejóme entrar. Hablé, pues, con Doña Isabel, y ella prometió estar en esta esquina hacia las dos. Yo me cuidaré de entretener a su dueña

en tanto que Lope y vos os la lleváis por la puerta del fondo.

Doña Isabel de Urbina, Alderete y Cortinas, hija del excelentísimo Don Diego de Ampuero Urbina y Alderete, rey de armas de Su Majestad Felipe II, ha tiempo que hallábase enamorada de Lope. Admiraba el talento del poeta y sentía fuerte ojeriza contra el juez que osó condenarle. Pensaba que no había justicia en España, que Lope había sido injustamente acusado por un malvado charlatán deseoso de monopolizar para su compañía todo lo que el ingenio de Lope daba a la luz. Bien sabía Doña Ana que su orgullosa y muy católica familia no habría de consentirla en modo alguno casarse con una persona que ellos consideraban un sucio plebeyo, un comediante procaz, un incorregible embaucador y, en suma, un pájaro de cuenta. Pero a ella no le arredraba ningún sacrificio...

---



Gracias a las diestras maquinaciones de Juan de Chaves y de Ana fué fácil la fuga de Doña Isabel. No hubo escándalo.

Lope y Doña Isabel se escabulleron lindamente. Pasaron una deleitosa luna de miel en una tranquila y oscura habitación, no muy lejos de *El Toro Bravo*. Doña Isabel sentíase muy feliz porque amaba a Lope, pero su cielo fué oscurecido ante la noticia de que el mas grande Almirante de España, Don Alvaro de Bazán, había fallecido en Lisboa, precisamente el día después de ser excarcelado Lope. La noticia tardó algunos días hasta llegar a Madrid. Al hablar de Don Alvaro, Lope recordó el episodio de las Azores y las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Bien sabéis, Isabel, cuan tiernamente os quiero. Os habéis sacrificado a este amor. Pero ahora debemos ser sensatos. España tiene que vencer en este trance peligroso. Y yo debo seguir a la Armada. Tengo que ilustrar mi nombre: mi heroísmo lavará el barro vil que los Velázquez han echado sobre él. Nos casare-



mos, vuestro padre nos perdonará y habrá de ayudarnos. Si soy muerto por los ingleses, mi muerte será gloriosa.

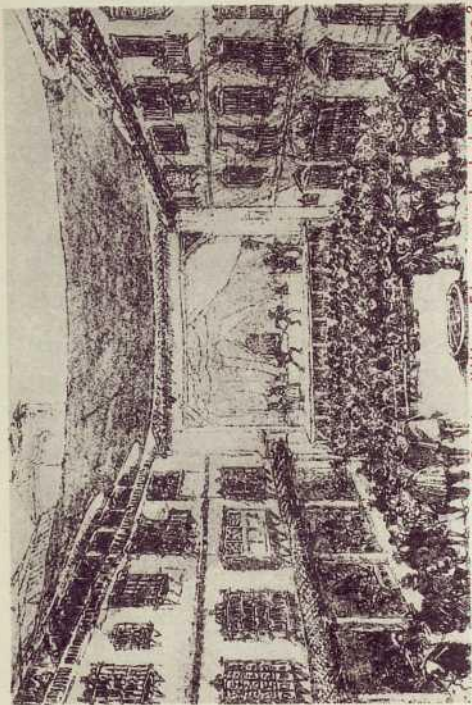
Isabel era generosa. Amaba a Lope y amaba a España. El sacrificio era grande, pero sangre heroica corría por sus venas. Las mujeres españolas saben que el sentido de la palabra *patria* es más sagrado que el de la palabra *amor*... Ambas las heredaron de Roma.

En Madrid, a 10 de mayo del año de Nuestro Señor 1588, autorizado por el Vicario General de esta Villa, Lope de Vega Carpio, natural de la misma, casó con Doña Isabel de Urbina, representado por Don Luis de Rosicler.

Fueron testigos: Tomás Gracián, Secretario; Juan de Vallejo, alguacil; Juan Pérez, mercader; Juan de Vega y Alonso Díaz, todos de esta Villa.

Lope llegó a Lisboa a mediados de abril del 1588. Su casamiento efectuóse en Ma-

---

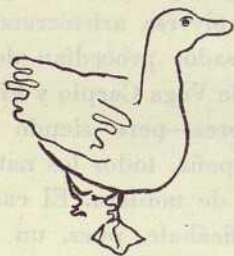


Madrid, fines del Siglo XVI. ¿El corral del Principe?



drid el mes anterior. Luis de Rosicler había representado en la ceremonia. Lope conocía a Rosicler desde muchos años atrás y fiaba en él. Era francés de origen y un excelente bordador. Su ocupación favorita, la astrología, habíale valido constantes persecuciones por parte de la Iglesia. Era el marido legal de la hermana de Lope, Isabel de Carpio.

Lope, cuyos padres eran plebeyos, soñaba con volverse aristócrata algún día. Sus antepasados procedían de la Montaña—Félix de Vega Carpio y Francisca Fernández Flores—pero siendo Asturias la cuna de España, todos los nativos de ella alardeaban de nobleza. El casamiento de Lope significábale, pues, un azulamiento de su sangre. Y, aún más, venía a ser una hábil maniobra dirigida a envenenar la vida de sus enemigos, los Velázquez. Lope llegaba a tomar como esposa a la hermosa y altiva Doña Isabel de Urbina.





UNA VISITA A LA HERMANA DEL  
REY

Al fin llegó el gran día. Felipe II dispónese a enviar su Invencible Armada con el designio de hacer una visita a su cuñada Isabel de Inglaterra y castigar así a su herético reino. Durante sesenta años los católicos de Europa han soñado con este momento. Se han hecho múltiples ayunos y rogativas por el triunfo de la Santa Cruzada.

Temprano, en la mañana, ciento treinta barcos anclados en el Tajo saludaron al sol con estruendosas salvas. Era a fines de mayo de 1588. Las plegarias, el humo, el olor de la pólvora volaban suspendidos sobre Lisboa.

El 25 de abril, el Cardenal Archiduque, Virrey de Portugal, en nombre de Felipe II, puso en manos del Duque de Medina Sidonia un pendón con un Cristo en

---

la cruz, una Virgen y el lema: "Levántate, oh Señor, y venga tu causa".

Lope estaba en la Iglesia Mayor durante la ceremonia, pero no le hizo mayor impresión desde el momento en que faltaba la presencia de Don Alvaro de Bazán y éste era el único hombre que merecía ser Almirante de la Armada. Pero ahora, desdichadamente, yacía bajo tierra y el Duque de Medina Sidonia no era capaz de afrontar tal gesta. El mismo había confesado su impotencia al Rey.

—Mi salud es escasa y, dada mi poca costumbre de navegar, presiento que no ha de abandonarme el mareo. La expedición es tan ambiciosa, su finalidad tan importante que sus jefes debieran ser extremadamente diestros en el arte de la navegación y de los combates navales, cosas ambas que yo ignoro.

Pero Su Majestad no atendió ninguna excusa. Era un hombre intoxicado de Dios; sus designios no eran suyos sino divinos.

—Si fracasáis, fracasad; pero como la

causa no es nuestra, más de Dios, triunfaremos.

Antes de embarcar, los treinta mil hombres recibieron la confesión y la comunión. Los sacerdotes daban a cada hombre una bula de salvación, absolviéndoles de todo pecado mortal y asegurándoles la admisión a las puertas del Paraíso. Pero jurar, matar y otros excesos poco caballerescos serían severamente castigados. Las mujeres públicas serían mantenidas a buen recaudo.

En fin, nuestros héroes no eran atrevidos argonautas sino más bien santos españoles sin pecado, en trance de matar al dragón de la iniquidad o de quemar el nido de una víbora.

Los navíos levaron anclas el 28 de mayo. Los vientos de proa soplaban desfavorablemente.

Desde el galeón *San Juan*, Lope despidióse de una mujer en la orilla. Lloraba y también hacía lo mismo una vieja que estaba a su lado. Pero ésta última, con enfado, por los pocos escudos que Lope había dado a cambio de sus servicios.

---



Lope habíala visitado durante más de un mes y la moza había sido tan tonta que llegó a enamorarse de él. Por ello había perdido una buena ocasión de embolsarse numerosas blancas en aquella temporada tan abundante de hombres. La dueña quería esforzarse en aparecer elegante y correcta. Había enmascarado las arrugas de su cara con cremas y afeites, envolviendo sus piernas acartonadas en seda de color. Una mantilla azul le cubría piadosamente la peluca y largas esmeraldas, a modo de pendientes, se balanceaban sobre el colorete de sus velludas mejillas.

Una brisa desapacible sopló desde el Norte y arrastró los galeones a sotavento, haciéndoles cabecear.

Lope dió una vuelta recorriendo el barco. El *San Juan* era uno de los mejores navíos españoles. Desplazaba más de mil toneladas. Llevaba cincuenta piezas de artillería y quinientos hombres; entre ellos, Recalde, el marino más capaz de España, un hombre que había estado tan cerca de Don Alvaro como para aprender a triun-



far siempre sobre los mares tempestuosos y los marineros insurrectos.

Durante una semana el viento sopló adversamente. Presagios de un desastre se propagaban entre los tripulantes. El sol calentaba de firme y cada barco era un horno apestoso. El agua no se podía beber. Había sido encerrada en odres tres meses antes del embarque. La carne estaba podrida y el pan lleno de gusanos. Los proveedores habían comprado los géneros de calidad más baja a los precios más inverosimilmente altos. Los hombres tenían que mantenerse con galletas y frutas secas. Pero eran humanos, empero sus bulas de salvación, y muchos cayeron con disentería y escorbuto.

Pesadas olas machacaban ferozmente los agujereados cascarones. Los barcos estaban deshechos por el temporal. Algunos corrieron a refugiarse en La Coruña. El Duque envió un mensaje a su Rey:

“El tiempo, aunque estamos en junio, hállase tan salvaje como en diciembre. Cosa extraña, puesto que estamos entregados al servicio de Dios... Ya dije a Su Majes-

---

tad que yo no me consideraba digno de esta empresa... Ahora estoy en La Coruña con mis barcos deshechos y las fuerzas que nos quedan son inferiores a las del enemigo. Las tripulaciones están enfermas y se empeoran cada día que pasa por la mala comida y el agua impotable.”

Tras varios días desesperantes, los barcos extraviados retornaron. Frescos retoños de esperanzas brotaron en los exhaustos corazones de los tripulantes. Nuevas reclutas llenaron los barcos, agua pura los odres y carne fresca las bodegas.

El viernes 12 de julio, ciento treinta barcos partieron una vez más para destruir el reino de “la rubia Isabel, flor de las vírgenes”. Un viento propicio del sur hinchaba las velas. Las proas rompían las olas. Las gaviotas volanderas eran blancas palabras de despedida. Cayendo de los mástiles flotaban los cánticos.

Lope habíase puesto a escribir un largo poema, a la manera del Ariosto, titulado *La hermosura de Angélica*.

El lunes por la tarde las banderas es-

pañolas flameaban sus colores en el Canal de la Mancha.

El martes, llovía a cántaros.

El miércoles, mares agitados, fuerte viento del oeste.

Jueves y viernes: pesado bamboleo, navegación difícil, desparramamiento de los barcos. A las 4, la costa de Cornualles, acentuada aquí y allá por rojos puntos de fuego—faros de alarma—. Medina Sidonia iza su propia bandera—Nuestra Señora, Cristo en la Cruz y la Magdalena—en su mástil más alto. Las baterías hacen fuego desde cada barco. Mientras apuntan al gris y pétreo lagarto, los españoles oran. Nunca imploraron a Dios tan fervientemente. El mar aparece enorme, bruñido, silencioso, con temibles augurios de inminente catástrofe. Hay un extraño presentimiento de muerte. Un silencio denso. Una paz sombría.

El sábado, por filo de la media noche, las flotas cruzan un queche pescador. “Sir Francis Drake y Lord Howard os aguardan en el mar de Sonda”—vinieron a confesar los pescadores de Falmouth.

---

Y en el temprano alborar del domingo, los españoles divisan los provocadores estandartes ingleses que avanzan desde Ramshead, tres millas a sotavento. Los barcos de la Reina maniobran graciosamente evitando el acercarse demasiado. Desde la distancia, por la popa, hacen fuego con prodigiosa rapidez. Lope se ve impedido de continuar escribiendo su *Hermosura de Angélica*. Siete galeones ingleses han tomado su *San Juan* como blanco, haciendo llover fuego sobre su arboladura.

Los españoles eran excelentes combatientes cuerpo a cuerpo; estaban acostumbrados a abordar los barcos enenigos y luego a tallar la victoria con sus espadas y sus valientes corazones. Pero este fuego a distancia, apartábase de sus costumbres, no tenía nada de caballeresco.

Solamente el *San Juan* disparaba unos ciento veinte tiros, pero sus cañones no alcanzaban muy lejos. Lope utilizó todas las cartas de amor de Elena como taco de su mosquete: quiso aniquilar a los soldados de la Reina con la dulzura de Elena. Pero los ingleses eran resistentes; por cada



tiro respondían con cinco. El *San Juan* se bamboleaba desgarrado, desde la línea de flotación hasta el palo mayor, repleto de colgantes aparejos y amontonados cadáveres. El combate duró hasta las cuatro de la tarde. Y los españoles no llegaron al mar de Sonda.

Maltrecho, el *San Juan* hubo de limitarse a escoltar la flota. Dos millas más allá, Pedro de Valdés estaba al mando de uno de los mejores galeones españoles. Sintió lástima por el *San Juan* y quiso salvarlo. Los hombres de Valdés eran lobos marinos, pero el rugido de los cañones ingleses habíales enervado. Y al intentar virar su barco, chocaron con el *Santa Catalina*. El hermoso navío de Valdés quedó maltrecho y don Pedro de Valdés pasó a ser un prisionero de la Reina Isabel. Los ingleses tratáronle con la consideración debida; llevaron su barco herido hasta Dartmouth y agradecieron la pólvora y las hermosas espadas que hallaron en su recámara.

Esa misma noche, otro barco español, *Nuestra Señora de la Rosa*, iba a abrirse

---



como una rosa polipética de fuego. La pólvora de su santabárbara estalló misteriosamente. El espacio se cubrió de chispas, saetas de llamaradas y horrisonos gemidos de los abrasados cuerpos. Y sobrevino su hundimiento, bajo una negra mortaja de humo, en una tumba de espuma.

El lunes, la marejada persistía. Los marineros no cesaban de trabajar, taponando las vías de agua, componiendo rotos aparejos, tirando al mar los cuerpos inservibles de los muertos, murmurando palabras de miedo y superstición. Pero Lope continuaba impertérrito enhebrando versos en su *Hermosura de Anglica*. A la puesta de sol, el mar tornose calmo, limpio de vientos. La flota inglesa, inofensivamente pintoresca a distancia, semejava una colección de barcos de cartón pegados en línea a una tela de mar azul. Los galeones españoles, llevados por la fuerza de los remeros, se dispusieron al ataque, pero hubo de levantarse un viento imprevisto y Howard avanzó a través del corazón de la Armada. El *San Juan* y otros seis barcos españoles rodeaban su *Ark Raleigh*.

Entonces fué cuando los hombres de Felipe II vieron lo increíble. Galeones ingleses que se movían ligera, graciosamente, en círculo, como pájaros, vomitando incansablemente su ponzoñoso fuego sobre los pesados barcos españoles, enormes blancos fáciles de alcanzar. El altivo estandarte de Medina Sidonia era un lamentable andrajo; el humo había hecho un kaffir de su Magdalena y Cristo había sido deshauciado de su cruz hacia las amargas olas. Durante la noche, los tripulantes se afanaron por detener los centenares de vías de agua abiertos en los heridos cascarones. Pero al día siguiente, Howard y Drake continuaron abriendo nuevas brechas y haciendo zozobrar más barcos, hasta el miércoles en que hubieron de detenerse por falta de pólvora.

A la tarde llegó una nueva reserva de municiones, pero los ingleses guardaron silencio hasta el día siguiente, día de Santo Domingo. Santo Domingo era el patrón de Medina Sidonia. Los españoles tenían confianza en que había de ayudarles. Los ingleses no participaban de la misma

---

creencia; de suerte que enviaron al santo la pirotecnia de sus eficaces cañones y una gruesa guirnalda de roncadas maldiciones sajonas.

El *Ark Raleigh* se acercó al barco de Lope. Luego, de pronto, amainó el viento. Quedóse quieto, mientras a la distancia de una voz estaban tres de los mejores galcones españoles con dos de sus más capaces marinos: Oquendo y Recalde. Desde los mohosos puentes del *Ark Raleigh* descendieron once botes al agua. Hombres intrépidos se inclinaron sobre sus remos llevando el *Ark* a remolque. Unos minutos más tarde sus velas se hincharon con una grata brisa y el barco se deslizó a lo lejos, como un milagro de destreza y rapidez, intacto y altivo, desdeñoso de la cháchara que le brindaba la mosquetería española.

El sábado, la Armada se detuvo en la ruta de Calais con sus bodegas vacías. Los ingleses anclaron a milla y media de allí. El domingo, algunos españoles dirigieron-se al mercado para comprar verduras frescas, mientras Seymour y Sir John Hawkins llegaban de las Lomas para beber cerveza

fuerte con Drake y Howard. Martín Frobisher echóse al colete un vaso suplementario de whisky. A la tarde, una pinaza inglesa con unos cuantos valientes y un ligero cañón se entretuvo en taladrar dos agujeros redondos en el casco del galeón español *San Martín*.

A media noche, el Duque se alarmó viendo algunas luces que se movían hacia él desde la flota inglesa; luego entrevió amenazadores cascos que se deslizaban en la oscuridad. Al acercarse estallaron en llamas. El Duque supuso que eran minas flotantes. Ordenó que su flota levantara velas inmediatamente. Fué una partida apresurada, una fuga. Quedaron abandonadas las anclas, sepultadas en el barro de Calais. Los barcos españoles iban separadamente a la deriva.

Cuarenta de ellos habrían de dar la cara a los barcos ingleses. Era un combate a muerte. Los ingleses apoyábanse únicamente en el fuego de sus cañones y rehuían aproximarse al enemigo. Por consiguiente, a los españoles les era imposible llegar en ningún momento a utilizar sus hierros

---



de abordaje. Estaban perdidos desde el principio. No podía verse nada a través de las espesas cortinas de humo. Pero el aire resonaba con la confusión caótica de un terrible combate—el estallido de las vergas, el salvaje rugir de la artillería, el peso devastador de los aparejos sobre los hombres teñidos de sangre, los sacerdotes que con un crucifijo en la mano ayudaban a los vivos a combatir y a los moribundos a morir.

Allí estaban los últimos gigantes de España. Lucharon denodadamente; con trágica osadía vivieron la última página de oro del heroísmo español. Lope, que la hubiera podido escribir, prefirió vivirla. Además, su lira estaba entonces acordada al ritmo del Ariosto; hallábase escribiendo sobre la cándida belleza de Angélica.

Los galeones españoles quedaron casi astillados. Los ingleses hicieron cribas de su maderamen. Los imbornales dejaban escapar torrentes de sangre que empurpuraban el mar. A la hora de la puesta de sol, el Ave María resonó como un apenado canto de cisne.



Los cañones habían enmudecido, exhaustos y sin pólvora.

Cuando al día siguiente aparecieron setenta galeones ilesos, era demasiado tarde... El mar habíase puesto ya su máscara de tragedia. Isabel estaba salvada.

El martes 9 de agosto era el día de San Lorenzo. Felipe II, en cierta ocasión, había colocado un brazo del santo bajo una urna cristalina en su Escorial. Y ahora, San Lorenzo, manco, no podía salvar a los españoles de la fatal furia tormentosa...

La Armada fué arrastrada hacia el Norte por los vientos tempestuosos. El mar tenía cara de venganza; el cielo, abierto en terribles maldiciones.

Los españoles obedecían al viento; al menos éste les llevó lejos de los ingleses. Estaban demasiado fatigados, enfermos y hambrientos; y sus barcos excesivamente maltrechos para que pudieran hacer frente a los de Howard o Drake. De suerte que pusieron proa a su patria, costeano Escocia e Irlanda.

Pasaron algunos días y la tormenta no amainaba. Los alimentos iban escaseando.

---

Habían de ser frugales incluso con los agujereados tanques de agua mala. Tiraron sus caballos por la borda en vez de cortarlos en tajadas para asarlos. Las noches eran largas; los días, noches. Los galeones españoles pasaron costeano las Islas Orkney de Escocia. Pero pronto la niebla cayó sobre los ojos de los pilotos.

Algunos pusieron rumbo hacia el Polo Norte. Las manos de otros se helaron sobre el gobernalle; sus barcos siguieron extrañas rutas, surcando desconocidos mares, horribles pesadillas de angustia. Los hombres padecían hambre, frío y sed, muriendo de escorbuto y disentería, alucinados de sueños torvos.

Lope, entretanto, seguía entregado a la belleza de Angélica. Y el Duque escribía a su Rey: "El Señor ha querido enviarnos un destino distinto al que buscábamos. Pero habida cuenta que, desde un principio, la expedición fué acometida al servicio de Dios todo, sin duda, ha sido ordenado del modo que mejor conduzca al provecho del Rey y a la honra y gloria de Dios... La flota ha sufrido tanto que resolvimos

como lo mejor era retornar a la patria con lo que de ella resta. Nos faltan alimentos; los muertos son numerosos y, aún más, los enfermos y heridos..." Un despacho así fué firmado por el Duque el 21 de agosto, hallándose a doscientas millas al oeste del Cabo Wrath.

Numerosos barcos, maltrechos por los temporales y hundidos bajo los gemidos de sus desesperadas tripulaciones, se hundieron para descansar definitivamente. Otros, se tumbaron a sotavento y fueron destrozados contra la costa irlandesa. Aún no había terminado el sufrimiento de sus hombres. Los naturales les despojaron de sus ropas e hiriéronles cruelmente con sus afiladas hachas. Los guardias ingleses, mas piadosos, les colgarno o dejáronles desnudos para que murieran de frío.

Hacia el final de septiembre unas miles de almas en pena consiguieron regresar, se arrastaron hasta sus hogares y perecieron. Eran españoles y morían de vergüenza, con el corazón partido. Algunos habían perdido las bulas de salvación que les dieron los sacerdotes en Lisboa...

---

Recalde ancló su galeón en La Coruña; Oquendo arribó con el suyo a San Sebastián. El primero no probaba los alimentos: el segundo sólo miraba fijamente los muros de su habitación. Eran los grandes marinos de España: habían cumplido con su deber. Empero no haber muerto habían expuesto sus corazones a los cañones de la reina hereje. Pero habían logrado traer sus barcos a puerto. Habían cumplido plenamente con su Rey y se sentaron para morir como mueren los grandes hombres.

El barco que conducía al Duque de Medina Sidonia dirigióse a Santander. El Duque no sabía morir como un hombre y por ello resolvió vivir como un Duque. Fué apedreado en las calles de Salamanca y de Medina del Campo. Los españoles de toda España lanzaron injurias sobre su cabeza. Pero no murió. El Duque no quería morir. Tenía un palacio en Sanlúcar con bosquecillos de naranjos y criaderos de atunes. Era gran almirante de España. El Rey le nombró gobernador de Cádiz y luego, una vez que Essex con-



siguió penetrar allí, al modo de Drake, y le puso en ridículo, la posición del Duque mejoró. Volvióse el consejero supremo en cuestiones de política y de guerra...

Lope tampoco murió. Cuando descendió el ancla mohosa del *San Juan* en La Coruña, Lope bajó a tierra. ¡De nuevo sobre la arcilla de su España! Estiró sus entumecidos miembros; echó un trago en una taberna, comió carne fresca, se jactó de su heroísmo y recitó algunos versos blandos de un poema que había rematado durante la travesía: *La Hermosura de Angélica*, escrito en el meloso estilo del Ariosto...

---



## LA CARGA DE JACOB

Cuando don Antonio de Toledo y Ber-  
 ment, quinto Duque de Alba, murió en  
 año de setenta y tres, dejó sus  
 por España a la casa de sus hijos su-  
 cediéndole en ella que debía pagarle su  
 admisión en la nobleza por el cargo de  
 Alcaide de Toledo y de las otras  
 que le pertenecían por el Rey en Toledo;  
 y como él había de pagarle en esto en otros  
 sus hijos y también en otros religiosos.  
 Era pues de toda necesidad encontrar  
 una cosa que le pagara el joven Duque.  
 Había la hermana del Duque de Ber-  
 ga, Estela la hija del Conde de Oropesa.  
 Toda casada con la hija del Duque de  
 Alcaide. Todas ellas tenían bien ganadas  
 de renta.  
 A principios del 1589, cuando el Duque

Cuando don Antonio de Toledo y Beaumont, quinto Duque de Alba, cumplió 22 años, sus avisados consejeros lanzáronse por España a la busca de una dama suficientemente rica que pudiera pagarse su admisión en la noble pero pobre casa de Alba. Su abuelo había gastado varias fortunas peleando por el Rey en Flandes; su tío hubo de prodigar su oro en afanes menos políticos y también menos religiosos.

Era, pues, de toda urgencia encontrar una bolsa repleta para el joven Duque. Había la hermana del Duque de Berganza. Estaba la hija del Conde de Oropesa. Podía contarse con la hija del Duque de Alcalá. Todas ellas tenían bien guarnecida dote.

A principios del 1589, cuando el Duque se hubo comprometido por poderes con

---





*Audax dum Vega irrumpit Scarabeus in  
hortos,  
Fragrantis perijt victus odore Rosa.*

Emblema literario de Lope.

la hija del Duque de Alcalá, apareció en el horizonte, resplandeciente como un sol de oro, la hija del Duque del Infantado. Poseía una gran fortuna y su árbol genealógico hincaba sus raíces en el mejor limo español.

Ciertos consejeros sugirieron que los negocios eran los negocios y que lo procedente era que el de Alba repudiase a la hija del Duque de Alcalá.

Otros invocaron la cuestión de honor, sosteniendo que debía respetarse la elección primera. La del Infantado no era muy deseable, a pesar de sus pingües ducados. Era terriblemente fea.

El Cardenal Arzobispo de Toledo y hasta el mismo Felipe II fueron mezclados en la contienda. Los pavos reales y los faisanes de la Corte hallábanse escandalizados. Toda España sintióse sacudida de risa o de rabia ante el escándalo. El Duque necesitaba algún dinero de bolsillo. La discusión había durado ya más de un año. Un día, el Duque saltó sobre su montura y diciendo a sus acompañantes, con acento melodramático: "Esto será un



buen negocio”, hundió sus doradas espuelas en el vientre de su caballo y cabalgó hacia Guadalajara. En julio de 1590 casó con la hija del Duque del Infantado.

Su Muy Serena Majestad Felipe II hirvió de enojo. Cuando se alteraba era implacable. Ordenó que el novio fuera encerrado en el Castillo de la Mota, que el Duque del Infantado permaneciese recluído en su propio Palacio de Guadalajara y que otros despreciables conspiradores fueran hechos presos en la cárcel capaz de contenerlos a todos. Mas, por otra parte, el Rey se consideraba blando a sí mismo por no atreverse a mandarlos a todos a la guerra.

Felipe II era un hombre muy desgraciado. Estaba enfermo del corazón y su alma volvíase cada vez más oscura a causa de sus zozobras. Apenas podía conciliar el sueño. Se le figuraba escuchar un torvo ruido de roturas. La desintegración de su propio Imperio torturaba sus oídos con extraños ecos. Oraba fervientemente ante el altar mayor de su Escorial. Pero su Dios permanecía sordo, ya que sus oí-

---

dos estaban también sumidos en el caos.

Una mañana, después de oír misa, el Rey se sintió clemente: perdonó al Duque de Alba, perdonó al Duque del Infantado, perdonó a los conspiradores de la boda; en fin, perdonó a todo el mundo.

El imponente palacio de los Alba reposaba en una suave y vasta eminencia a treinta metros sobre el nivel del río. El Tormes, enfilado hacia Salamanca, se deslizaba disimuladamente entre álamos, sauces y olivos. El valle era anchuroso, fértil y rico en variados tonos verdes; sus campos mostrábanse pródigos en trigo, centeno, cebada y hortalizas. A distancia, los picos nevados de la sierra del Guadarrama y de la Peña de Francia, apuntaban hacia las hinchadas nubes con sus blancos agujones. El palacio, como la sierra, altivo y sólido, insertaba desafiadoramente sus desnudos y escarpados torreonnes de piedra maciza en el aire luminoso.

El Duque marchaba cabalgando una blanca jaca. Ahora era rico y su escolta

estaba compuesta de numerosos caballeros. Uno de ellos, su secretario, Lope de Vega, charlaba con don Diego, un anciano caballero, que había venido a devolver una visita al Duque.

—Este Alba de Tormes es un lugar maravilloso; ¿no lo creéis así, Lope?

—Magnífico.

—¿Pensáis permanecer con el Duque mucho tiempo?

—En tanto que él me necesite...

—¿Acaso no siente vuesa merced nostalgia de su hogar?

—Cierto. ¿Pero a qué contristarme? No puedo regresar a Madrid hasta dentro de mucho tiempo... Ya hace años que vivo lejos de sus calles...

—No podéis quejaros como quiera que sea... El Duque me contaba que en Valencia lo pasasteis harto bien.

—No me quejo, pero dos años son terriblemente largos.

—Y siéndooos grato vivir aquí...

—Sí, al menos disfruto de suficiente vagar para enfrascarme en mis pensamientos y escribir. Aquí hay paz y holgura. Doña

---

Isabel es feliz, hállase loca con su niño. El Duque nos ha dado su conformidad por haberle puesto el nombre de Antonia, ya que se parece tanto a él. Como vuesa merced sabe, el Duque es su padrino. Mas, hablando de otra cosa, sabréis que trabajo mucho. He hecho docenas de obras. Pero la que reputo mejor es una que titulo *La Arcadia*.

—De modo que os entregáis a las pastorales.

—Hasta cierto punto. Reconozco lo que mi inspiración debe a *La Arcadia*, de Sannazaro; a la *Diana*, de Montemayor, y aún a la *Galatea*, de Cervantes; pero mi obra no es tan puramente imaginativa como aquéllas. En la mía todo es cierto. Todos los caracteres corresponden a personas de la vida real. Si vuesa merced sigue a Anfiso con cuidado advertirá que es el Duque mismo. Belardo soy yo, naturalmente. Y una vez que conozca mi clave ya no verá pastores, sino personajes de la vida real.

—¿Mas podrá el lector común comprenderlo así?



—Ello no me importa. Estoy haciendo una obra de arte. ¡Me río del público! No puedo poner mi Musa al nivel de los que no me entienden a causa de su estupidez sublime. El verdadero artista debe crear siempre para una minoría selecta, para unas cuantas personas inteligentes. A veces me odio a mí mismo por haber dado gusto tan repetidamente a las masas. Mis obras son perecederas, pero no me cabía otra suerte que escribir livianamente para los muchos.

Atravesaban los interlocutores una colina rocosa. Era un bloque de piedra parda en medio del mar verde que formaba el valle. Unas cuantas cabras triscaban en las laderas. Parecía como si hubieran nacido de las pardas entrañas de la colina o como si un paciente escultor hubiéralas cincelado en la roca, insuflándolas movimiento.

Don Diego no ignoraba que Lope gustaba de la *masa*, que adoraba el éxito y se perecía por verse señalado entre las gentes cuando atravesaba las calles. Pero también sabía que Lope, otras veces, gus-

---



taba de permanecer distante, emular a los italianos, sobrepasar a Ariosto y a Sannazaro, ser un pulido y alambicado autor, el cabecilla de un círculo intelectual. Porque tal era el drama literario de Lope.

—Lope, ahora que habláis de la realidad en la ficción, decidme ¿por qué no compusisteis algo sobre la *Armada Inven- cible*, ya que os encontrábais allí?

—¿No lo imagináis? Porque estaba demasiado cerca, dominado por aquel espectáculo. El exceso de luz es tan dañoso como la misma oscuridad; anula la visión propia.

Don Diego no quedó plenamente convencido. Figuróse que tal vez Lope no había presenciado gran cosa de los combates, que había permanecido oculto en alguna recámara, tratando de calmar sus nervios y entreteniéndose en escribir frágiles bagatelas a la manera del Ariosto.

Un día, la pequeña Antonia enfermó. Fué ensayado todo lo imaginable para

salvarla. Artificiosos remedios, sabios doctores, cabalísticos astrólogos llegaron hasta su cabecera. Pero ni su ciencia ni sus encantamientos lograron vencer el mal. Antonia se deslizó sin ruido, desde las pomposas estancias de la casa de Alba, hasta la blanca simplicidad del Limbo.

Los escudos de armas del palacio fueron envueltos en crespones de luto. Todo el mundo lloraba y doña Isabel estaba hermosísima. Era una mujer adorable. Amaba a Lope y había dejado una vida regalada, inclusive lujosa, para consolarle en su destierro.

Imperturbable, sufría los flechazos de las escandalosas habladurías. En su desgracia sentíase aliviada por una pasión triunfante. Isabel conocía la virtud del sacrificio; había visto cómo Lope no vacilaba en dejarla para marchar a la Armada. Su intuición sutil habíale hecho adivinar que, en el día de su casamiento por poder, Lope se estaba encenagando en el barro lujurioso de un burdel lisboeta. Y aunque nunca leyó el soneto donde Lope se comparaba a sí mismo con un

---

## ACTO P.

Entra: Fabio, Fabrice, Truicredo, fulgenio y otros de  
acompañamiento y feliciano con un luto y detras de ellos  
gabindo Lacaya con otro luto als graues

fab tengale Dios en el cielo  
que juzgando por sus obras  
me xor padre, muerta cobras  
que le perdiste en el suelo  
tales fueron sus costumbres  
que pienso que desta aqui  
a puedes ver como alli  
se ven las celixes lumbres

ful en mi vida foye yo  
dar un peñame Truicredo.  
tau no me dio cosa mas miedo  
ni mas verguenza me dio  
como dice que en rigor  
de consuelo a apodese  
Vuestra merced te desedese  
padre padre me xor

ful eso fuera desatinos  
oyeme y mira luego  
tau en fin vas ful item quando llego.  
ful como el gran padre diuino  
luz de todos y mortales



Jacob aun más despreciable, ella se identificaba con Lea alejando a Jacob de sus Raqueles. Y rogaba fervientemente a su Dios compasivo que se dignase conducirla al otro reino de la muerte.

En la primavera de 1595 Isabel murió al dar a luz su segunda niña, Teodora.

Poco después de su muerte, Jerónimo Velázquez hizo una declaración perdonando a Lope de todas las acusaciones que había levantado contra él, y la Justicia, entonces, dió por terminado su destierro.

El marido de Elena hallábase a la sazón agonizando. El padre de Elena envió su petición al Tribunal el 18 de marzo. Quizá esto contribuyese a la agonía del primero, pues murió el día 30 del mismo mes. Don Jerónimo quería atraer nuevamente a Lope hasta el lecho de su hija... Y es que necesitaba obras celebradas para su compañía.

Lope fué indultado, pero quizá obedeciendo todavía a una cláusula de su condena no volvió nunca a cruzar la calle del Avapiés. ¡Y el representante Velázquez



nunca pudo obtener en lo sucesivo el derecho para representar las comedias del gran ingenio....!

## SANTOS, DRAGONES Y REYES

Micaela de Luján rondaba los treinta años, pero su cuerpo era flexible y vibrante. Su bella y clara tez, sus ojos azules, que brillaban siempre con dulzura extraña, hacíanle parecer muy joven, casi una niña. No sabía escribir, ni siquiera poner su nombre. Pero era una actriz inteligente y provocaba en su inculto auditorio las lágrimas o la risa, mediante el poder histriónico de su arte.

En 1596, el marido de Micaela marchó a las Indias, dejándola en Madrid con sus dos únicas hijas, Agustina y Dionisia. Cuando aquél murió en el Perú, siete años más tarde, no se había enterado de que era el padre de cinco niños. Naturalmente, Lope había regresado a Madrid el mismo año de su partida.

Pero Lope había llevado a cabo muchas

---

cosas—además de aumentar la familia de un hombre en las Indias—. Había cumplido una condena en la Prisión Real por un delito de concubinato con cierta Ana Trillo. Había llorado la muerte de su hija Teodora, el último lazo que le unía a doña Isabel de Urbina. Había sido, durante un corto tiempo, secretario del Marqués de Malpica. Y, finalmente, habíase casado con una mujer, que llevó como dote 22.382 reales de plata doble, doña Juana de Guardo, hija de un rico carnicero y proveedor de los mercados de la villa.

A fines del 1596, Fray Domingo de Mendoza envió a Lope un legajo de documentos sobre la vida del santo patrón de Madrid, Isidro Labrador. Fray Domingo advertía a Lope que tratara de guardar *la gravedad, el buen gusto y el sabor de las dulces redondillas castellanas* cuando celebrase en sus versos el jubileo del Santo. Lope tomó huelgo y escribió un largo poema en diez cantos. Aunque en ocasiones una pomposa erudición y cierta hueca pandería inflamasen injustificadamente las

estrofas, soplabá sobre ellas una brisa de tierra arada y fértil que vigorizaba los anales del santo con la eficacia simple de un abono. Cierito es que el poema fué escrito en alabanza de la santidad, pero el sentimiento religioso quedaba a menudo velado por cierto énfasis, por la acentuación desmesurada de las angustias corporales. Pero reflejábáse en él España, la España de los villanos, del folklore medular y de las jácaras realistas. Hubo maestros del pincel que desplegaron tanta piedad y deleite al pintar los brillantes y menudos objetos en el fondo de un tríptico como las alas de los ángeles en el primer plano. Y, de esta suerte, a través de la épica lopesca, resonaba la nota temporal junto a la divina, y la exudación de sanos cuerpos venía a cobrar un aire sagrado como la aureola que circundaba la cabeza de Isidro.

Lope, con la misma pluma que había utilizado para loar las virtudes de un santo, empezó inmediatamente otro poema épico sobre un dragón—Sir Francis Drake—que pasó su vida haciendo cosquillas

---



a la barba de Felipe II. Para España, el rey del mar inglés era una figura profética, era la reencarnación terrena de Satanás. Su nombre pronunciábase siempre con labios trémulos, y muchos, al hacerlo, no dejaban de persignarse con pavor. Lope había estado un par de veces sobre el mar, había tomado parte en una victoria española y también, ¡ay!, en un famoso desastre. Don Alvaro estaba presente en el primero y Drake en el segundo. Como hombre, seguramente admiraba al marino inglés; como español le odiaba, viendo en él únicamente a un encarnizado enemigo de la Iglesia. Por esa razón escribió un poema maldiciente desbordante de rencor y que es el único poema épico serio que se ha escrito con el manifiesto propósito de atacar a un héroe.

A lo largo de sus estrofas defendió la causa de España; vació sus redomas de cólera; vociferó a través de los siglos el profundo odio español de su tiempo contra Inglaterra. Es un documento que respira veneno, hueco y laberíntico. Pero, a menudo, una estrofa humorística aligera

el amargo tejido y un ademán genial disipa la rigidez académica.

Este poema, *La Dragontea*, apareció en la primavera de 1598, pero la persona que más habría gozado leyéndolo, Felipe II, no llegó a leerlo. El Rey yacía en una cama con ruedas de su Escorial. Sus tumores no podían ser purificados y sus ropas no podían mudarse. Todo él era un amasijo de carne corrupta. Apretaba contra su pecho el crucifijo de su padre, el crucifijo del emperador Carlos V. Durante cincuenta y tres días dolorosos, el Rey Felipe vivió en la muerte, alimentando con su arcilla la verde y voraz polilla que se había posesionado de su cuerpo. El primero de septiembre fuéle administrada la extremaunción y sonrió lleno de bienaventuranza celeste. Todos le dejaron y, en la cámara sombría, habló a su hijo como desde una tumba:

Quería haberos evitado esta escena, pero deseo que veáis cómo terminan las monarquías terrenales. Sabed que el Señor me ha desnudado de toda la gloria y majestad de un Monarca para dároslas a

---





1504-1588. Fray Luis de Granada.

vos. A la vuelta de pocas horas me hallaré cubierto solamente de una pobre mortaja y ceñido por una tosca cuerda. Ya está cayendo de mi frente la corona real y la muerte habrá de colocarla sobre la vuestra. Dos cosas os pido muy especialmente: una es que guardéis siempre fidelidad a la Santa Iglesia Católica, y otra que tratéis a vuestros súbditos con justicia. Pero esta corona caerá algún día de vuestra cabeza como ahora cae de la mía. Sois joven, como yo a mi vez lo fui. Mis días están contados y se arrastran a su término; la cuenta de los vuestros sólo Dios la lleva, pero ellos también habrán de terminar.

Pasaron los días y Felipe II ordenó que su cama fuese vuelta hacia el altar mayor de su capilla. Hundido en sus almohadas escuchaba ávidamente los oscuros cánticos de los Jerónimos. Cuando éstos se detenían para respirar, el rey muriendo exclamaba: "Padres, decidme más, que cuanto más me allego a la fuente tanto más crece mi sed". Besó el crucifijo con angustia y rogó que se acercase la muerte con sus labios descoloridos.



El trece de septiembre, hacia las cuatro de la madrugada, pidió una vela a los que custodiaban su agonía. Durante muchos años el Rey había guardado este sagrado cirio para que iluminase sus últimos momentos. "Dádmelo, ya es hora", balbuceó débilmente. A su luz vacilante clavó en el crucifijo su última mirada humana de dolor.

Felipe II fué enterrado en su Escorial. Su cuerpo miserable fué encerrado en un féretro, hecho, por orden suya, con las maderas de un galeón español que tantas veces había sembrado la muerte entre los herejes.

¡El Rey ha muerto! ¡Viva el Rey!

Lope cabalgaba en un asno a lo largo de las calles de Valencia. Llevaba medias y calzones rojos, una chaqueta de tosca sarga oscura y un gorro de terciopelo. De su montura colgaban gordos conejos, perdices y pollos. Personificaba el espíritu de Carnaval. A su vera, aguijoneando su burro, marchaba un muchacho vestido de

---

negro, con un turbante en la cabeza, guarnecido de anguilas y sardinas. Cangrejos y langostas ejercitaban sus garras en la grupa de su bestia. Aquella máscara representaba la tristeza de Cuaresma. Siguiendo a Don Carnaval y a Doña Cuaresma, venían tamborileros, trompeteros y diez y seis nobles magníficamente ataviados. El Marqués de Sarriá, protector de Lope, era el más elegante. Todos se pavoneaban en sus fogosos corceles. En clamorosa romería seguía la elegancia y la nobleza valencianas, atraídas por el esplendor de la procesión y la insólita dulzura de la tarde.

Cuando el desfile llegó a la esquina del real palacio, Lope avanzó solo hacia la ventana donde Felipe III y su hermana, la Infanta Isabel, sonreían con aprobación. Los reales personajes habían venido a Valencia para casarse: Felipe III con la Archiduquesa Margarita de Austria; Isabel, con el Archiduque Alberto. Lope dirigióse a ellos con delicados conceptos al modo itálico, según convenía al papel de bufón que estaba representando, y lue-

go recitó un canto nupcial y una balada. El entremés duró una media hora y fué seguido de varios torneos.

Y luego, otra tarde, en esa misma esquina fué representada, delante de Su Majestad y un muy distinguido auditorio, la obra alegórica de Lope *Amor divino o las bodas del alma*. Parecía gustarles aunque algunos, como de costumbre, se quedasen dormidos.

Valencia estaba vestida de fiesta. Colgaduras y reposteros pendían de las ventanas y de las puertas; y, cubriendo los balcones, se entretejían guirnaldas y ricos festones de flores. En la puerta de Serrano se levantaba un arco, otro en la Real Puerta, pero el más deslumbrador era el de la Plaza del Mercado. Tenía más de cien pies de alto y casi tantos de ancho. Cuatro columnas corintias sostenían sus tres pequeños arcos y el de la parte media era más ancho que los laterales. Sobre el friso central leíase, tallado en letras de oro:

---

D. MARGARITAE AUSTRIAE D. PHILIPPI III  
HISPANIARUM REGIS POTENTISSIMI  
UXORI CARISIMAE, S. P. Q. V. DICAVIT  
ANNO 1599.

Todos los paneles estaban cubiertos de pinturas alegóricas al óleo. Había cornisas ricamente adornadas, de cuyos salientes pendían blancos gallardetes con las armas de la ciudad de Valencia. Encima, dos manos gigantescas sostenían el mundo con la inscripción: *Para Más, Si Más Hubiera*. Y todas estas torres, insignias, cornisas, barcos, figuras heráldicas y mo-tes esparcidos por la ciudad eran como un alarde de exuberancia.

Sus Altezas austriacas descendieron de sus magníficos carruajes *dominica in albis*, el 18 de abril de 1599. Cabalgaron en jacas, por la puerta de Serrano, rumbo a la catedral. El cortejo desfiló en este orden: cinco compañías de caballería con jubones sueltos de terciopelo encarnado y pasamanerías de seda; tamborileros, trompeteros, tocadores de pífanos con largas vestiduras. Caballeros y cortesanos suntuosamente ataviados, acompañados de sus



servidores, con libreas de raso y brocado, ceñidores de oro o plata y bonetes de terciopelo con vistosas plumas; los hombres del Rey, de terciopelo amarillo, rojo y blanco; cuatro maceros; diez y seis grandes de España, cuatro reyes de armas con estandartes reales; la guardia de a pie; sólo, con su bastón habitual, el Conde de Alba de Lista; don Juan Idiáquez, caballero de la Reina.

Bajo un esplendente pabellón encarnado, sostenido por veinte caballeros, cabalgaba Margarita en una jaca baya. Llevaba un vestido de oro y plata, blasonado de diamantes. Sobre su espléndida cabellera mostraba extendida una red de perlas. Iba seguida de su madre, la Serenísimá Archiduquesa María, de luto, y por el Archiduque Alberto, vestido con los colores favoritos de la Infanta, azul y blanco. Venían después innumerables parejas de damas y caballeros. Era una larga procesión y, en verdad, todo este acompañamiento había hallado cabida difícilmente en los cuarenta y un galeones que le trajó de Génova a Vinaroz, camino de Va-

---



lencia. Espléndidos carruajes tirados por cuatro y seis caballos, todos adornados con brillantes aderezos y engalanados con guirnaldas, marcaron el final del cortejo.

El día era balsámico y no había polvo, pues las calles habían sido previamente regadas. En el aire límpido brillaba el sol y alegraba todos los atavíos.

Lope llevaba un traje nuevo. Iba incorporado al cortejo del Marqués de Sarriá. Aunque le gustaban los espectáculos alegres, estaba preocupado. Veíase forzado ahora a luchar, en muchas ocasiones, por su capa, sus reales y su vida. Valencia desbordaba de ladrones y bellacos. Era peligroso salir por las noches. Y, tal vez por la influencia de soldados germanos y flamencos, se había extendido una competitiva sed en las tabernas. La sobria España había aprendido a beber a grandes tragos de la sagrada vid.

A la tarde se verificó la boda. Un Nuncio del Papa, cargado con todas las vestiduras y símbolos de su dignidad ofició la solemne misa. A través de los rosados ventanales de la catedral se filtra-

ba el sol arrojando sus tintes sobre la impresionante ceremonia, entre los cánticos de los coristas.

Durante ocho días Valencia fué un escenario de placer. Hubo juegos de cañas, justas, corridas de toros y batallas de flores. Los de alta alcurnia disfrutaron de bailes en Palacio. La muchedumbre tuvo bailes en las plazuelas, alumbrados con linternas, farolillos y fuegos artificiales ingeniosamente dispuestos; fiestas calentadas con la lujuria de la carne, el ardor del vino, las blasfemias de los ebrios, el fulgurar de los celos.

El domingo de su boda el Rey bailó cuatro veces; dos con su flamante esposa, una vez con su hermana, otra con una dama; pero cuando llegó el domingo siguiente no bailó con ninguna. Se estuvo en un rincón con el sombrero puesto, los ojos bajos, rumiando sombríamente la verificación patética de que ya era un hombre casado.

---



1515-1582. Santa Teresa de Jesús.



## EL SECRETO DE TOLEDO



El Tajo atraviesa largas extensiones de tierra seca. Ha pasado por los jardines de Aranjuez y, murmurante, ha recogido en su espalda de cristal rojos pétalos de adormideras y blancos sueños de asfodelos. Luego, los ha depositado en los muros de Toledo mientras canta un enigmático salmo.

Toledo empuja frenéticamente sus agujas en un esfuerzo para alcanzar las estrellas y el Tajo contribuye a esa ilusión cavando en sus rocas. Toledo es un artificioso tablado de piedra. En sus repliegues rugosos, civilización tras civilización han ido ordenando sus propios conceptos, sus singulares arquitecturas: los romanos levantaron murallas y acueductos, los visigodos baluartes, los judíos sinagogas, los moros mezquitas con el puente de Alcán-

---

tara y los católicos tallaron y pulieron las duras piedras levantando iglesias etéreas como plegarias. Y todas estas piedras apiñadas sobre la superficie rocosa de Toledo forman una masa hendida que nos estremece y nos atemoriza.

Pero siempre se escuchan armónicos sonos de resignación y martirio que vienen de las campanas de los conventos e iglesias para consolarnos. Sus vibraciones llenan las empinadas y pedregosas calles de Toledo con suaves sombras y tonos refrescantes. Las casas abren sus ventanas de espaldas a la calle, cara a los patios, como una invitación al reposo, a la quietud introspectiva. Las calles son rápidas y estrechas; sus pedruzcos hieren los pies.

Estas calles padecen exceso de vientos, de fríos o de bochornos.

El clima es extremadamente ingrato, pero siempre quedan iglesias y nunca hemos rezado bastante. Una ciudad de piedra: eso es Toledo.

De tiempo en tiempo suaves guijarros sonoros caen en el lago muerto del espacio agitándolo con sonoros rizados.

En la roja conflagración de un crepúsculo de agosto unos espaderos hallábanse sumergiendo las hojas al rojo vivo de sus espadas en el agua fría que llevaba la corriente del Tajo. Desde la terraza del Tránsito, Lope los contemplaba. Un joven pintor, Juan de Guzmán, estaba a su vera.

—¡Qué milagro el del agua! ¿No es asombroso cómo su fría caricia puede formar el duro, inflexible metal, que brilla en su fragilidad tal que los huesos de ballena? Pueden caer chubascos en Toledo, y, sin embargo, su ardoroso corazón duerme con diamantina indiferencia...

Juan no escuchaba. Sus ojos habíanse detenido en el piso alto de la casa del Marqués de Villena. Un hombre que representaba unos sesenta años de edad estaba en el balcón contemplando a lo lejos el paisaje, hacia el puente de San Martín, hacia el bosquecillo de robles siempre verdes. Llamábase Domenico Theotocópuli, más conocido por El Greco.

—Miradlo, Lope...

—¿A quién?

—El Greco.

---

—¿Qué hace allí?

—Es su casa.

—No es posible.

—Sí.

—¿Y de dónde saca el dinero?

—Haciendo toda clase de tareas. Sabe ordenar bien sus asuntos. No todo es pintar para él. Tiene tiempo de dibujar planos para altares y conventos.

—Sin embargo...

—Cierto que su hijo José Manuel le ayuda grandemente. Díjome que pagaban mil quinientos reales al año de renta por la casa. Imagináos... Cuenta veinticuatro habitaciones.

—¿Habéisle visitado?

—Sí.

—¿Cómo es?

—¡Maravilloso! El viejo griego gusta de vivir placentemente. El año pasado casó Jorge Manuel con Doña Alfonsa de los Morales, mujer que seguramente trájole una buena dote. Y el Greco gusta de guardar las apariencias. Además está embobado con su nieto.

—¿Cómo, ya es abuelo?



—Ya. El Greco ha cumplido los sesenta.

—Debió retirarse hace tiempo.

—¿Qué queréis decir?

—Debió retirarse de su oficio después que Felipe II húbole rechazado su “San Mauricio”.

—¿Pero qué diablos entendía el Rey de pintura? Su obra es grandiosa y no importa lo que opinen sobre ella Reyes o Papas...

—Como queráis. Pero entonces ¿quiénes son los que han de apreciar su grandeza?

—Los artistas.

—Insigne bobería. Una obra de arte debe ser gozada por todos. ¿Acaso porque el Greco embadurne todo un lienzo y le llame... bueno, lo que quiera llamarle, es razón bastante para que nosotros caigamos de rodillas y quememos incienso ante su arte? ¿Acaso la oscuridad es equivalente de grandeza de visión, de universalidad? Sucede lo mismo que con Góngora y sus caóticas fantasías. Padece una suerte de *delirium tremens* y aun gus-

---



ta de ser llamado el Cisne de Córdoba.  
¡Cisne! Más bien parece un ganso...

—Oídmelo Lope: no deberíais desvariar de esa suerte. Vos también acostumbrá-  
bais a gongorizar...

—Sí, pero mucho antes de Góngora. Yo acostumbraba a llamar a las espadas “des-  
pertadores de hierro de las baldosas dor-  
midas”. Pero yo era un chico entonces.  
Recordad, no más, esta estrofa de *La Ar-  
cadia*:

*Sólo esta vez quisiera,  
dulce instrumento mío, me ayudarás,  
por ser yo la postrera,  
y que después colgado tu quedarás  
de aqueste sauce verde,  
donde mi alma llora el bien que pierde.*

—Lo que produce esta clase de engen-  
dros es la precocidad, la locura o los des-  
arreglos de los humores. Digóos, pues,  
que a mí debe excusármeme por mi mo-  
cedad y mi inexperiencia, ya que seguía  
una moda del momento. Pero Góngora  
está a las puertas de una casa de locos.

Juan no respondió. Recordó sólo que

*La Arcadia* de Lope había aparecido en 1598 y que por su brillantez, refinamiento y altisonancia el libro se impuso y fué muy celebrado. El conceptismo estaba entonces de moda. Y algo más que no recordó Juan: *La Arcadia* había salido a la luz llevando como frontispicio un retrato de Lope esclarecido con un presuntuoso blasón que suponíase pertenecer al autor. Naturalmente, Lope no era ningún aristócrata. Góngora lo sabía y con maligna sonrisa escribió un virulento soneto aconsejando a Lope que no edificara más torres sobre la arena y advirtiéndole que, pues ahora habíase casado con la hija de un carnicero, trocase sus torres por torreznos...

—Sea como fuere, Lope, debéis reconocer que Góngora es un gran poeta, tal vez el más grande de España.

—Sí, es excelente, pero exageráis al llamarle el mayor. Es quizá el más difícil, el más oscuro, pero eso no es mucho decir. Podéis hacer uno de esos poetas oscuros en veinticuatro horas: unas cuantas inversiones, cuatro fórmulas, seis palabras

---

en latín, o frases enrevesadas y ya tenéis la treta...

Habían llegado al Zocodover. La plaza era toda animación; pasaban una muchedumbre de mozas. Lope guiñó el ojo a una de ellas. La muchacha hizo lo mismo.

—Advierte; hay más sentido en el guiño de una moza toledana que en el cabal desnudo de otras mujeres. ¡Cuánto me placen!

—A mí también gustanme sus guiños y su desnudez.

Lope encontró una excusa para dejar a Juan y fuese calle abajo siguiendo la promesa de un guiño.

Cuando llegó a su casa era muy tarde, pero su mujer, doña Juana, estaba aún despierta—muy despierta. Quejóse de tremendos dolores. Lope ofreció ir en busca de una partera.

Ella replicó que aún no era tiempo.

De modo que él se sentó a su lado tratando de divertirla y consolarla. Y comen-

zó a hablar. Explayóse sobre los últimos escándalos de Toledo, luego contó historias de su cosecha y, al final, algunas aventuras del caballero errante Don Quijote.

—¿Es vuestra esa, Lope?

—No, es de Cervantes. Diego me pasó una copia del manuscrito para hojearlo. Es una obra absolutamente ridícula, pesada y sin interés, un aburrimiento. Deberían venderla en la tienda del herbolario como una droga contra el insomnio. Sin embargo, pareceme que aún estáis despierta.

Juana, a la verdad estaba dormida. Se había olvidado de su dolor. Lope apuntó un tanto a Cervantes.

No sentía ganas de acostarse y encerróse en su habitación. Vió una carta sin contestar sobre su pupitre. Tomó la pluma y escribió:

**“En Toledo a 14 de agosto de 1604.**

Querido Pedro: Yo tengo salud y toda aquella casa. Doña Juana está para parir, que no hace menores los cuidados. Toledo está caro, pero famoso, y camina con propios y extraños al paso que suele.

---



Las mujeres hablan; los hombres, tratan; la justicia busca dineros; no la respetan como la entienden. Representa Morales; silba la gente, unos caballeros están presos porque eran la causa desto; pregonóse en el patio que no pasase tal cosa, y así, apretados los toledanos por no silbar, se peen, que para el alcalde mayor ha sido notable desacato, porque estaba este día sentado en el patio. Aplacó esto porque hizo *La rueda de la Fortuna*, comedia en que un Rey aporrea a su mujer, y acuden muchos a llorar este paso como si fuera posible. Morales no me habla porque me envió un pavo y no le quise recibir, y a la verdad, yo no tuve puerta por donde entrase, porque está hecha a medida de carneros, vaca y conejo a la noche, y si hay gallina, mal para el dueño que alguien está enfermo en casa... De poetas no digo buen siglo es éste, muchos están en cierne para el año que viene; pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe a *Don Quijote*. Dicen en esta ciudad que se viene la corte para ella. Mire V. md. por dónde



me voy a vivir a Valladolid; porque si Dios me guarda el seso, no más corte, coches, caballos, alguaciles, músicas, ramerías, hombres, hidalgos, poder absoluto y sin p... disoluto, sin otras sabandijas que crea el océano de perdidos. Lotos de pretendientes y escuela de desvanecidos. Usted viva, cure y medre y ande al uso, no cumpla cosa que diga, ni pague si no es forzado, ni favorezca sin interés, ni guarde el rostro a la amistad..., no más por no imitar a Garcilaso en aquella *figura correctionis*, cuando dijo: "a sátira me voy mi paso a paso". Cosa para mí más odiosa que mis librillos a Almendárez y mis comedias a Cervantes. Si allá murmuran de ellas algunos que piensan que las escribo por opinión, desengáñeles V. md. y dígales que por dinero.

*Lope."*

Se sintió muy aliviado; puso los codos sobre la mesa; miró por la ventana el claro de luna en la noche toledana. La candela que ardía en la habitación extinguióse como una estrella muriente, pe-

---

ro Lope no se movió para encender otra. No estaba adormecido; hallábase completamente despierto y soñando.

Ese ogro de Quevedo dijo una vez que todo lo que hacemos nosotros los escritores es emborronar, es urdir un largo cuento de disparates enhebrado con los "así pues... y luego..." ¡Qué extraño subterfugio este cuento para no pensar en el verdadero destino de todo! Así iba él pensando. ¿Por qué escribimos? ¿Para narcotizar nuestros días con rosadas mentiras? De esta suerte he compuesto doscientas cincuenta comedias. He escrito poemas épicos, baladas, sonetos. Cervantes llamóme "monstruo de la naturaleza". ¿Por qué? Porque envidia mi genio. El es impotente, es un fracasado. Ha dicho descaradamente que escribe para la posteridad. Muy bien, que su nombre sea cincelado en altisonantes epitafios, pero déjenme *ahora* con mi gloria. Ahora es cuando necesito buenos manjares y holguras. La tumba es igula para todos: sala del festín para las larvas y los hambrientos gusanos. El mismo impulso pla-

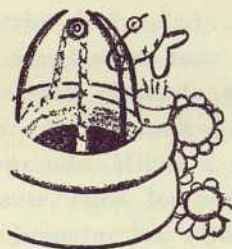
centero que me arrastra hacia las mujeres mueve la pluma en mi mano. Yo hago a las mujeres felices con mi amor y hago a los hombres felices con mis obras. Y todo lo que necesito es la manzana de Eva y un bosque de plumas. El público calienta mis inviernos con su aplauso y yo abastezco su gusto. Dóyles lo que ellos quieren y a las mujeres lo que ellas quieren también... Un monstruo, cierto es, pero un monstruo de bondad... Ahí tenéis a Góngora escribiendo una poesía *original* y al Greco pintando cuadros *originales*. ¿Por qué originales? Porque nadie les comprende. Miran a la multitud desdeñosamente, ellos, los hombres *superiores*, los sobrenaturales. ¿Quién les dijo que su arcilla era diferente de la nuestra? Sus acólitos y aduladores. Una fuerte dosis de aceite de ricino y estarían salvados...

Una hora alada, ébria con el bronce de las campanas y con el líquido plateado de las estrellas, pasó rozando el alféizar. Lope, sentado ante su mesa prolífica, con sus sentidos acariciados por el murmullo

---

del Tajo, fuese deslizando hacia un quieto sueño.







## EL DUQUE DE ALFEÑIQUE

El Duque de Sessa estaba tañendo la guitarra. Sus largos y femeninos dedos pulsaban las cuerdas con languidez y las notas brotaban trémulamente en la oscura noche. Tras algunos arpeggios, un joven mulato empezó a cantar. Tenía una dulce voz de barítono y entonaba aires tristes. Era penoso escucharle; temíase que el timbre de cristal fuera a quebrarse en chillidos inmotivados. Pero no era así. Su canto terminaba en una larga vibración que seguía flotando en la noche, absorbida por el largo silencio.

Era por filo de la media noche. Pero aún hacía calor. Durante el día el sol machaca con sus ardorosos rayos los tejados y pavimentos. Y uno espera su aliento de horno. Pero cuando oscurece, se desea envolver el cuerpo en el manto

---

## El Duque de Alfeñique

fresco de la tarde. Es irresistible sentir calor por la noche.

Era media noche y la gente estaba presa del denso bochorno. La guitarra necesitaba ser constantemente afinada y sus cuerdas se rompían con facilidad.

El mulato tejió un prelude ornamentado con diestros "pizzicatti". Su instrumento sonaba como una mandolina, como una bandurria. Desde el pozo de su guitarra sacó a la superficie diversos paisajes tropicales: Ya era su fondo una noche de luna al borde de un lago rodeado de altas palmeras; o bien un campo quieto punteado de oscuros granos de café, perfumado por bosquecillos de naranjos y rociado por el líquido arrullo de las tórtolas.

El Duque, a su vez comenzó a cantar una larga balada pulida y lacrimosa. Pero al punto entró un hombre enmascarado. Otros dos se quedaron en la penumbra. El hombre que había entrado arrancó la guitarra de manos del mulato y le golpeó con ella violentamente en la cabeza hasta hundírsela como un sombrero.

—¡Escandalosos, sinvergüenzas! Voy a daros una lección.

Sacó su espada enderezándola hacia el Duque. Este retrocedió; pretendía resguardarse; sólo tuvo tiempo para desenvainar su espada. El mulato intentaba inútilmente sacarse de la cabeza la guitarra-sombrero, y escuchaba el azaroso batir de las espadas.

—¡Dios mío! ¡Están matando a mi Duque! ¡Detente, asesino! ¡Asesino, asesino, asesino...!

—¡Cállate, cochina rata!

—Mi amo es el Duque de Sessa. ¡Ténganlo por seguro! ¡Es el Duque de Sessa, el Du-que-de-Se-ssa...!

El hombre enmascarado retrocedió unos pasos y dió un golpe en el pecho al mulato vociferante. Este cayó sin sentido, con la cabeza incrustada en la sonora madera de la guitarra.

—Y ahora me sobra tiempo para reducirlo a silencio.

Su espada silbaba con violencia; salvajemente golpeó la mejilla izquierda de su adversario rasgándosela hasta el labio.

---

El Duque comprendió que el duelo iba en serio y que se jugaba a vida o muerte. Retrocedió con enfebrecido ardor. Su espada dió en algo duro. Esperaba ver a su antagonista abatirse bajo el dolor. Pero ¡ay!, no era carne lo que su hoja había penetrado. Había chocado duramente contra un muro impenetrable, metálico. Su diabólico adversario, en franca violación de la norma seguida por los caballeros y nobles de Madrid, usaba una cota. De suerte que la espada del Duque quebróse en dos.

—¡Basta, señor, no puedo luchar!

—Idos al infierno. Si no podéis pelear, rezad. ¡Yo os partiré, vive Dios! ¡Rezad, bastardo!

La voz que emitía el hombre implacable semejava la de un sediento sanguiinario. Al mismo tiempo continuaba esgrimiendo su espada con furia y acribillando el cuerpo impotente que tenía ante sí. Su espada habíase transformado en un látigo fustigando aquí y allá.

El Duque sentía como si tuviera cinco, diez, cien heridas. Como si todas sus



venas hubiéranse abierto. Su sangre fluía en copiosos chorros. Al fin cayó en el suelo, El agresor, una vez terminada su faena, se quitó la máscara, limpió en ella la hoja de su espada, arrojóla a los pies de su víctima y fuese con la tranquila compostura de un torero o de un matarife. El Duque fijó sus ojos sobre la faz ahora descubierta. Reconoció al Duque de Maqueda.

Su ojo izquierdo le dolía terriblemente. De una herida en la cabeza brotaba la sangre goteando por sus pestañas. Se encontraba tendido en el suelo y debería estar en pie. Teóricamente sabía cómo ponerse en pie, conocía las flexiones y movimientos por las cuales pasa el cuerpo humano antes de levantarse. No era difícil; sólo un mínimo esfuerzo impulsor y estaría en pie. Ahora otro esfuerzo un poco mayor y...

El Duque tuvo un sueño confuso. Vió una cámara inmensa llena de gente con largas barbas y rojos vestidos pontificales. Los ojos, y parte de sus curvas narices, estaban cubiertos con antifaces de seda. El hallábase en un altar, crucificado.

---

Un largo clavo en el lado izquierdo de la cabeza le tenía pegado contra la madera. En su mano derecha, una espada rota. Su secretario, Lope de Vega, era un ángel de blanco plumaje. Llevaba una pluma tras la oreja y una trompeta de oro en la mano derecha. Estaba desnudo y su miembro viril mostrábase erecto. Sonreía dichosamente. Su nariz aparecía alargada en forma monstruosa. La Congregación comenzó a rezar: “creemos en el todopoderoso Lope de Vega, principio y fin de todas las cosas, guía de todos...”

El Duque sintió deseos de gritar. Era injusto rezar a Lope cuando *él* era el hombre en la cruz. Pero los adoradores siguieron impertubablemente:

“Gloria a tí, oh Lope.

Gloria a tí, oh Padre.

Gloria a tí, oh Palabra.

Gloria a tí, oh Gracia.

Gloria a tí, Espíritu Santo, gloria a tu gloria, Amén.

Te alabamos, oh Padre Lope: Te agradecemos, oh luz libre de toda sombra, Amén”.

Luego Lope el Padre, Lope el Verbo, Lope el Espíritu Santo, dijo con voz clara y resonante:

“Quiero vibrar en armonía con todas las almas. Gracia está bailando y yo quisiera tocar. Que todos bailen. Que todo el que pueda danzar, dance. El que no dance ya puede figurarse lo que le espera.”

Lope puso en sus labios su trompeta de oro. Comenzó a tocar una música macabra. Todos, a su vez, empezaron a dar vueltas como seres báquicos. Uno de ellos se quitó la máscara. Era el Duque de Maqueda. Afiló su espada en una lápida. El roce de la espada le produjo un dolor punzante en los dientes. Maqueda calentó su espada en las llamas azules que vomitaba el dragón de San Jorge. Luego introdujo la lámina caliente al rojo vivo en el pobre mártir que sangraba en la cruz. Sessa se retorció agónicamente.

El mulatillo libertado de su guitarra-sombrero acudió en auxilio de su amo. Orinó en un pañuelo y lo aplicó sobre la cabeza del Duque.

—Amo, ¿cómo os sentís?

---





1547-1616. Miguel de Cervantes.



—Me muero, Bembo. Tu pobre amo se muere.

—Vamos, amo mío, no digáis eso, yo os ayudaré.

—¡Nunca! Déjame apresar con fuerza mi espada. Mi acero está roto, Bembo. Pero la mitad de una espada basta y sobra para castigar a unos bellacos; a esos cobardes que van enmascarados y armados como para una batalla y dan sus golpes en la oscuridad.

—Bueno, pero antes tratemos de regresar a casa. Venid, yo os llevaré en mi espalda.

—Mi pobre Bembo, estoy deshecho. No puedo moverme; mira mi sangre.

El mulato trató de levantarlo pero no contaba con bastante fuerza para ello. Tuvo que renunciar. Corrió en torno a la manzana llamando a algunas puertas y al fin encontró unas parihuelas.

Un criado de la casa de Rodríguez vino a ayudarle. Y el Duque fué trasportado a su casa.

Cuando Lope supo la desgracia cabalgó a toda prisa desde Toledo a Madrid.

Lo que había sucedido no tenía nada de extraño. Era común que aventureros enmascarados apuñalasen a un hombre de aquella manera.

Lope permaneció durante muchas horas a la cabecera de su amo. Procuró divertirle con chistes e historias. Doña Mariana también intentó entretener al Duque. Entraba y salía de la habitación infatigablemente. Traía remedios y pociones; con sus propias manos preparaba emplastos y cataplasmas. Hacía pensar en un mercado de peces cuando aparecía con sus sanguijuelas como angulas, cuando las aplicaba sobre la magullada carne, poniéndolas a que sorbieran la oscura sangre de su esposo.

Doña Mariana era una mujer fuerte y optimista. A la cabecera de un lecho era capaz de olvidar todas sus miserias, sus desdichas y sus agravios. Su padre, el Marqués de Poza, no había titubeado en proporcionarle una buena dote a fin de lustrar las ramas de su árbol genealógico. Y había convencido a su hija para que se casara con el Duque de Sessa.

---

El casamiento había tenido lugar diez años atrás. El Duque contaba entonces diez y siete primaveras y Doña Mariana diez y seis. Cierto que ella no quería al Duque. Pero el casamiento nada tenía que ver con el amor. Se limitaba a ser una hija obediente.

El Duque y Mariana vivían en un palacio. Fueron buenos amigos y pasaron juntos mucho tiempo. Más tarde, sin embargo, el Duque, al cansarse de ella, empezó a salir por la noche con amigos valerosos. Muchas veces no regresaba a su hogar. Pensó emular a Don Juan.

En 1605, cuando el Duque hubo cumplido los veintitrés años, tomó como secretario al más notorio y escandaloso Fénix de los ingenios, al monstruo Lope de Vega. Lope le llevaba veinte años de edad. A pesar de su origen plebeyo y escaso peculio, este Lope había gozado los favores de las damas veinte veces más que él—un rico y hermoso Duque—y aún sobrábale tiempo para componer centenares de comedias notables y poemas famosos.

Lope volvióse el secretario lírico del Duque. El Fénix solía prestarle en las veladas alguna de sus galantes concubinas.

Lope, por su parte, encontraba un fresco oasis en el palacio del Duque. Paladeaba allí excelentes comidas, bien rociadas de capitosos vinos y, además, lograba que sus bolsillos anduvieran menos flacos.

Lope cabalgaba hacia Madrid desde Toledo, al menos una vez por semana, y encaraba seriamente la posibilidad de trasladar su domicilio a la Corte. En Toledo, las cosas se volvían harto domésticas. Micaela le dió dos hijas en 1605; Marcela, a principios de año y Angela en Octubre. En el año siguiente fué la vez de Doña Juana: dió a luz a Carlos. Y a comienzos del otro año Micaela le dió un niño: Lope Félix.

Naturalmente, esta fecundidad de su lecho relacionábase directamente con la fecundidad de su pluma. Escribió durante esa época docenas de dramas y una tragedia épica, la *Jerusalem Conquistada*.

---



## El Duque de Alfeñique

Este era un poema en veinte cantos que sumaba veintidos mil versos en octavas. Un completo alarde a lo largo del cual Lope empeñóse en probar que la más importante figura de las Cruzadas no era Ricardo Corazón de León, sino un español, el rey Alfonso de Castilla. Las estrofas corrían por miles bordadas sobre un error histórico. Quizá Alfonso había deseado realmente cambiar su reino por un caballo, pero, en su lugar, le dieron un burro y nunca logró cabalgar una legua fuera de sus dominios. Lope tomaba sus fuentes en serio; eran historiadores semirrománticos que soñaban con aventuras quijotescas. Y el resultado fué un tejido de embelecos. Sin embargo, algo demostraba: el hispanismo de Lope, su profunda creencia en la grandeza de España, centro del universo. Especialmente curiosa es la página titular de su obra donde Lope aparece adornado con el título de *Miembro del Sagrado Tribunal de la Inquisición*. El Duque habíase mostrado influyente al cabo...

Su fértil genio manifestóse luego con



el *Nuevo arte de hacer comedias*, donde pretendía definir su criterio teatral. El tratado hallábase compuesto en endecasílabos. Y aunque tenía el propósito de leerlo ante una Academia de letras fué escrito en pocas horas y acusa esa característica de descuido común a los peores momentos de Lope. Defendía allí las libertades de su arte y burlábase de las trabas y las normas clásicas. Insistía, una vez más, en su pensamiento favorito: los dramas son concebidos para la muchedumbre y debe hablarse neciamente a los necios, si queremos tener éxito.

*Mándanme ingenios nobles, flor de España...  
que un arte de comedias os escriba  
que al estilo del vulgo se reciba...*

Pero pronto se olvidaba de toda regla confesando:

*...Y cuando he de escribir una comedia,  
encierro los preceptos con seis llaves,  
saco a Terencio y Plautø de mi estudio  
para que no me den voces, que suele  
y escribo por el arte que inventaron  
dar gritos la verdad en libros mudos*

---

## El Duque de Alfeñique

*los que el vulgar aplauso pretendieron;  
porque, como los paga el vulgo, es justo  
hablarle en necio para darle gusto.*

Las teorías de Lope estimáronse avanzadas. Los academizantes promovieron acres protestas. Lope fué considerado como un revolucionario, pero los públicos de los teatros españoles insistieron en seguir calentándose con los extravagantes rayos de su ingenio. Lope triunfaba...

Cuando se cerraron las heridas del Duque de Sessa Lope se unió a los siervos del Santísimo Sacramento. Fué una maniobra hábil. Ser miembro de tal cofradía implicaba un aumento de prestigio. Económicamente esta hermandad ofrecía las ventajas de una sociedad benéfica, de una compañía de Seguros y de un ateneo con discusiones literarias, lecturas, conferencias y partidas de naipes.

Lope había ganado bastante dinero, pero sus bolsillos no tenían fondo, y los reales volaban en el aire con icreíble rapidez. Escribía "monstruosamente", monstruosamente de prisa. Podía terminar en

una velada un drama de cinco actos en verso: un diestro ejercicio que le reportaba quinientos reales. Lope se dió cuenta de que envejecía. No lo dijo a nadie pero lo sintió. Se había entregado excesivamente al juego amoroso y, ahora, sus amantes comenzaban a sentir oscuramente su enfriamiento. Ya no les hacía tan felices como solía. A sus estallidos amorosos faltábales violencia; a sus cuarenta y nueve años Lope sentía el alba de la prematura impotencia. Resolvió, pues, trocar su táctica. E ingresó en otra hermandad: el oratorio de la calle del Olivar. Entre sus nuevos hermanos se hallaban dos terribles majaderos a quienes despreciaba: Cervantes y Quevedo.

En su función de secretario Lope atendía a la correspondencia más importante del Duque de Sessa. Se hizo pequeño, humilde, servicial. Halagó untuosamente a su patrón. "Me siento más feliz yaciendo a sus pies como un perro fiel, que en la compañía de mi mujer, de mis hijos, de mis amantes..."

El Duque se entregaba de todo cora-

---



1548-1625. Retrato ideal del Greco.





zón a su guitarra, sus serenatas y sus aventuras. Quería ser un Don Juan y ambicionaba ser respetado como un duelista invencible, ser puesto como un modelo de caballerosidad, un héroe sin miedo y sin tacha. Pero había un hombre que se llamaba Quevedo. Este hombre sabía que los mitos y las reputaciones tienen una base común: mentiras. Las gentes del barrio, impresionadas por los carruajes del Duque y por su lujo, influídos por las alabanzas de su secretario, y encantados con su ingenioso talento, hicieron de él un verdadero Aquiles: perfecto, y por consiguiente, invulnerable. Pero llegó Quevedo y empezó a hablar sardónicamente del reumatismo del Duque y de su hígado lilial. Quevedo tenía razón. Don Juan-Aquiles Duque de Sessa, era una ficción popular; nunca había existido. El Duque, sin embargo, prefirió creer en la leyenda urdida en torno a su persona; cautelosamente entró de puntillas en ese indeterminado otro yo. Vivió su bella mentira y la opinión popular colaboró con él. Las gentes agrandaron, in-

terpolaron, abultaron las hazañas de su Héctor.

Y, una noche, mientras escapaba con su habitual proceder del acero de un marido celoso, tropezó con un sereno. El Duque siempre llevaba su espada al frente como un afiliado bauprés, dispuesto para cortar la oscuridad y el viento, para alcanzar rápidamente un puesto seguro. Pero esta vez hirió, o, mejor dicho, su espada hirió a un hombre. Lo supo porque sintió el impacto de un cuerpo, oyó una queja amordazada tras el polvo de sus talones, y porque, llegado a su casa, observó que su espada tenía una brillante vaina roja.

Al día siguiente, el barrio propaló la historia:

—¿Sabéis lo del Duque?

—Naturalmente, de ello habla todo Madrid.

—¿Y cómo juzgarle?

—Es incorregible.

—Imagínese lo vuestra merced, luchando con una sola mano frente a cinco hombres armados hasta los dientes.

---

—¿Y qué faldas andaban de por medio?

—La gente habla de una hermosa muchacha que vive con Roque el zapatero.

—¿A cuántos mató?

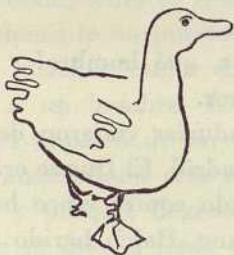
—Nadie lo sabe aún. Claro que el pobre sereno llevó la peor parte. Dicen que la espada del Duque entróle hasta la empuñadura.

—¡Pardiez, qué hombre!

—Un terror.

Las habladurías viajaron de un rincón a otro de Madrid. El Duque era un héroe; había luchado contra cinco hombres con una sola mano. Había herido a algunos y los demás se dieron a la fuga. De no ser así los hubiera muerto a todos. Una criatura peligrosa. Un monstruo. Las jóvenes damas suspiraban admirativas con frágiles miradas de soslayo. Lágrimas de tierno amor venían a sus ojos. ¡Oh, ser arrebatadas por este sangriento monstruo, sabio en voluptuosidades, lleno de dulzura...!

El Duque recibió la orden de abandonar Madrid y retirarse a sus Estados...



**"DE CONSOLATIONE" O**  
**EL LIBRO DE LOS CLERICOS**



“Verano de 1612.

Al Duque de Sessa:

Su criado de V. E., Carlitos, está con tercianas dobles, muy trabajoso; no come nada; si allá hay alguna jalea, mande V. E. a Bermúdez que la envíe. La salud de Carlos deseo, porque tenga V. E. otro Lope de Vega que le quiera como yo, aunque sea de tan poco provecho como su padre.

*Lope de Vega.”*

La jalea llegó, pero Carlitos no pudo probarla. Carecía de apetito; durante muchos días se vió privado de él. Faltábale la apetencia de vivir. Carlitos contaba siete años, pero su triste carita parecía la de un viejo. En su frágil cuerpo guardaba la sabiduría de un alma ex-

---

trañamente martirizada. Era como si hubiese olvidado algún importante juguete en el mundo de donde vino, como si la matriz caliente, oscura y forrada de terciopelo le estuviera reclamando. Tomó un aire muy triste, y murió, dejando intacta la jalea del Duque.

Pocos meses antes, Lope había ingresado en la Orden Terciaria de San Francisco. Sentía que sus propias obras le pesaban, sepultándole en un universo de poesía. El pensamiento de que la admiración popular pudiera cesar cuando más necesitaba de ella, hacía temblar de miedo. Pocas semanas después de entrar en la nueva hermandad, todos los teatros de Madrid fueron clausurados como señal de duelo por la muerte de la Reina Margarita. "Me despido de la Musa, porque no hay teatros. Es terrible, pues ellos ayudábanme a costear los grandes gastos por las muchas enfermedades que vienen acosando mi pobre hogar", escribía desesperadamente al Duque. Sin embargo, como una buena parte de los ingresos eran destinados para hospitales, los tea-

tros tuvieron que reabrir pronto sus puertas.

Entre tanto, el Conde de Saldaña había fundado una Academia Literaria. Lope fué nombrado secretario. El tedio de las reuniones era amenizado por las burlas humorísticas. La maledicencia, por las riñas a puñadas de los enfadados académicos. La solemne cámara llenábase a menudo con el alborotado relucir de los relampagueantes dardos literarios, y el mismo Conde solía levantarse y separar a los poetas excesivamente belicosos.

Un lunes, por la tarde, hacía las ocho, según tornaba de una de estas reuniones tempestuosas, Lope fué atacado en la oscuridad. Una espada brilló entre dos luces, saliendo de una tienda. El agresor estaba enmascarado. Felizmente, no era un esgrimidor experto, o tal vez estaba muy urgido y quería despachar a su víctima demasiado de prisa. Lope volvióse, por un momento, un torero; su capa ondeaba ante el asesino en graciosos quites. Atrapó el acero de su enemigo y le golpeó con toda su fuerza. El asaltante hun-

---





1555-1598. Felipe II, por el Tiziano.



dióse de cabeza sobre las piedras. Su cráneo hizo un pesado ruido en la oscuridad. Lope se acercó, y vió brotar alrededor de la cabeza un charco de sangre.

La academia del Conde de Saldaña expiró a los pocos meses. Algunos de sus miembros ayudaron al hermano menor del Duque de Pastrana, don Francisco de Silva y Mendoza, a fundar otra nueva, "El Parnaso", y, una vez más, los literatos diéronse a jocosos duelos de ingenio. Estudiantes y poetas se lanzaban mutuamente sus gorras. Lope leyó dos o tres sátiras usando los inmensos anteojos de Quevedo, que Lope, chistosamente, comparó con "un par de huevos mal fritos".

El Licenciado Soto de Rojas mordió la oreja de Luis Vélez de Guevara; fueron desenvainadas las espadas y durante unos minutos reinó bélica confusión en los armónicos espacios de Clio y Erato.

Los sufrimientos de Doña Juana de Guardo tuvieron fin el 13 de agosto de 1613. Murió al dar a luz a una hija, Feliciano. Su testamento no contenía nada de

importancia. Y Lope se sintió hondamente deprimido cuando supo que todas sus joyas habían sido empeñadas.

La orquesta tocaba algo que bien podía ser una marcha. Había, en verdad, demasiadas parejas sobre el suelo. Hacía un calor infernal. Los borrachos andaban sobre zapatos ajenos. Juramentos y amenazas en profusión mezclábanse con los vapores alcohólicos de sus bocas y los olores de la cocina donde se preparaban los platos apetitosos de la noche: riñones y tortas de pescado.

Lope, difícilmente podía mantenerse en pie, se balanceaba peligrosamente, pero su compañero, grueso y blando, habíase convertido en un amable soporte, un propicio refugio.

—Deberíais estar en casa rezando por vuestra mujer.

—Al Diablo... ¿Acaso los muertos pretenden enterrar a los vivos?

La música era tempestuosa; la habitación daba vueltas vertiginosamente, en

---

torno a Lope. Se vió a sí mismo de nuevo en el galeón *San Juan*, herido por los brumosos mares del Norte.

“Dejad que los muertos entierren a los muertos”.

Ya a los diez y seis años había escapado de la muerte rehuyendo el histerismo de una mujer enlutada. Huía de las muertes de sus niños, huía de la muerte de su esposa. Estaba muy bien componer una elegía o un epitafio con fines poéticos, pero era franca hipocresía exagerar la pena de una pérdida. Después de todo, la muerte era a menudo una bendición: salvaba a los hombres del gravoso peso de la domesticidad, de esclavizadoras cadenas. La vida debía ser un perpetuo renovarse. Si uno no moría junto con la persona muerta, había que ser fuerte y olvidarla, formarse una existencia propia aún más intensamente. Cualquier otra cosa era enfermedad morbidez.

La música sonó entre un voluptuoso caos. Los hombres osadamente desenvainaban a las mujeres de sus vestidos sedenos. En todos los lugares de Indias—pensaba Lo-

pe—esto mismo se hace como algo natural, al aire libre, sanamente. Bajo los gomeiros, bajo los naranjales, salvajes desnudos bailan con naturalidad.

Los jaraneros báquicos tolerábanse mutuamente sus promiscuidades. A cada momento caían parejas al suelo, entre las sombras. Las demás les empujaban hacia un rincón y la fanfarria de la orquesta enriquecíase con gemidos de éxtasis.

Lope llevaba sotana. Se examinó cuidadosamente ante el espejo. Contó los hilos de plata de sus mostachos, las arrugas de su rostro. Tenía cincuenta y dos años, pero el fuego de sus ojos poseía la luz del sátiro. Toda su persona exhalaba un vaho de impiedad.

Jerónima de Burgos entró sin llamar.

—Pedro me prometió una grande para mañana. He recorrido todo Toledo tratando de encontrar la maldita anguila.

—Es necesario que la tengamos, Jerónima, y no necesito decirte más.

—¿Para qué la necesitáis; acaso para darla al Obispo Troya?

---



—¡Al Diablo con el Obispo! El único regalo que le gusta es contante y sonante. No; yo la quería para el Duque de Sessa.

—Ah, eso es distinto; entonces voy a buscarla.

—Amable criatura...

Lope la dió un beso. Jerónima estaba aún sensual y atractiva. Era pequeña y llena; y, a menudo, sonreía como de un chiste recordado que no pudiera olvidar. Era una excelente actriz—su nombre había sido famoso en toda la península—y aun lejos del tablado, hasta cuando estaba por dar a luz un niño, sonreía. Desbordaba vitalidad. Usaba un líquido especial para conservar su cabello con un negro de azabache, y no se le podía descubrir ningún hilo gris. Su piel bronceada, pulida con aceite de almendras y unguentos perfumados, evocaba por su brillo alguna criatura marina. Su carne no era como el mármol; al contrario, dócilmente elástica sugería el descanso de la siesta o los placeres de la alcoba...

Lope apoyó su boca sobre aquellos jugosos labios.



—Ahí va, este es mi último beso con mostachos.

—¿Qué queréis decir?

—Ahora mismo voy a afeitármelos.

—¡Habrás visto tonto...!

Y casi se ahogó de risa. Siempre exageraba el aspecto cómico de las cosas.

Lope se detuvo ante un espejo. Cortó sus largos y altivos bigotes. El pelo cayó tristemente en los manuscritos que tenía sobre la mesa.

Luego Lope pasó su excelente navaja sobre un suavizador de cuero. Probaba. Nunca había usado navajas; mejor tarde que nunca. Tenía simplemente que aprender a afeitarse. Poseía una barba dura y habría de necesitar rasurársela frecuentemente con su hoja albaceteña. Afeitarse se le volvería un trabajo diario. Lo mismo que rezar. Seguramente había de restarle tiempo para escribir. Entre rezar y afeitarse, el tiempo de escribir un acto entero en verso. Se enfrió su entusiasmo. Al Diablo las navajas y las oraciones. Envidió a los monjes de la Tebaida, santos varones bienaventuradamen-

---

te felices con su antihigiénica grosura que seguían elevando sus angelicales y perfumadas oraciones desde el sucio charco de sus cuerpos. Y ahora el Obispo de Toledo se descolgaba pidiendo sacerdotes sin bigote. ¡Qué gracia! ¿Era acaso la Iglesia incompatible con los semblantes barbados?

La operación había terminado. Jerónima dejóse llevar por su regocijo; sonrió levemente, luego rió con fuerza. Lope estaba diferente. No parecía más joven; solamente distinto. Le abrazó, le empujó hacia su cama, le besó en un risueño paroxismo. Lope llevaba puesta su nueva sotana y sus mostachos habían desaparecido. ¡Parecía tan distinto!

Jugaron al amor durante un rato. A Jerónima le parecía un compañero en una fiesta de Carnaval que yacía con ella dentro de su disfraz.

“En Toledo, a 23 de marzo de 1614.

A su Excelencia el Duque de Sessa:

Parece, señor, que vuestra Excelencia, como entre renglones, me da a entender

que siente que me entretienen aquí las mismas causas que allá daban sospechas; pues no me haga vuestra Excelencia tiros con pólvora sorda, que le prometo que tuviera por deslealtad encubrirle mis pensamientos indigna de las mercedes recibidas... Lo cierto es que yo quería concluir señor Excelentísimo, con mis órdenes; y pues ya tengo Epístola, no dilatar las demás, por no estar con este cuidado... Mi vida es ésta, y los pasos, de la posada a la Iglesia; rezar dos horas que ya me obligan, y a la noche hablar un rato, mientras llega la del sueño, con algún amigo; y por quien todo lo niega todo lo confiesa, también me divierto de mis tristezas con la amiga del buen nombre, que ya tiene esto de gusto para vuestra Excelencia, porque no hay cosa que suene a los oídos de quien ama como el nombre de lo que quiere, aunque sea en sujeto ajeno. Ella está tan agradecida a la merced que vuestra Excelencia la hace, que viéndome con cuidado de enviarle una anguila, me le tomó del pensamiento, y con alguna solicitud halló la que lleva ese

---



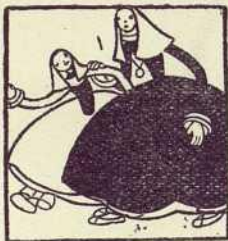
1561-1627. D. Luis de Góngora.





criado suyo... Vuestra Excelencia la reciba benignamente, y se acuerde de que ha de ser compadre suyo después del Córpus...”





**NUESTRA  
SERÁFICA MADRE TERESA  
Y OTRAS ALMAS MENOS BENDITAS**

El sacerdocio no hizo otra cosa que llevar a Lope más cerca del infierno. En junio, a su regreso de Toledo, sólo encontró disgustos aguardándole en Madrid. Su función como Secretario del Duque fué considerada un pecado mortal por su confesor San Juan. Tuvo, por consiguiente, que optar entre dejar de atender a la correspondencia amorosa del Duque, o resignarse a perder la salvación de su alma.

“Señor excelentísimo, mi disgusto y tristeza porque vuestra Excelencia no esté suspenso, no se canse en venir aquí a la noche, pues bien puedo, como a tan gran señor y dueño mío hablar tan claro; que como cada día confieso este escribir estos papeles, no quisieron el de San Juan absolverse si no daba la palabra de dejar

---

de hacerlo, y me aseguraron que estaba en pecado mortal; héme entristecido de suerte, que creo no me hubiera ordenado si creyera que había de dejar de servir a vuestra Excelencia en alguna cosa, mayormente en las que son tan de su gusto. Si algún consuelo tengo es saber que vuestra Excelencia escribe tanto mejor que yo, que no he visto en mi vida quien le iguale; y pues esto es verdad infalible y no excusa mía, suplico a vuestra Excelencia tome este trabajo por cuenta suya, para que yo no llegue al altar con este escrúpulo, ni tenga cada día que pleitear con los censores de mis culpas; que le prometo que me aventaja tanto en lo que escribe como en el haber nacido hijo de tan altos Príncipes. No había osado jamás decir esto a vuestra Excelencia por mi amor inmenso y mis infinitas obligaciones, trampeando cada día lo mejor que podía el modo de confesarme; ya ha llegado a no ser posible menos. Vuestra Excelencia es dueño de un entendimiento claro y de un corazón generoso; mire lo que quiere hacer de mí, que es tanto lo



que le debo y le quiero que dejo a su juicio cuanto iba a decir aquí.

L.”

Lope temía terriblemente caer en desgracia del Duque—temía, entiéndase la pérdida de su gracia económica. Pero, al mismo tiempo, no osaba truncar su carrera eclesiástica tan cerca del final; una carrera que iba a traducírsele en seguros y congruos ingresos. Lo único que le cabía hacer era suavizar la situación, balancearse delicadamente entre los dos extremos, probar de una vez por todas que su protector era el mejor escritor de cartas que nunca había existido y que el pobre Lope no era en último término indispensable para que el Duque siguiese conquistando mujeres merced a su elocuente arte epistolar.

El Duque de Sessa, fácil creyente en su propio ingenio, pronto quedó convencido. Sus cartas probablemente no daban en el blanco tan directa o tan frecuentemente como antes, pero las damas no eran

---

tan agudas como para poder notar que sus dardos habían perdido finura.

A pesar de todo, pocos meses después de haber tomado Lope sus sagrados votos, el Duque le confirió la sinecura de Alcoba en la diócesis de Córdoba.

Santa Teresa iba camino del cielo. Un Obispo habíala apellidado fémina andariega. Dejó su nativa Avila a la edad de siete años. Trabajó y luchó sin desmayo, apasionadamente. Organizó la Orden de las Carmelitas descalzas, pero en lugar de permanecer en los fríos claustros, arrullando sus rezos como una blanca paloma, salió al calor de las calles y al polvo de los caminos. Fundó setenta conventos. Salvó miles de almas y fué nombrada en justicia Madre Superiora de la Orden.

Desde la niñez, cuando había colaborado con su hermano Rodrigo en una novela caballesca, vínole el pensamiento de que las mujeres también podían ser caballeros andantes. Y partió a su difícil empresa, sabiendo que los molinos de

viento son molinos de viento y que, gracias a ellos, el dorado grano se trueca en blanca harina. No tenía dragones que matar, ni quimeras que vencer. Se movía en un mundo de llana prosa. Quería que las mujeres aprendiesen esta limpia verdad, y púsose a enseñarlas, a fortalecerlas, a masculinizarlas. “No quiero de ningún modo que mis hijas sean o semejen ser mujeres, mas hombres valientes.”

Pero a la noche, después de sacudir de sus faldas el polvo de todo un día fatigoso, volaba muy lejos, hacia las regiones celestiales y conversaba con Dios y con los Santos. Algunos pretendieron que sufría alucinaciones. Pero Teresa siguió gozando sus maravillosas visiones, cantando sus cerúleos himnos de triunfo en un puro y bienaventurado paraíso. Teresa murió en 1582 y el 16 de octubre de 1614 fué beatificada en la iglesia de las Carmelitas. Celebróse entonces allí un torneo literario. Lope lo inauguró con un panegírico en verso. Estaban presentes Cervantes, Espinel, y muchos otros famosos escritores.

---





1598-1621. Felipe III (Escuela de Velázquez)



Menoscabando la complacencia de Platón, por el hecho de ser un hombre y no una mujer, púsose Lope a exaltar en apasionados versos ditirámbicos las virtudes y poderes del entendimiento femenino. Y luego, como alguien que está absolutamente seguro de su época, afirmó que en las florecientes academias de Madrid había muchas figuras de talento que superaban a Platón en doctrina y en inteligencia. Lope creía en su tiempo y en su patria. Las luces de las antiguas culturas se apagaban al enfrentarlas con los brillantes faros del siglo XVII en España. Los conocimientos de su tiempo representaban el pináculo de la humana ciencia y del arte.

La iglesia palpitaba con sutil poesía. Como una sinfonía de deslumbrantes colores, la luz del Sol entraba humildemente en el recinto perfumado de saber, hermosura y agudeza.

—Decidme, Luis, ¿qué piensa Lope?

—No tengo la menor idea, Excelencia.

—¿Qué opináis de sus angustias paternas?

—Inmotivadas por completo. Naturalmente, Lope ha mencionado con frecuencia a un tal Fray Vicente, que pretende haber entrado en la Orden de los Franciscanos Descalzos.

—Lo sabía. Pero de todas suertes, su carta es un poco confusa. En un pasaje refiérese a su hijo; en otro, a la llegada a Nápoles del Conde de Lemos. ¿Créis, acaso, que Lope es un hombre capaz de correr a Valencia en un día de perros para ver a su hijo, o recibir a un Conde?

—No lo creo, señor, salvo...

—...que una mujer ande por medio. ¿No es eso lo que queríais decir? Sí, esa es la única razón, la causa poderosa que puede mover a Lope a dejarlo todo...

Durante diez y siete días Lope ardió en alta fiebre. Creyó llegado su fin. Rogó de todo corazón una muerte rápida. Su cuerpo se consumía en llamas ardientes, y empezó a soñar con amor en la fría tumba, en la sombra. Pero su amigo Sebastián Jaime no escatimó esfuerzo para

---

salvarle. Consultó a los mejores médicos, e hizo que siguiera las prescripciones de éstos, palabra por palabra, con celo incansable. Y Lope se salvó.

“Valencia, 6 de agosto de 1616.

V. ex.<sup>a</sup>, señor, ha estado cerca de perder un criado. Si bien no de los más antiguos, el que más le ha deseado servir de cuantos ha tenido: diez y siete días he estado en una cama, con tan recias calenturas, que entendía que era el último tiempo de mi vida; y cierto que sólo me pesaba de perderla donde no viese la cara de V. ex.<sup>a</sup>... Como he podido he llegado hasta Palacio a ver al Conde, a quien pesó mucho de verme en tanta flaqueza, porque estoy tan desfigurado, que yo mismo no me conozco; hízome mucha merced, y me sentó a su lado en público... Del señor Duque no tengo que decir a V. ex.<sup>a</sup> más de que ha mostrado quien es en su hospedaje... Ayer llegó aquí *La Loca*, que ha venido con Sánchez y toda la compañía con el Conde desde

Barcelona, en las galeras; en mar y tierra les ha oído las comedias que tenían, algunas de las cuales me ha celebrado apasionadamente... *La Loca* ha venido a verme, y dice que escriba a V. ex.<sup>a</sup>, que aquí tiene una esclava; así lo hago, y le suplico crea que no fué causa de mi jornada, pues ha un mes que estoy aquí y ella en Barcelona. Mi hijo viene mañana, deseosísimo de que le lleve; yo lo tengo negociado, aunque he perdido algo de la resolución, porque ha de ser con padre compañero.”

-El Conde de Lemos, el antiguo Mece-  
nas de Lope, había permanecido duran-  
te cinco años en Nápoles como virrey. Re-  
gresaba ahora a Valencia junto con la  
compañía dramática que le había diver-  
tido representando comedias y mascara-  
das durante los días de su estancia en  
Italia. La gran actriz de la compañía, era  
La Loca.

La Loca había contagiado a Lope de  
su locura. Lope había conocido infinidad

---



de mujeres después de su primer encuentro con ella, años atrás, pero La Loca le obsesionaba. Lope era un hombre de teatro por excelencia. Al fin y al cabo, la vida sólo era para él un drama mal escrito. Y La Loca era una actriz innata. No era una mujer, sino una actriz. Un ser que no necesitaba subir al tablado para representar ni para desempeñar un papel en una comedia. Los tablados eran para ella una prolongación natural de la calle. La calle y el tablado se fundían en una sola cosa. Ella era la actriz por excelencia, del mismo modo que Lope era el dramaturgo innato. De modo que La Loca vino a Lope como un carácter ya hecho en busca de un autor. Cada vez que La Loca se le ponía enfrente, Lope sentíase subyugado, no por la atracción sexual, sino de urgencia creadora. Debía escribir. La Loca, con sus gestos inspiradores, con su voz llena de extrañas modulaciones, le facilitaba ya un marco para sus obras. Era la encarnación del histrionismo, el epítome, por decirlo así, del teatro español.



Pero Lope era un pobre hombre, lleno de humanas debilidades. Sabía que, después de todo, su musa era una mujer de carne agridulce. Probó ávidamente su sabor.

Tal un Narciso incansable Lope removió el estanque que reflejaba su genio.

## UN YERMO DE PESAR

Un axioma íntimo de Lope rezaba que la mejor manera para desprenderse de una mujer consistía en enamorarse de otra. Su corazón oscilaba como un péndulo del amor al odio. "Yo nací entre dos extremos, que son amar y aborrecer; no he tenido medio jamás." Un hombre peligroso movido por dos polos opuestos. Sin matices, sin dorados intermedios, solamente conocía dos alternativas: una roja, otra negra. Los rezos y los ayunos, las penitencias y el arrepentimiento, no le servían de nada. Cada vez que trataba de volar lejos de su existencia terrenal siete tremendos tentáculos le tiraban hacia abajo y volvíanle de nuevo al amor y al odio...

La Loca trató de contagiar a Lope de su locura. Durante veinte días la sotana

---

D, fran<sup>co</sup>, de quebedo



1580-1645. D. Francisco de Quevedo.





de éste tiñose con el colorido escarlata de la concupiscencia. Y, carta tras carta, Lope repitió que una quincena de locura había condenado su alma al fuego eterno.

Por consiguiente, en adelante debía odiar a La Loca... y su corazón voló como un pájaro que se desangrase en busca de un dulce nido. Allí estaba Marta de Nevares en toda la exuberancia y belleza de sus veintiséis años. Sus ojos verdes eran frescas albercas, bordeadas por los soñadores sauces de sus negras pestañas. Albercas donde Lope, cansado peregrino, venía a lavar su alma polvorienta. Sus cabellos castaños, rizados y perfumados, recordábanle el aspecto de jóvenes árboles cubiertos de tiernas hojas:

“31 de diciembre de 1616.

Yo convidé, señor excelentísimo, la casa de doña Marta a cenar para mañana en la noche; aunque de un catarro que saqué del Caballero de Gracia no me he visto en mi vida tan desatinado: estarán

aquí a las seis; podrá V. ex.<sup>a</sup>, si quiere gozar un rato de música, venirse como que es acaso entre las siete y las ocho; sólo digo, si se hallase gustoso y desocupado; y mande también a Quijada que me envíe dos platos dulces, que es lo que acá no sabemos, y manteles y toallas...”

Marta fué forzada a contraer matrimonio cuando sólo contaba trece años. Su marido, Roque Hernández de Ayala, un mercader asturiano, llevábale muchos años. El único fin de éste en la vida era hacer dinero. Cierto es que gustaba de gastar parte de él en comprar a Marta trajes caros y cosas amables. Pero cada vez que ella se adornaba él se volvía terriblemente celoso, impidiéndola salir a la calle, y llegando a prohibirle inclusive que se asomara a la reja.

Marta no podía soportar la vulgaridad de su marido. Trató de ser buena con él, pero su disgusto se tornó gradualmente en un intenso aborrecimiento. Por las noches soñaba en escaparse a alguna parte, a

---

cualquier sitio lejos del ogro, pero a la mañana siguiente se sentía agotada y renunciaba a la fuga. Todo lo que hizo fué comprarse un magnífico puñal toledano, y guardarlo con ella como un talismán de redención. Y cada vez que su espíritu se veía invadido con pensamientos de asesinato que la inducían a tomar el puñal, arrepentíase, marchábase a su habitación, hundía su pequeña mano pecadora en agua bendita, e intentaba purificar su cabeza culpable, dándose a rezos fervientes.

Lope se deslizó en la casa de Roque Hernández con cautela, prevaliéndose de su sotana, de sus cabellos grises y de la grandeza de su fama. Hernández recibióle admirativamente, con cortesía, orgulloso de tener en su mesa al “portento de la naturaleza”, al mayor dramaturgo de España, al secretario del Duque de Sessa. Hernández era un hombre sencillo, que sólo sabía de comprar y vender cosas, y consideraba un gran honor tener como amigo a un personaje tan eminente. Además, su mujer hablaba de lo

mucho que ganaría con una amistad tan valiosa. Lo que el pobre Hernández no podía adivinar era que Lope, atormentado y dolorido por La Loca, venía a su casa en busca de un bálsamo para curar sus heridas, venía a por Marta...

Cervantes había marchado al reposo eterno envuelto en un hábito de franciscano, con la cara descubierta. El 23 de abril de 1616, quedó durmiendo el sueño eterno en el convento de las Monjas Trinitarias Descalzas. Su epitafio fué escrito por un hermano de Isabel de Urbina, la primera mujer de Lope.

La primera parte de *Don Quijote* se publicó en 1605. Tuvo una gran acogida literaria, pero Cervantes permaneció pobre y amargado. Algún pobre imitador, deseoso de lucrarse con el éxito ajeno, publicó en 1614 una segunda parte apócrifa. Por entonces, Cervantes, con su tinta indeleble, hallábase escribiendo el capítulo XLIX de la segunda parte. Aquel hecho infortunado le estimuló para su-

---



perar su esfuerzo y, al fin, en 1615, publicó la segunda parte. *Don Quijote* es el libro de los libros españoles, gesta del alma española, llena de madura sabiduría y de secreto sufrimiento.

Cervantes no podía dejar de pensar en el autor del *Quijote* espúreo. El nombre de Lope de Vega vino más de una vez a su mente. En el prólogo de la segunda parte escribió: "...Y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir a ningún sacerdote, y más si tiene por añadidura ser familiar del Santo Oficio; y si él lo dijo por quien parece que lo dijo, engañóse de todo en todo; que del tal adoro el ingenio, admiro las obras, y la ocupación continua y virtuosa."

*La ocupación continua y virtuosa...* Qué frase tan pulcra, intencionada y sarcónica. Para nadie era un secreto la vida escandalosa y exuberante de Lope. *Continua*: Lope, el infatigable; y *virtuosa*, recordando aquella frase del mismo Lope: "Yo he hecho fáciles a todas las mujeres."

Lope relacionaba el sarcasmo sangrien-



to de Cervantes con la fábula de la zorra y las uvas verdes.

Cervantes hubiera arrojado de buena gana al fuego todas sus novelas y poesías, si el público hubiese aplaudido una sola de sus comedias con el mismo gusto con que aplaudía las de Lope. Cervantes se creía un fracasado, porque ninguna de sus obras teatrales había ganado popularidad. ¡Ay!, era demasiado fino para las turbas.

Los ingenios que se reunían en el mesón de Salinas, alternaban sus glosas literiarias con chismes groseros y risas lascivas. La conversación española rebosa de risotadas y obscenidad. Abundan las alusiones sexuales. El universo español es acusadamente fálico.

Góngora loaba el arte del Greco.

—Es verdaderamente el mago de Toledo. En los años futuros, peregrinos de todo el mundo irán a Toledo para contemplar sus cuadros, del mismo modo que antes iban a Santiago de Compostela, a Jerusalén o a Roma, a fin de purificar sus almas en la oración. El Greco es To-

---

ledo, y Toledo el el Greco. Su arte parece que estuvo esperando a Toledo, y Toledo a su intérprete, El Greco. Un perfecto casamiento estético...

El mismo Góngora, años después, tras la muerte del Greco, había de dedicar a su sepulcro este soneto:

*Esta en forma elegante o peregrino,  
De pórvido luziente dura llave,  
El pincel niega al mundo más suave  
Que dió espíritu a leña, vida a lino.*

*Su nombre, aun de mayor aliento dino,  
Que en los clarines de la fama cabe  
El campo ilustra de ese mármol grave:  
Venéralo y prosigue tu camino.*

*Yace el Griego. Heredó naturaleza  
Arte, y el arte estudio, Iris colores,  
Febo luzes, si no sombras Morfeo.*

*Tanta urna, a pesar de su dureza,  
Lagrimas beua y quantos suda olores  
Corteza funeral de árbol sabeo.*

—...Aunque un pueblo de bellacos no merece un Genio como el Greco...

Lope, que estaba presente, trató de sua-

vizar las cosas halagando al hombre a quien más temía:

—Ningún poeta tan sutil como Góngora...

Góngora le miró con sospecha; sus ojos brillaron especialmente...

—De todos modos, yo no entiendo exactamente, como el vitriólico y jiboso Alarcón, que toda la obra de Lope sea deleznable. Aquí y acullá hay pasajes meritorios. Cuando llegue el día en que su autor preste más atención a sus propios sentimientos y se olvide de las pjaras de cerdos, su inspiración volará más alta.

Lope se mordió los labios, y no respondió...

Rompiendo el ominoso silencio un valentón púsose a contar una historia de aventuras y proezas. Lope escuchóle atentamente. Gozaba contando cuentos interesantes y divertidos al Duque. Así que tan pronto como se halló de vuelta en casa, y ante su bufete, le escribió una carta dándole noticia de la historia escuchada. La epístola terminaba así: "Góngora muéstrase más humano conmigo. Fuer-

---





1621-1665. Felipe IV, por Velázquez.



za es que me haya visto bajo una luz mejor.”

Ante la insistencia de Lope, Marta se trasladó con su marido a la corte. Le acusó de malos tratos, y pidió una separación inmediata. Lope puso en juego la máquina de sus influencias a fin de resolverlo todo a su gusto. Pero casos así requerían días, semanas, y aún meses para ser resueltos. Lope y Marta temblaban de miedo e incertidumbre. Muchos de sus amigos, requeridos como testigos, negábanse a presentarse ante el juez. Marta, descorazonada, se resignaba de antemano a la crueldad de un triunfante marido. Pasaban los días, y cada hora les empujaba más hondamente en el abismo del abatimiento. Su magnífico sueño era imposible y se desvanecía como una pasajera nube de optimismo.

Lope resolvió, en caso de un fallo desfavorable, huir con Marta. Isabel de Urbina vino a su memoria. Se vió galopando lejos de la religión y la fama, hacia

Dios sólo sabe dónde, llevando su trofeo codiciado, una de las mujeres más perfectas y maravillosas de Madrid. Pero recordando al héroe loco de Cervantes refrenó su ligera fantasía. Aunque su pensamiento gustaba de volar, sus débiles plantas se hincaban en la dura tierra castellana; sabía demasiado bien que estaba viejo y que no era un Don Quijote. El celoso Cervantes habíale llamado "monstruo de la naturaleza". Y en verdad que lo era, pero un monstruo ya provec-to, enfermo y débil. Sus alas de oro estaban recortadas, aunque sus oídos escuchasen el eco de los aplausos. Era un monstruo domesticado, preso en la jaula cortesana. La muchedumbre seguía aplaudiéndole, y él, reumático y bilioso, continuaba escribiendo comedia tras comedia, repitiendo sus lances, sus caracteres, redactando cartas serviles para el Duque de Sessa, charlando al modo de las solteronas sobre la vida y las obras de sus contemporáneos. Lope de Vega, monstruo de la naturaleza, abastecer del público, portentoso echa cuervos... Marta ga-

---

nó su pleito, y fuese derechamente a la cama con los serios e iniciales dolores del alumbramiento.

Lope buscó a La Loca como un consuelo.

Para los filósofos, el amor es un deseo de belleza. Para mí, pensaba Lope en una carta dirigida al Duque, es un insaciable apetito, hondamente aposentado en mi carne. No puedo detenerme. El amor es una pérdida total del albedrío, una terrible costumbre, agravada por una curiosidad inextinguible. Necesito tener siempre mujeres, pero prefiero ir tras aquéllas que me son desconocidas. Siento que, cuanto más desconocida me es una mujer, más podrá darme. De suerte que siempre estoy persiguiendo alguna nueva. Fidelidad es sinónimo de muerte. Nuevas camas, nuevos olores, son necesarios estimulantes para la vida de un escritor.

Más que una mujer, La Loca era una novedad. Su carne cambiaba siempre, nunca agotada, como si un paciente escultor lleno de imaginación, la estuviera

siempre moldeando en una arcilla diferente.

Lope se hundió en el delirio de su cuerpo; luego, purgóse con una oración. Se confesaba y comulgaba casi diariamente. Un teólogo sensible hubiera dudado si Lope asistía a la comunión para pecar con impunidad, o si pecaba a fin de tomar con mayor justificación la divina hostia. El doce de agosto de 1617, después de tres días de dolores agonizantes, Marta dió a luz una niña: Antonia Clara.

El Duque de Sessa aceptó la invitación para ser el padrino, pero a última hora ordenó a su hijo mayor, el Conde de Cabra, que le representara. Roque Hernández llevóse consigo a la niña recién nacida. Sabía indudablemente que no era el padre de Antonia Clara, pero calculaba, sin embargo, que "donde va el potro sigue la yegua"; mas en este caso se hallaba terriblemente equivocado. ¡La yegua, Marta, fué consolándose paulatinamente de no ver a su encantadora cría, que tanto sufrimiento le había costado traer al mundo. Porque no podía resis-

---



tir a Roque. Cada vez que le comparaba con Lope, su grosería y mediocridad se le hacían más resaltantes. Lope hablaba de poesía, vivía en poesía, respiraba poesía. Todo lo que hacía o decía era gracioso y encantador.

Afortunadamente, la muerte vino a simplificar las cosas. Roque había perdido totalmente su interés por los negocios y vivía ahora enteramente en el apartamento. Cada vez que se sentía financieramente embarazado, despachaba un billete amenazador. Marta temblaba de miedo, pero no hacía comentarios. ¿A qué fin dar a conocer a Lope sus miserias? Mansamente, con la serenidad de las mujeres castellanas, llevaba sus collares y sus anillos a empeñar. Todo ésto resultaba muy enternecedor y pesaroso, pero Marta sabía que los caminos del amor y del dolor se juntan a menudo, y que los mejores besos son aquellos salados con lágrimas de sufrimiento.

Roque Hernández falleció, y entonces se encontró más tranquila, pero no más feliz...



El sol entraba caliente y esplendoroso, música sin ruido, alegre, movimiento de una caprichosa danza. Sus rayos se derramaban en la fresca habitación como hebras paralelas de cabello impalpable, disuelto, casi gaseoso, dorada luz brillante, dando a cada objeto, en cierto modo, una forma más clara, un tono más suave.

Marta estaba junto a la ventana consiéndolo. Gozaba haciendo sus propios vestidos, adornando terciopelos con encajes, mezclando colores, cortando telas y formando distintos modelos. Sus ojos habíansele cansado mezclando los encantadores matices en tonos evanescentes, anegándolos en obscuridades de agua. Y, de pronto, hubo de cerrarlos. Veía pequeños puntos que corrían a su alrededor. Brillantes motas de luz bailaban y se entrechocaban. Marta quiso gritar, llorar pidiendo socorro; el dolor era tan intenso, tan hondo, que le cortaba el aliento.

Abrió sus párpados. No vió nada sino

---

brillantes motas de color sobre un fondo negro de pozo. Gradualmente, los inquietos puntos perdieron su brillo, muriéronse uno tras uno, como estrellas agonizantes. El mundo retrocedió a una caverna de negro caos; lleno de ruido y movimiento, pero sin color, forma ni luz.

Marta quedó sumergida en la sombra. Amaurosis. Brusca ceguera, sin causa. Sin enfermedad ni lesión. Sólo oscuridad.

Mientras diestros doctores trataban, con emplastos y ungüentos, de rescatar a Marta de su triste noche, Marcela, la hija de Lope, aguardaba también un milagro. Esperaba a un angel del Señor que había de venir a su celda, en los rayos del Sol conventual, con racimos de luz solar para los ojos de Marta. Marcela había entrado en la hermandad de las Trinitarias Descalzas. Lope lamentábase de esta decisión, pero no se resolvía a intervenir. Marcela había sido su confidente y su amanuense. Ora coleccionaba y clasificaba cronológicamente sus cartas de amor a La Loca, ora escribía bajo su dictado una obra o un billete apasiona-

do, ora corregía una comedia pergeñada con excesiva prisa.

Marcela era, además, excelente poetisa. Lope siempre aludía a sus trabajos con palabras de loa, pero ella mostrábase pretenciosa y vana. Las epístolas de Lope al Duque de Sessa siempre contenían un breve pero intencionado post-scritum redactado de esta o parecida forma: "No olvide su Excelencia enviar a Marcela veinte metros de tafetán". Pero ahora Marcela rociaba los desnudos y blancos muros de la celda con su sangre orgullosa. Quería matar su vanidad, borrar sus mortales pecados. Oraba, ayunaba, se castigaba y pedía a la Virgen que enviase unos pocos rayos de luz benéfica a los magníficos ojos verdes de Marta.

El cielo de Madrid, el desvanecido azul de un domingo invernal. Una ráfaga de viento frío, procedente de la sierra, agitó las colgaduras de bayeta negra que pendían en los balcones. Las gentes transitaban por las calles vestidas de luto.

---



Lope, por un pintor anónimo del siglo XVII.





Labradores y pastores habían venido desde sus lejanos lugares—algunos andando durante una semana entera, cubriendo muchas leguas—para estar presentes en esta ocasión solemne: la quema en la hoguera de Benito Ferrer.

Catalán de nacimiento, Benito Ferrer había sido franciscano descalzo por el espacio de ocho meses, y luego carmelita descalzo durante seis, pero fué expulsado de ambas órdenes. Durante doce años había vagabundeado por Francia, Irlanda, Flandes, Nápoles, implorando la caridad, diciéndose sacerdote, pero sin ir a misa o a confesión.

A su llegada a Madrid, el Obispo ordenó su encarcelamiento. Un día, mientras escuchaba la misa en la capilla de la prisión, “agitado por diabólica furia” arrancó la hostia consagrada de manos del celebrante y la pisoteó.

Durante dos años y cuatro meses permaneció en Toledo, encerrado en un calabozo secreto de la Inquisición. Sus amigos trataron de probar que Ferrer era un lunático y que no podía hacersele respon-

sable de sus actos. Pero el Gran Inquisidor, Gonzalo Chacón, puso en marcha los artilugios legales y fué resuelto *nemine dissentiente* que Ferrer no sólo estaba en su cabal juicio, y siempre lo había estado, sino que también era:

Primo: hijo de una judía;

Secundo: un convencido luterano;

Tertio: un ferviente calvinista;

Quarto: una bestia sacrílega y blasfema;

Quinto: un hijo de Satán.

El domingo, veintiuno de enero de 1624, la España católica, vestida de negro, trasladóse, firme en su fe, a la puerta de Alcalá, donde el Tribunal de la Inquisición rompía la monotonía de las negras colgaduras y oraciones con sus tronos de escarlata y los emblemas del Santo Oficio y del Rey bordados con hilo de plata. En el centro de la plaza se alzaba un pequeño altar bajo la sombra de una enorme cruz verde, cubierta de un velo negro, que el viento arremolinaba. Y doce grandes antorchas parpadeantes aguardaban... Todas las campanas de las iglesias madrileñas volcaron sus melancólicos sonos so-

---

bre la ciudad, mientras la procesión movíase lentamente, transida de luto y de un religioso fervor.

Primero venían los guardianes del Santo Oficio, que balanceaban sus sonoras cadenas y brillantes alabardas, marcando el paso. Luego, frailes con hábitos marrones, blancos o negros, con sandalias o descalzos, levantando sus estandartes y banderas entre las pesadas nubes que emanaban los incensarios de plata y los monótonos cantos latinos; después los miembros de la grandeza en doble fila, ceremoniosos y orgullosos, vestidos de negro terciopelo y blancas golillas, delgados y qui-jotesco, con radiantes ojos y barbas pun-tiguadas como los trágicos fantasmas del "Entierro del Conde de Orgaz"; dignatarios de la Iglesia, benignos bajo sus pesadas mitras, salpicando al populacho con sus sagrados hisopos; y, finalmente, violenta nota purpúrea, tieso e impresionante, el Gran Inquisidor.

Le seguían una docena de penitentes, la cabeza descubierta, inclinada con arrepentimiento y vergüenza, portando en su ma-

no derecha una vela apagada. Se habían confesado y arrepentido y marchaban lentamente hacia el altar para ser convertidos o reconciliados con la única fe verdadera. Cruces de diversos colores pintadas en sus amarillos mantos declaraban explícitamente la naturaleza de sus pecados; y el número de nudos en la cuerda que ceñía sus cuellos, decía la cantidad de latigazos que habrían de recibir.

Pajes vestidos de negro llevaban ensartadas en largas picas verdes figuras de paja, monigotes grotescos, sobre las cuales debía vengarse la justicia inquisitorial, a falta de los culpables en carne y hueso, gentes de pies ligeros que se habían salvado huyendo al extranjero. Y luego, custodiados por dos intendentes del Santo Oficio y cuatro soldados, los pecadores sin perdón, en su camino hacia la pira, llevando cada uno el trágico sambenito y un bonete amarillo de cartón decorado con llamas y demonios. Una plebea y estruendosa masa humana les seguía. No les estaba permitido tocar a los penientes, pero, en cambio, les escolta-

---



ban con una retahila de maldiciones e insultos.

Cuando la caravana llegó a la Puerta de Alcalá la multitud se aplastaba; todos querían ver de cerca el espectáculo. Los mejores lugares en el estrado estaban reservados para los clérigos y la nobleza, pero el pueblo se filtraba por todos los espacios.

Los vendedores pregonaban calurosamente sus mercancías en torno al estrado: naranjas de Valencia, frituras de abadejo, vinos baratos, higos, cerdo frito, uvas malagueñas, ostras en su media concha.

Las gentes comían y bebían, parloteaban y se regodeaban como en un baile o en una corrida de toros. Eran espectadores muy especiales, difíciles de contentar; les traían sin cuidado los edictos y liturgias entonadas con el monótono latín de un lector barbudo; ni siquiera los latigazos y las torturas menores les interesaban. Consideraban aquéllos como números ligeros, preliminares del "plato fuerte". Para no aburrirse seguían con su



liviana y alegre cháchara, a base de vino, mujeres y los torneos de actualidad. La juventud puntuaba su mascullar de frutas secas y cerdo frito con besos sonoros y turbulentas risotadas.

Pero una vez que los grandes acusados fueron suspendidos en los postes y se mantuvieron erectos, asidos a anillas de hierro, la multitud se aquietó como un mar dominado. Los escrupulosos verdugos, eligieron cuidadosamente la madera, apilando en torno a cada estaca leños verdes o secos, según el grado de castigo aplicado a cada penitente... Los corpulentos verdugos alimentaban los fuegos de sufrimiento con el cuidado propio de personas que alimentan animales delicados de diferentes especies. Inmensos fuelles despabilaron los leños con histéricos rugidos; los frailes dominicos, con crucifijos de marfil, se movían de un lado a otro mirándose en los vidriosos ojos de los penitentes.

Benito Ferrer estaba atado a su poste con pesadas cadenas. Lenguas de llamas empezaron a lamer su patíbulo. Era el

---

lenguaje de los verdes troncos que ardían. El aire aventó un olor de resina y de savia hirviente. Los ojos de Ferrer se empañaron, pero la muchedumbre quería algo más; su barba fué lamida por una serpeante lengua de llamas. Asido fuertemente por las grandes cadenas se torcía y contorsionaba en una agonía de purgatorio viviente, mientras comenzaba a tostarse su piel y las llamas hacían presa en su carne. El gozo de los espectadores iba a quebrarse porque el humo creciente, al expanderse en torno, escondería el cuerpo sufriente. Sólo un hombre hubiera podido pintar la escena, un hombre que sabía el secreto de la tortura y de la contorsión: el Greco.

La Puerta de Alcalá estaba perfumada con el olor de la carne ardidada. La multitud se refocilaba ebria con el sufrimiento ajeno, bebiéndolo ávidamente. Y esto era lo que les satisfacía: cuanto más horrible el sufrimiento mejor pasaban la jornada.

Lope, familiar del Santo Oficio—un título que gustaba de poner tras su nom-

bre en la página de guarda de sus libros—vió cómo su país se gozaba en las torturas, se deleitaba con las dulzuras del dolor. Conocía su España y estaba seguro de que tras estos sangrientes, enervantes espectáculos—aleteando con alas de muerte entre agonizantes, pálidos Cristos, sangre, oraciones y llamas cárdenas mezcladas en el día del Juicio final hecho por el hombre—la muchedumbre necesitaba una dosis de sana risa, una fuga hacia la comedia y la hilaridad. España estaba harta de tragedia para que los dramaturgos la repitiesen en sus teatros, y el secreto de Lope, el secreto de su gran triunfo, estaba en los desenlaces felices. Calderón, tenía entonces veinticuatro años y su obra proyectábase sobre preocupaciones y personajes exquisitos, tales como pastores y santos.

El veintinueve de junio de 1625, Lope entró en la Congregación de San Pedro, una orden compuesta por sacerdotes nacidos en Madrid.

“Todos los días visitaba con propósitos de edificación y arrepentimiento el

---

santuario de Atocha y, frecuentemente, ejercía su sagrado ministerio en los hospitales, consolando y ayudando a los enfermos con piadoso y caritativo celo...”

El espíritu de Marta volvióse un oscuro desván habitado por aterradores espectros. Podía ver la lluvia que corría torrencialmente sobre la llanura castellana. Agua sobre la tierra calcinada. Vahos diáfanos como la niebla. Vacías cañas que crecían como los brazos de adelgazados cadáveres. Roque, su marido salía vomitado por la garganta de un monstruoso cocodrilo. Verde Roque, cubierto de ira, escupiendo sangre, arrojándose hacia ella con dos sanguinarios cuernos que le salían de la frente, sosteniendo una mandíbula de asno en su mano derecha. De pronto, se detenía y con las largas, agudas garras de su mano izquierda, arrancaba un pedazo de su propia carne y lo asaba cuidadosamente en la llama que despedía el cadáver ardiente de una víctima de la Inquisición. Marta gritaba des-



esperadamente. Su voz tronaba y resonaba vacía, con la falsedad de las voces insanas ¡Estaba loca! Ciega de la vista y del espíritu, sumergida en terrible oscuridad visual y mentalmente.

La tragedia de Marta dejó hondas huellas en Lope. Se volvió hipocondríaco. Sin impresionarse por sus frecuentes éxitos, no volvió a envanecerse de su grandeza. Los hombres le aplaudían y le mimaban. Usaban la palabra Lope, como sinónimo de excelencia; y para alabar por buena cualquier cosa acostumbraban a decir que era de Lope. Pero la tristeza en Lope se acrecentaba con el sufrimiento y el desvarío de Marta; ésta habíase desfigurado su hermosísimo rostro con las uñas y había deshecho en trizas sus más hermosos vestidos.

Lope cantaba tristemente “la muerte vengándose del amor”. Parecía, en verdad, como si la oscura mano de la muerte hubiera robado la luz de los ojos de Marta; y, no satisfecha con eso, hubiera trastornado su cerebro en una locura demoníaca. Sólo la muerte podía atreverse

---



a marchitar tan encantadora criatura. Lope rezaba y rezaba. Y las paredes de su pequeña habitación aparecían salpicadas diariamente con la sangre de sus disciplinas. Marcela también oraba y llevaba un rudo y espinoso cilicio bajo los vestidos que cubrían su cuerpo martirizado. Hasta que un día Marta se despertó con la mente clara. Habló con brevedad y pausa. Pero su mejoría le apenaba demasiado, porque sus trémulas manos ya no acariciaban un cuerpo joven y sano, sino un cuerpo envejecido y ajado, escarnecido por demasiados sufrimientos.

Se acercaba la primavera. El jardín florecía con perfumes y los arbustos se llenaban de cantos alados. Pero las sombras en su rostro se acentuaron. Estaba muerta.



## DOS CRUCES

Lope había perdido muchos hijos. Pero morían de corta edad y nunca se había apenado tanto como cuando su querida hija Marcela entró en un convento, o su rebelde hijo Lope Félix se fué a la mar.

Y ahora, en 1633, otra de sus hijas, Feliciano, casaba con Luis de Usátegui, mozo cabal y honrado, con una posición de gran prestigio, pero escasamente remunerada. Luis de Usátegui era "oficial de la Secretaría del Real Consejo de la Provincia del Perú, en el oficio del señor don Fernando Ruiz de Contreras, del Consejo de Su Majestad y su Secretario en el dicho Real Consejo de las Indias". Para guardar las apariencias Lope dió a su hija una dote de quinientos ducados y un magnífico ajuar.

---

De esta suerte, Antonia Clara, su hija menor, su niña mimada, volvióse su único solaz. Ya era un viejo que rondaba los setenta años; ella una jovencita de diecisiete años, encantadora como Doña Marta y tan hermosa como ella. Ufana de su juventud y de su frescura, orgullosa de la gloria de su padre, pasaba largas horas ante su espejo de plata. Quería parecer cansada de la vida, ya madura. Su mayor diversión consistía en embellecerse, dibujando círculos de color bajo sus claros ojos verdes, arreglarse cuidadosamente las cejas, arquearse las pestañas, suavizarse la piel con diversos afeites.

Antonia Clara acompañaba a su padre a los ensayos y a los espectáculos. Gustaba del aplauso y de la lisonja, se mezclaba a menudo con actores y llegó a adquirir la jerga teatral de la farándula. En fin, su afición mundana no era sólo una mera cuestión de palabras... Gustaba también de algún beso furtivo tras una discreta cortina.

Un día, don Enrique Felipe de Guzmán, el hijo bastardo del Conde-Duque



de Olivares, fijó sus expertos ojos sobre ella, y hubo de encontrarla deliciosamente madura para prácticas más avanzadas. Pronto persuadió a Antonia Clara de que su padre era un autor vanidoso y un sacerdote manirroto incapaz de darle los ricos vestidos y finas joyas que ella merecía. Y que él, por su parte, ya que iba en camino de ser el más poderoso personaje de España, estaba presto a sacrificar su vida y su fortuna a la belleza de Antonia Clara.

La cabeza de la doncella desvaneciöse en humos. Se vió ya condesa o duquesa, vestida con magníficos trajes, más radiante en su juventud que las brillantes piedras que adornarían sus manos, sus brazos, su cuello, sus orejas, su cabello...

Y, a los pocos días, fugóse del hogar paterno llevando sus ropas y aderezos, seguida de su fiel doncella.

“De tal palo, tal astilla”—exclamó Lope amargamente. El viejo poeta contrito se hundió en un apenado silencio. Desfiló por su mente su vida donjuanesca. Antonia Clara era hija de dos grandes

---





Lope en 1625 (Grabado de la época)

pecadores, Marta y Lope. La ceguera de Marta, su locura y su muerte, eran el precio de su falta. Y ahora le llegaba su vez. Era un anciano de setenta años, que deambulaba solitario en un huerto devastado. Todos sus grandes amores habían desaparecido; él solo, con su fría gloria. Demasiado peso para su débil cuerpo. La fama se vengaba de él en un desierto jardín...

Las velas colgaban soñolientas de las vergas. El viento habíase ido a descansar en la Isla de Margarita, más allá de Venezuela, entre las palmeras animadas por los colores y sonidos de papagayos y monos. El mar ofrecía un aspecto ominosamente calmo y silencioso. Sólo la puesta del Sol cantaba un espléndido hosanna de brillantes tintas. Y los hombres tendidos en el puente, hablando entre sí, aguardaban que soplara el viento. Durante semanas y semanas habían navegado. Sus barbas estaban impregnadas de sal, y sus almas herrumbradas por el mar.

—Aguarda, Lope, y verás perlas más grandes que avellanas.

Un viejo lobo de mar, camino de sus ochenta años, hablaba, a la caída del Sol, de perlas mayores que avellanas.

—Sí, años atrás, en 1579, muchos años antes de que tú nacieses (yo tenía entonces la mitad de los que tú tienes ahora), le llevamos a nuestro gran Rey Felipe II una inmensa piedra de doscientos cincuenta quilates. Su Majestad nos lo agradeció en persona, y bebimos de su propio vino... Y nos sentíamos felices nosotros, pescadores, bebiendo el vino del Rey. Volvimos, pues, a pescar perlas, pero nunca hemos encontrado otra que valiera más de un ducado. Tal vez ahora tengamos más suerte.

El hijo de Lope de Vega, Lope Félix, escuchaba al viejo marinero. Lope Félix sentía no haberse resuelto mucho antes a darse al mar como marinero. Había luchado con los holandeses y los turcos, había ayudado al Marqués de Santa Cruz—el hijo de don Alvaro de Bazán—en numerosas victorias. Había ascendido

---



de simple marinero a alférez, y estaba a punto de ser nombrado capitán. Pero, en realidad, habría preferido navegar siempre con estos viejos marineros conocedores de los secretos del mar, que guiaban su barco por las estrellas, y cuyo mayor sueño era llevar al monarca una perla grande como una nuez, y beber una copa de vino real.

El resplandor del sol se desvaneció en los blandos matices del crepúsculo. Y las voces de los pescadores se trocaron en suaves murmullos. El viento se había dormido en la Isla Margarita, donde papagayos y chimpancés seguían diciendo cosas extrañas en su peculiar jerigonza.

Y luego, se hizo súbito de noche, como si derramaran tinta negra sobre el cielo. Y con la noche surgió el viento. Las velas se inflaron. Fuertes balanceos. Después, el trueno. Violentos brillos del relámpago. Caía una pesada lluvia torrencialmente, y casi horizontalmente, como un viento líquido. Las olas gigantescas castigaban la embarcación como si fue-

ra una simple cáscara de nuez. Pero los marineros curtidos conocían la furia de las tormentas tropicales. Sonreían escépticamente como maridos que conocen demasiado bien los caprichos de sus astutas mujeres. Volcaban ron en sus gargantas; seguían navegando a través de mares tormentosos; los tripulantes cantaban canciones melodiosas y descaradas.

Lope Félix sintióse confortado. Estos hombres del mar le traspasaban su exuberante alegría. Pensó en su padre, dominador de un país. Cinco comedias distintas, furiosamente aplaudidas en la misma noche por señores y mercaderes, publicanos y poetas, sacerdotes y ramera. Lope de Vega, el monstruo de la naturaleza, el Fénix de los Ingenios, navegaba a través del escollado mar de las pasiones y de las emociones como estos hombres, jugando con tormentas...

Pero la de estos últimos era una embarcación pequeña y débil. "Dejemos que el viento sople con toda su furia, que las olas suban tan altas como gusten; ya veremos quién gana al final de la tormen-

---

ta." Y volvieron otra vez a sus libaciones y a sus cantos. Tres vívidos resplandores en el cielo. Ante la proa, el vigía y el capitán vieron el bajo de un arrecife con los brazos extendidos. Rápidas voces de mando, un golpe de timón, pero fué demasiado tarde. Demasiado tarde porque nada hubiera podido evitar el choque.

Quedaron ahogados como ratas en sus jaulas: ese era su destino. Se hundieron muy hondamente para dormir el sueño eterno en suelos tapizados con perlas de increíbles tamaños, perlas que los Reyes nunca verían.

—No puedo sufrir estas dos cruces— exclamaba Lope débilmente.

Se sentía demasiado decaído para poder soportar ningún otro sufrimiento, tras la fuga de Antonia Clara y la muerte desconocida de Lope Félix: dos cruces, una sobre cada hombro, pesaban sobre él, que apenas podía llevar ya la guirnalda de sus triunfos.

Alonso Pérez, editor y mercader de li-

bros, siempre había puesto de su parte todo lo posible para ayudar a Lope financiera y espiritualmente. Editó e imprimió muchas obras de Lope, y frecuentemente, le prestaba dinero. Pagó ocho ducados para los funerales de Marta. Y ahora don Alonso trataba de alegrar al triste vate. Invitó a Lope a cenar, el seis de agosto de 1635, en el día de la Asunción.

El hijo de Alonso, el joven escritor Juan Pérez de Montalbán, completaba el trío. Los tres hombres comieron en calma. Todos los intentos de suscitar un ambiente de buen humor y alegría eran helados por las sombrías quejas de Lope.

—Hállome tan deprimido... Mi corazón se rompe pedazo a pedazo, y ruego a Dios que acorte mi vida.

—Advertid, Lope, que no debiérais seguir dando vueltas de noria a ese dolor. Aprended a olvidar. Vuesa merced parece bastante fuerte y no me extrañaría que de aquí a veinte años los papeles se hayan trocado y sea vuesa merced quien me esté consolando...

—Dios tenga piedad de mí, Alonso.

---



Los días pasaban, y la vida de Lope era como un poema de austeridad y de santidad. Todas las mañanas, antes de salir el Sol, tras decir misa en su oratorio, regaba las plantas de su jardinillo. Lo hacía con humildad, viendo y adorando a Dios en cada flor, en cada suspiro, y en cada pétalo. Su vista se debilitaba, y servíanle diligentemente la comida, carne todos los días, incluso los viernes. Pero Lope la rehusaba, sin probarla. Y las encaladas paredes de su habitación, salpicadas con sangre día tras día, testimoniaban el rigor con que usaba de la disciplina. Le pesaba el cuerpo tanto como la envoltura con olor a enfermedad de su borrascoso pasado. Ahora sólo pensaba en la purificación de su cuerpo, lavándolo con incienso y plegarias.

Lope sufría desmayos y la fiebre iba consumiéndole; le sangraron tres, cuatro, hasta cinco veces. Cuando el domingo, su amigo, el doctor Negrete, médico de Su Majestad, tomó su pulso y escuchó el extraño extertor de su pecho, pidió los Sacramentos.



“Alivia a los que van a morir, y ayuda a aquéllos que van a sanar...”

—Mi hora está cerca; gracias sean dadas a Dios por su piedad—suspiró Lope con felicidad.

Llegó el Viático y Lope lloró de alegría. Dió su bendición a su hija Felicianna y rogó al Duque de Sessa que fuera su curador durante la minoridad. Se despidió de todos sus amigos, de todos los grandes escritores de Madrid.

—Yo trocaría todos los aplausos con que fuí regalado durante mi carrera teatral por un haber más virtuoso... El único noble propósito de la vida es ser bueno...

Los caballeros, de negro, en la triste habitación, dirigían lacrimosas miradas a su gran Lope de Vega. Y porque eran españoles y conocían todo el misterio de la Ascensión, no se asombraban de ver al monstruo de la naturaleza elevarse del lodo de un pecaminoso pretérito hacia una santidad celestial.

Lope pasó una noche inquieta, perse-

---

guido por las azarosas imaginaciones de su conciencia.

El lunes amaneció más sereno. Su existencia se balanceó peligrosamente de la muerte a la vida en una sostenida agonia. En la tarde, a las cinco y cuarto, besó su crucifijo. Voces amigas invocaron los nombres de Jesús y María, y Lope sonrió, y exaló su último suspiro.

El veintisiete de agosto del año 1635 de Nuestro Señor, murió Fray Lope Félix de Vega Carpio. Había llegado a la edad de setenta y tres años. Había escrito dos mil doscientas obras, que contaban, por lo menos, tres mil versos cada una. Cinco poemas épicos. Muchas églogas, romances, poemas sacros, sonetos, epístolas, poemas burlescos, romances, novelas en prosa, etc., etc. Más de veintidós millones con trescientas mil líneas, alrededor de ciento treinta mil pliegos. Dejó otras tantas líneas sin escribir... R. I. P. Amén.

El funeral fué una muy solemne e impresionante ceremonia. Todo Madrid se encontraba allí llorando a su hijo prodi-

gioso. Y con Madrid, toda España. El Fénix había muerto; los teatros se cerraron, las iglesias celebraron misas de requiem. El cortejo fúnebre se formó en la calle de Francos y se deslizó lentamente por la calle de San Agustín hacia la calle de Cantarranas. Era un rodeo. Pero Sor Marcela había rogado al Duque de Sesa que le permitiera ver el entierro de su padre. Y el negro féretro, cubierto de coronas, pasó, entre lágrimas, frente al convento de las Carmelitas descalzas. Sor Marcela oró y lloró con amargura, y algunas de las monjas sospecharon que era algo más que una "parienta lejana" del difunto. El cortejo siguió la calle de León y la plazuela de Antón Martín, a lo largo de la calle de Atocha, hasta llegar a la iglesia de San Sebastián.

Misa de requiem; altas velas amarillas daban guardia al féretro; había un perfume de cera derretida y de incienso; flores y luto. Fray Francisco de Peralta se irguió ante los amigos reunidos del caballero muerto. Contóles cómo desde la misma infancia este supremo y virtuoso es-

---

píritu que ahora yacía ahí, Lope de Vega, había vivido una existencia ejemplar, guiando, adocrinando, preservando a la naturaleza humana, impidiendo aún el más leve pecado. Algunos miembros de la concurrencia no pudieron evitar que una sonrisa asomase a sus rostros apenados. Pero no protestaron. El Mito había comenzado a tejer una perfecta y hermosa mentira.



F I N





LOPE DE VEGA  
ANTOLOGÍA



## FUENTE OVEJUNA

## ACTO TERCERO

## Escena VII

ESTEBAN, FRONDOSO, JUAN ROJO, MENGOC, BARRILDO y labradores, armados todos; EL COMENDADOR, FLORES, ORTUÑO, CIMBRANOS.

(Sala del Concejo en Fuente Ovejuna.)

ESTEBAN.—¡Ya el tirano y los cómplices mi-  
[ramos.

¡Fuente Ovejuna! Los tiranos mueran.

COMEND.—Pueblo, esperad.

TODOS.— Agravios nunca esperan.

COMEND.—Decídmelos a mí; que iré pagando a fe de caballero, esos errores. [do,

TODOS.—¡Fuente Ovejuna! ¡Viva el rey  
[Fernando!

¡Mueran malos cristianos y traidores!

COMEND.—¿No me queréis oír? Yo estoy

Yo soy vuestro señor. [hablando;

TODOS.—Nuestros señores  
son los Reyes Católicos.

COMEND.— Espera.

TODOS.—¡Fuente Ovejuna! ¡Fernán Gómez  
[muera!

(*Pelean: el COMENDADOR y los suyos van retirándose y los amotinados se entran persiguiéndolos.*)

*Escena VIII*

LAURENCIA, PASCUALA, JACINTA y otras muchas mujeres, armadas. DICHOS, dentro.

LAURENCIA.—Parad en este puerto de espaldas.  
[ranzas.  
soldados atrevidos, no mujeres.

PASCUALA.—¿Los que mujeres son en las ventanillas?  
[ganzas,  
en él beban su sangre, es bien que esperes?

JACINTA.—Su cuerpo recojamos en las lanzas.  
[zas.

PASCUALA.—Todas son de esos mismos pareceres.  
[ceres.

ESTEBAN (*Dentro.*) ¡Muere, traidor Comendador!  
[dador!

COMEND. (*Dentro.*)—Ya muero. ¡Piedad, Señor que en tu clemencia espero!

BARRILDO (*Dentro.*)— Aquí está Flores.

MENGO (*Dentro.*)— Dale a ese bellaco; que ese fué el que me dió dos mil azotes.

FRONDOSO (*Dentro.*)—No me vengo si el alcaide me lo permite.  
[ma no le saco.

LAURENCIA.— No excusamos entrar.

PASCUALA.— No te alborotes.

Bien es guardar la puerta.

BARRILDO (*Dentro.*)— No me aplaco.

¡Con lágrimas agora, marquesotes!

LAURENCIA.—Pascuala, yo entro dentro; que  
[la espada  
no ha de estar tan sujeta ni envainada.  
(*Vase.*)

BARRILDO (*Dentro*).— Aquí está Ortuño.  
FRONDOSO (*Dentro*). Córtale la cara.

.....

### Escena X

EL REY DON FERNANDO, EL MAESTRE DON  
MANRIQUE

DON MANRIQUE.—De modo la prevención  
fué, que el efecto esperado  
llegamos a ver logrado  
con poca contradición.  
Hubo poca resistencia;  
y supuesto que la hubiera,  
sin duda ninguna fuera  
de poca o ninguna esencia.  
Queda el de Cabra ocupado  
en conservación del puesto,  
por si volviere dispuesto  
a él el contrario osado.

REY.—Discreto el acuerdo fué,  
y que asista es conveniente,  
y reformando la gente,  
el paso tomado esté,  
que con eso se asegura  
no podernos hacer mal  
Alfonso, que en Portugal

tomar la fuerza procura.  
 Y el de Cabra es bien que esté  
 en ese sitio asistente,  
 y como tan diligente,  
 muestras de su valor dé;  
 porque con esto asegura  
 el daño que nos recela,  
 y como fiel centinela,  
 el bien del reino procura.

*Escena XI*

FLORES, *herido*. DICHOS

FLORES.—Católico rey Fernando,  
 a quien el cielo concede  
 la corona de Castilla,  
 como a varón excelente;  
 oye la mayor crueldad  
 que se ha visto entre las gentes  
 desde donde nace el sol  
 hasta donde se escurece.

REY.—Repórtate.

FLORES.— Rey, supremo,  
 mis heridas no consienten  
 dilatar el triste caso,  
 por ser mi vida tan breve.  
 De Fuente Ovejuna vengo,  
 donde, con pecho inclemente,  
 los vecinos de la villa  
 a su señor dieron muerte.  
 Muerto Fernán Gómez queda  
 por sus súbditos alevos;



que vasallos indignados  
con leve causa se atreven.  
Con título de tirano,  
que le acumula la plebe,  
a la fuerza desta voz  
el hecho fiero acometen;  
y quebrantando su casa,  
no atendiendo a que se ofrece  
por la fe de caballero  
a que pagará a quien debe,  
no sólo no le escucharon,  
pero con furia impaciente  
rompen el cruzado pecho  
con mil heridas crueles,  
y por las altas ventanas  
le hacen que al suelo vuele,  
adonde en picas y espadas  
le recogen las mujeres.  
Llévale a una casa muerto,  
y a porfia, quien más puede,  
mesa su barba y cabello,  
y apriesa su rostro hieren.  
En efeto fué la furia  
tan grande que en ellos crece,  
que las mayores tajadas  
las orejas a ser vienen.  
Sus armas borran con picas,  
y a voces dicen que quieren  
tus reales armas fijar,  
porque aquellas les ofenden.  
Saqueáronle la casa,  
cual si de enemigos fuese,

---

y gozosos entre todos  
han repartido sus bienes.  
Lo dicho he visto escondido,  
porque mi infelice suerte  
en tal trance no permite  
que mi vida se perdiese;  
y así estuve todo el día  
hasta que la noche viene,  
y salir pude escondido  
para que cuenta te diese.  
Haz, señor, pues eres justo,  
que la justa pena lleve  
de un riguroso caso

los bárbaros delincuentes:  
Mira que su sangre a voces  
pide que tu rigor prueben.

REY.—Estar puedes confiado  
que sin castigo no queden.  
El triste suceso ha sido  
tal, que admirado me tiene,  
y que vaya luego un juez  
que lo averigüe conviene,  
y castigue los culpados  
para ejemplo de las gentes.  
Vaya un capitán con él,  
porque seguridad lleve,  
que tan grande atrevimiento  
castigo ejemplar requiere;  
y curad a ese soldado  
de las heridas que tiene.

(*Vanse.*)

*Plaza en Fuente Ovejuna**Escena XII*

ESTEBAN, FRONDOSO, BARRILDO, MENGO, LAURENCIA, PASCUALA, *labradores y labradoras*

(*Traen la cabeza de FERNÁN GÓMEZ en una lanza.*)

MÚSICOS

(*Cantan.*)

*¡Muchos años vivan  
Isabel y Fernando,  
y mueran los tiranos!*

BARRILDO.—Diga su copla Frondoso.

FRONDOSO.—Ya va mi copla a la fe;

si le faltare algún pie,  
enmiéndelo el más curioso.

“¡Vivan la bella Isabel,  
y Fernando de Aragón,

pues que para en uno son,  
él con ella, ella con él!

A los cielos San Miguel  
lleve a los dos de las manos.

¡Vivan muchos años,  
y mueran los tiranos!”

LAURENCIA.—Diga Barrildo.

BARRILDO.— Ya va;

que a fe que la he pensado.

PASCUALA.—Si la dices con cuidado,  
buena y rebuena será.

BARRILDO.—“Vivan los reyes famosos  
 muchos años, pues que tienen  
 la vitoria, y a ser vienen  
 nuestros dueños venturosos!  
 Salgan siempre vitoriosos  
 de gigantes y de enanos,  
 y ¡mueran los tiranos!”

MÚSICOS

(*Cantan.*)

*¡Muchos años vivan, etc.*

LAURENCIA.—Diga Mengo.

FRONDOSO.—Mengo diga.

MENGO.—Yo soy poeta donado.

PASCUALA.—Mejor dirás lastimado.  
 del envés de la barriga.

MENGO.—“Una mañana en domingo  
 me mandó azotar aquél,  
 de manera que el rabel  
 daba espantoso respingo;  
 pero agora que los pringo,  
 ¡vivan los reyes cristiánigos,  
 y mueran los tiránigos!”

MÚSICA

*¡Vivan muchos años, etc.*

ESTEBAN.—Quitá la cabeza allá.

MENGO.—Cara tiene de ahorcado.

REGIDOR.—Ya las armas han llegado.



*Escena XIII*

JUAN ROJO, *que trae un escudo con las armas reales.* DICHOS

ESTEBAN.—Mostrá las armas acá.

JUAN.—¿Adónde se han de poner?

REGIDOR.—Aquí en el Ayuntamiento.

ESTEBAN.—¡Bravo escudo!

BARRILDO.— ¡Qué contento!

FRONDOSO.—Ya comienza a amanecer,  
con este sol, nuestro día.

ESTEBAN.—¡Vivan Castilla y León  
y las barras de Aragón,  
y muera la tiranía!

Advertid, Fuente Ovejuna,  
a las palabras de un viejo;  
que el admitir su consejo  
no ha dañado vez ninguna.  
Los reyes han de querer  
averiguar este caso,  
y más tan cerca del paso  
jornada que han de hacer.  
concertaos todos a una  
en lo que habéis de decir.

FRONDOSO.—¿Qué es tu consejo?

ESTEBAN.— Morir  
diciendo *Fuente Ovejuna*,  
y a nadie saquen de aquí.

FRONDOSO.—Es el camino derecho.

Fuente Ovejuna lo ha hecho.

ESTEBAN.—¿Queréis responder así?



TODOS.—Sí, sí.

ESTEBAN.— Pues yo quiero ser  
 ahora el pesquisidor,  
 para ensayarnos mejor  
 en lo que habemos de hacer.  
 Sea Mengo el que esté puesto  
 en el tormento.

MENGO.— ¿No hallaste  
 otro más flaco?

ESTEBAN.— ¿Pensaste  
 que era de veras?

MENGO.— Di presto.

ESTEBAN.—¿Quién mató al Comendador?

MENGO.—Fuente Ovejuna lo hizo.

ESTEBAN.—Perro, ¿si te martirizo?

MENGO.—Aunque me matéis, señor.

ESTEBAN.—Confiesa, ladrón.

MENGO.— Confieso.

ESTEBAN.—Pues ¿quién fué?

MENGO.— Fuente Ovejuna.

ESTEBAN.—Dadle otra vuelta.

MENGO.— Es ninguna.

ESTEBAN.—Cagajón para el proceso.

#### *Escena XIV*

#### EL REGIDOR. DICHOS

REGIDOR.—¿Qué hacéis desta suerte aquí?

FRONDOSO.—¿Qué ha sucedido, Cuadrado?

REGIDOR.—Pesquisidor ha llegado.

ESTEBAN.—Echá todos por ahí.

REGIDOR.—Con él viene un capitán.  
ESTEBAN.—Venga el diablo: ya sabéis  
lo que responder tenéis.

REGIDOR.—El pueblo prendiendo van  
sin dejar alma ninguna.

ESTEBAN.—Que no hay que tener temor.  
¿Quién mató al Comendador,  
Mengo?

MENGO.—¿Quién? Fuente Ovejuna.

### *Escena XV*

#### *Habitación del Maestro de Calatrava, en Almagro*

#### EL MAESTRE, UN SOLDADO

MAESTRE.—¡Qué tal caso ha sucedido!  
Infelice fué su suerte.

Estoy por darte la muerte  
por la nueva que has traído.

SOLDADO.—Yo, señor, soy mensajero,  
y enojarte no es mi intento.

MAESTRE.—¡Que a tal tuvo atrevimiento  
un pueblo enojado y fiero!

Iré con quinientos hombres,  
y la villa he de asolar;

en ella no ha de quedar  
ni aun memoria de los nombres.

SOLDADO.—Señor, tu enojo reporta;  
porque ellos al rey se han dado,  
y no tener enojado

al rey es lo que te importa.

MAESTRE.—¿Cómo al rey se pueden dar,  
si de la encomienda son?

SOLDADO.—Con él sobre esa razón  
podrás luego pleitear.

MAESTRE.—Por pleito ¿cuándo salió  
lo que se entregó en sus manos?

Son señores soberanos,

y tal reconozco yo.

Por saber que al rey se han dado,

me reportará mi enojo,

y ver su presencia escojo

por lo más bien acertado;

que puesto que tengo culpa

en casos de gravedad,

en todo mi poca edad

viene a ser quien me disculpa.

Con vergüenza voy; mas es

honor quien puede obligarme,

y importa no descuidarme

en tan honrado interés.

(Vanse.)

.....

*Escena XXIV*

EL MAESTRE, EL REY, LA REINA, EL JUEZ

(Plaza de Fuente Ovejuna)

JUEZ.—A Fuente Ovejuna fui  
de la suerte que has mandado,

y con especial cuidado  
y diligencia asistí.  
Haciendo averiguación  
del cometido delito,  
una hoja no se ha escrito  
que sea en comprobación;  
porque conformes a una,  
con un valeroso pecho,  
en pidiendo quien lo ha hecho,  
responden: "Fuente Ovejuna".  
Trescientos he atormentado  
con no pequeño rigor,  
y te prometo, señor,  
que más que esto no he sacado.  
Hasta niños de diez años  
al potro arrimé, y no ha sido  
posible haberlo inquirido  
ni por halagos ni engaños.  
Y pues tan mal se acomoda  
el poderlo averiguar,  
o los has de perdonar,  
o matar la villa toda.  
Todos vienen ante ti  
para más certificarte:  
dellos podrás informarte.

REY.—Que entren, pues vienen, les di.

*Escena XXV*

ESTEBAN, ALONSO, FRONDOSO, LAURENCIA,  
MENGO, *labradores y labradoras*

LAURENCIA.—¿Aquestos los reyes son?

---



FRONDOSO.—Y en Castilla poderosos.

LAURENCIA.—Por mi fe, que son hermosos:  
¡bendígalos San Antón!

DOÑA ISABEL.—¿Los agresores son éstos?

ESTEBAN.—Fuente Ovejuna, señora,  
que humildes llegan agora  
para serviros dispuestos.

La sobrada tiranía  
y el insufrible rigor  
del muerto Comendador,  
que mil insultos hacía,  
fué el autor de tanto daño.

Las haciendas nos robaba  
y las doncellas forzaba,  
siendo de piedad extraño...

FRONDOSO.—Tanto, que aquesta zagala,  
que el cielo me ha concedido,  
en que tan dichoso he sido,  
que nadie en dicha me iguala,  
cuando conmigo casó,  
aquella noche primera,  
a su casa la llevó;  
y a no saberse guardar  
ella, que en virtud florece,  
ya manifiesto parece  
lo que pudiera pasar

MENGO.—¿No es ya tiempo que hable yo?  
Si me dais licencia, entiendo  
que os admiraréis, sabiendo  
del modo que me trató  
Porque quise defender



una moza de su gente,  
que con término insolente,  
fuerza la querían hacer,  
aquel perverso Nerón,  
de manera me ha tratado,  
que el reverso me ha dejado  
como rueda de salmón.

Tocaron mis atabales  
tres hombres con tal porfía,  
que aun pienso que todavía  
me duran los cardenales.  
Gasté en este mal prolijo,  
porque el cuero se me curta,  
polvos de arrayán y murta,  
más que vale mi cortijo.

ESTEBAN—Señor, tuyos ser queremos,  
rey nuestro eres natural,  
y con título de tal  
ya tus armas puesto habemos.  
Esperamos tu clemencia,  
y que veas esperamos  
que en este caso te damos  
por abono la inocencia.

REY.—Pues no puede averiguarse  
el suceso por escrito,  
aunque fué grave el delito,  
por fuerza ha de perdonarse.  
Y la villa es bien se quede  
en mí, pues de mí se vale,  
hasta ver si acaso sale  
Comendador que la herede.

---

FRONDOSO.—Su Majestad habla, en fin,  
 como quien tanto ha acertado,  
 y aquí, discreto Senado,  
*Fuente Ovejuna da fin.*

FIN

\*\*\*

P E R I B A Ñ E Z    Y    E L  
 C O M E N D A D O R  
 D E    O C A Ñ A



ACTO PRIMERO

*Escena IX*

PERIBAÑEZ, CASILDA

PERIBAÑEZ.—Parece que va mejor.

CASILDA.—Lástima, Pedro, me ha dado.

PERIBAÑEZ.—Por mal agüero he tomado  
 que caiga el Comendador.  
 ¡Mal haya la fiesta, amen,  
 el novillo, y quien le ató!

CASILDA.—No es nada, luego me habló.

Antes lo tengo por bien,  
 porque nos haga favor,  
 si ocasión se nos ofrece.

PERIBAÑEZ.—Casilda, mi amor merece  
 satisfacción de mi amor.

Ya estamos en nuestra casa;  
 su dueño y mio has de ser:  
 ya sabes que la mujer  
 para obedecer se casa;  
 que así se lo dijo Dios  
 en el principio del mundo;  
 que en eso estriba, me fundo,  
 la paz y el bien de los dos.  
 Espero, amores, de tí  
 que has de hacer gloria mi pena.

CASILDA. ¿Qué ha de tener para buena  
 una mujer?

PERIBAÑEZ.— Oye.

CASILDA.— Di.

PERIBAÑEZ.—Amar y honrar su marido  
 es letra deste abece,  
 siendo buena por la B,  
 que es todo el bien que te pido.  
 Harate cuerda la C,  
 la D dulce, y entendida  
 la E, y la F en la vida  
 firme, fuerte y de gran fee.  
 La G grave, y, para honrada,  
 la H, que con la I  
 te hará illustre, si de ti

---

queda mi casa ilustrada.  
Limpia serás por la L,  
y por la M maestra  
de tus hijos, cual lo muestra  
quien de tus vicios se duele.  
La N te enseña un no  
a solicitudes locas;  
que este no, que aprenden pocas,  
está en la N y la O.  
La P te hará pensativa,  
la Q bien quista, la R  
con tal razón, que destierre  
toda locura excesiva.  
Solicita te ha de hacer  
de mi regalo la S,  
la T tal que no pudiese  
hallarse mejor mujer.  
La V te hará verdadera,  
la X buena cristiana,  
letra que en la vida humana  
has de aprender la primera.  
Por la Z has de guardarte  
de ser zelosa; que es cosa  
que nuestra paz amorosa  
puede, Casilda, quitarte.  
Aprende este canto llano;  
que, con aquesta cartilla,  
tú serás flor de la villa,  
y yo el más noble villano.

CASILDA.—Estudiaré, por servirte,  
las letras de ese abece;

pero dime si podré  
 otro, mi Pedro, decirte,  
 si no es acaso licencia.

PERIBAÑEZ.—Antes yo me huelgo. Di;  
 que quiero aprender de tí.

CASILDA.—Pues escucha, y ten paciencia.

La primera letra es A,  
 que altanero no has de ser;  
 por la B no me has de hacer  
 burla para siempre ya.

La C te hará compañero  
 en mis trabajos; la D  
 dadivoso, por la fee  
 con que regalarte espero.

La F de fácil trato,  
 la G galán para mí,  
 la H honesto, y la I  
 sin pensamiento de ingrato.

Por la L liberal,  
 y por la M el mejor  
 marido que tuvo amor,  
 porque es el mayor caudal.

Por la N no serás  
 necio, que es fuerte castigo;  
 por la O solo conmigo  
 todas las horas tendrás.

Por la P me has de hacer obras  
 de padre; porque quererme  
 por la Q, será ponerme  
 en la obligación que cobras.

Por la R regalarme,



y por la S servirme,  
por la T tenerte firme,  
por la V verdad tratarme;  
por la X con abiertos  
brazos imitarla así, (*Abrázale.*)  
y como estamos aquí,  
estemos después de muertos

PERIBAÑEZ.—Yo me ofrezco, prenda mía,  
a saber este abece.

¿Quiéres más?

CASILDA.— Mi bien, no sé  
si me atreva el primer día  
a pedirte un gran favor.

PERIBAÑEZ.—Mi amor se agravia de tí.

CASILDA.—¿Cierto?

PERIBAÑEZ.— Sí.

CASILDA.— Pues oye.

PERIBAÑEZ.— Dí

cuanto es obligar mi amor.

CASILDA.—El día de la Asunción  
se acerca; tengo el deseo  
de ir a Toledo, y creo  
que no es gusto, es devoción  
de ver la imagen también  
del Sagrario, que aquel día  
sale en procesión.

PERIBAÑEZ.— La mía  
es tu voluntad, mi bien.

Tratemos de la partida.

CASILDA.—Ya por la G me pareces  
galán: tus manos mil veces

beso.

PERIBAÑEZ.—A tus primas convida,  
y vaya un famoso carro.

CASILDA.—¿Tanto me quieres honrar?

PERIBAÑEZ.—Allá te pienso comprar...

CASILDA.—Dilo.

PERIBAÑEZ.— Un vestido bizarro.

(*Entre[n]se.*)

## ACTO SEGUNDO

### *Escena XII*

*A la ventana, con un rebozo,* CASILDA.—EL  
COMENDADOR Y LUJAN, *embozados.*

CASILDA.—¿Es hora de madrugar,  
amigos?

COMENDADOR.—Señora mía,  
ya se va acercando el día,  
y es tiempo de ir a segar.  
Demás, que, saliendo vos,  
sale el sol, y es tarde ya.  
Lástima a todos nos da  
de veros sola, por Dios.  
No os quiere bien vuestro esposo,  
pues a Toledo se fué,  
y os deja una noche. A fe  
que si fuera tan dichoso  
el Comendador de Ocaña  
(que sé yo que os quiere bien,  
aunque le mostrais desdén)

y sois con él tan extraña),  
 que no os dejara, aunque el Rey  
 por sus cartas le llamara;  
 que dejar sola esa cara,  
 nunca fué de amantes ley.

CASILDA.—Labrador de lejas tierras,  
 que has venido a nuesa villa,  
 convidado del agosto,  
 ¿quién te dió tanta malicia?  
 ponte tu tosca antipara,  
 del hombro el gabán derriba,  
 la hoz menuda en el cuello,  
 los dediles en la cinta,  
 madruga al salir del alba,  
 mira que te llama el día,  
 ata las manadas secas,  
 sin maltratar las espigas.  
 Cuando salgan las estrellas,  
 a tu descanso camina,  
 y no te metas en cosas  
 de que algún mal se te siga.  
 El Comendador de Ocaña  
 servirá dama de estima,  
 no con sayuelo de grana  
 ni con saya de palmilla.  
 Copete traerá rizado,  
 gorguera de holanda fina,  
 no cofia de Pinos tosca,  
 y toca de argentería.  
 En coche o silla de seda  
 los disantos irá a misa;

no vendrá en carro de estacas  
de los campos a las viñas.  
Dirale en cartas discretas  
requiebros a maravilla,  
no labradores desdenes,  
envuelos en señorías.  
Olerale a guantes de ambar,  
a perfumes y a pastillas;  
no a tomillo ni cantueso,  
poleo y zarzas floridas.  
Y cuando el Comendador  
me amase como a su vida,  
y se diesen virtud y honra  
por amorosas mentiras,  
más quiero yo a Peribáñez  
con su capa la pardilla  
que al Comendador de Ocaña  
con la suya guarnecida.  
Más precio verle venir  
en su yegua la tordilla  
la barba llena de escarcha  
y de nieve la camisa,  
la ballesta atravesada,  
y del arzón de la silla  
dos perdices o conejos,  
y el podenco de trailla,  
que ver al Comendador  
con gorra de seda rica,  
y cubiertos de diamantes  
los brahones y capilla:  
Que más devoción me causa

---



la cruz de piedra en la ermita ,  
 que la roja de Santiago  
 en su bordada ropilla.  
 Vete pues, el segador,  
 mala fuese la tu dicha;  
 que, si Peribáñez viene,  
 no verás la luz del día.

COMENDADOR.—Quedo, señora... ¡Señora...!

Casilda, amores, Casilda.  
 Yo soy el Comendador;  
 abridme, por vuestra vida.  
 Mirad que tengo que daros  
 dos sartas de perlas finas  
 y una cadena esmaltada  
 de más peso que la mía.

CASILDA.—Segadores de mi casa,  
 no durmáis, que con su risa  
 os está llamando el alba.  
 Ea, relinchos y grita;  
 que al que a la tarde viniere  
 con más manadas cogidas,  
 le mando el sombrero grande  
 con que va Pedro a las viñas.

*(Quítase de la ventana.)*

MENDO.—Llorente, muesa ama llama.

LUJAN. (*Ap. a su amo.*)—Huye, señor, huye  
 [aprisa;

que te ha a ver esta gente.

COMENDADOR (*Ap.*)—¡Ah cruel sierpe de Li-  
 [bia!

Pues aunque gaste mi hacienda,



mi honor, mi sangre y mi vida,  
 he de rendir tus desdenes,  
 tengo de vencer tus iras.  
 (*Va[n]se el Comendador, Lujan y Leonardo.*)

*Escena XXI*

MENDO, BARTOLO, LLORENTE Y OTROS SEGAD-  
 DORES (*Dentro*).—PERIBAÑEZ

MENDO (*Dentro*).—Date más priesa, Bartol;  
 mira que la noche baja  
 y se va a poner el sol.

BARTOLO (*Dentro*).—Bien cena quien bien  
 [trabaja,  
 dice el refrán español.

UN SEGADOR (*Dentro*).—Échote una pulla,  
 [Andrés:  
 que te bebas media azumbre.

OTRO SEGADOR (*Dentro*).—Echame otras dos,  
 [Ginés.

PERIBAÑEZ.—Todo me da pesadumbre,  
 todo mi desdicha es.

MENDO (*Dentro*).—Canta, Llorente, el cantar  
 de la mujer de muesamo

PERIBAÑEZ.—¿Qué tengo más que esperar?  
 La vida, cielos, desamo.  
 ¿Quién me la quiere quitar?

(*Canta un segador:*)

*La mujer de Peribañez  
 hermosa, es a maravilla;  
 el Comendador de Ocaña*

*de amores la requería.*

*La mujer es virtuosa*

*cuanto hermosa y cuanto linda;*

*mientras Pedro está en Toledo*

*desta suerte respondía:*

*“Más quiero yo a Peribañez*

*con su capa la pardilla,*

*que no a vos, Comendador,*

*con la vuesa guarnecida.”*

PERIBAÑEZ.—Notable aliento he cobrado

con oír esta canción,

porque lo que este ha cantado

las mismas verdades son

que en mi ausencia habrán pasado.

¡Oh, cuanto le debe al cielo

quien tiene buena mujer!—

Que el jornal dejan recelo.

Aquí me quiero esconder.

¡Ojala se abriera el suelo!

Que, aunque en gran satisfacción,

Casilda, de tí me pones,

pena tengo con razón,

porque honor que anda en canciones,

tiene dudosa opinión. (*Entrase.*)

\* \* \*

## EL CABALLERO DE OLMEDO



## ACTO TERCERO

*Varias escenas*

*(Campo con árboles al lado de un camino.)*

DON RODRIGO, DON FERNANDO, MENDO, CRIADOS armados.

D. RODR.—Hoy tendrán fin mis celos y su  
[vida.

D. FERN.—Finalmente, ¿venís determinado?

D. RODR.—No habrá consejo que su muerte  
[impida,

después que la palabra me han quebrado.  
Ya se entendió la devoción fingida,  
ya supe que era Tello, su criado,  
quien la enseñaba aquel latín, que ha sido  
en cartas de romance traducido.

¡Qué honrada dueña recibió en su casa  
don Pedro en Fabia! ¡Oh mísera doncella!  
disculpo tu inocencia, si te abrasa  
fuego infernal de los hechizos della.

No sabe, aunque es discreta, lo que pasa,  
y así el honor de entrambos atropella.

¡Cuántas casas de nobles caballeros

han infamado hechizos y terceros!

Fabia, que puede trasponer un monte;  
Fabia, que puede detener un río,  
y en los negros ministros de Aqueronte  
tiene, como en vasallos, señorío;  
Fabia, que deste mar, deste horizonte  
al abrasado clima, al norte frío  
puede llevar un hombre por el aire,  
le da liciones: ¿hay mayor donaire?

D. FERN.—Por la misma razón yo no tratara  
de más venganza

D. RODR.— ¡Vive Dios, Fernando,  
que fuera de los dos bajeza clara!

D. FERN.—No la hay mayor que despreciar  
[amando.

D. RODR.—Si vos podéis, yo no.

MENDO.— Señor, repara  
en que vienen los ecos avisando  
de que a caballo alguna gente viene.

D. RODR.—Si viene acompañado, miedo tie-  
[ne.

D. FERN.—No lo creas; que es mozo temera-  
[rio.

D. RODR.—Todo hombre con silencio esté es-  
[condido.

Tú, Mendo, el arcabuz, si es necesario,  
tendrás detrás de un árbol prevenido.

D. FERN.—¡Qué inconstante es el bien, qué  
[loco y vario!

Hoy a vista de un rey salió lucido,  
admirado de todos a la plaza,



¡y ya tan fiera muerte le amenaza!

(*Escóndense.*)

D. ALONSO.—Lo que jamás he tenido,  
que es algún recelo o miedo,  
llevo caminando a Olmedo.—  
Pero tristezas han sido.  
Del agua el manso ruido  
y el ligero movimiento  
destas ramas con el viento  
mi tristeza aumentan más.  
Yo camino, y vuelve atrás  
mi confuso pensamiento.

De mis padres el amor  
y la obediencia me lleva,  
aunque esta es pequeña prueba  
del alma de mi valor.

Conozco que fué rigor  
el dejar tan presto a Inés...

—¡Qué oscuridad! Todo es  
horror, hasta que el aurora  
en las alfombras de Flora  
ponga los dorados pies.

Allí cantan. ¿Quién será?

Más será algún labrador  
que camina a su labor.

Lejos parece que está;  
pero acercando se va.

Pues ¡cómo! Lleva instrumento.

Y no es rústico el acento,  
sino sonoro y süave.

¡Qué mal la música sabe,



si está triste el pensamiento!

UNA VOZ. (*Dentro.*) (*Canta desde lejos y viene acercándose.*)

*Que de noche le mataron  
al caballero,  
la gala de Medina,  
la flor de Olmedo.*

D. ALONSO.—¡Cielos! ¿Qué estoy escuchan-  
[do?

Si es que avisos vuestros son,  
ya que estoy en la ocasión,  
¿de qué me estáis informando?

Volver atrás, ¿cómo puedo?

Invención de Fabia es  
que quiere, a ruego de Inés,  
hacer que no vaya a Olmedo.

LA VOZ. (*Dentro.*)—*Sombras le avisaron  
que no saliese,  
y le aconsejaron  
que no se fuese  
el caballero.*

*La gala de Medina,  
la flor de Olmedo.*

UN LABRADOR. DON ALONSO.

D. ALONSO.—¡Hola, buen hombre, el que  
[canta!

LABRADOR.—¿Quién me llama?

D. ALONSO.— Un hombre soy,  
que va perdido.

LABRADOR.— Ya voy.

Veisme aquí.

D. ALONSO.—(Ap. Todo me espanta.)  
¿Dónde vas?

LABRADOR.— A mi labor.

D. ALONSO.—¿Quién esa canción te ha dado,  
que tristemente has cantado?

LABRADOR.—Allá en Medina, señor.

D. ALONSO.—A mí me suelen llamar  
el caballero de Olmedo,  
y yo estoy vivo.

LABRADOR.— No puedo  
deciros deste cantar

más historia ni ocasión,  
de que a una Fabia la oí.

Si os importa, yo cumplí  
con deciros la canción.

Volved atrás; no paséis  
deste arroyo.

D. ALONSO.— En mi nobleza.  
fuera ese temor bajeza.

LABRADOR.— Muy necio valor tenéis.  
Volved, volved a Medina.

D. ALONSO.—Ven tú conmigo.

LABRADOR.— No puedo. (Vase.)

D. ALONSO.—¿Qué de sombras finge el mie-  
[do!

¡Qué de engaños imagina!

Oye, escucha. ¿Dónde fué,  
que apenas sus pasos siento?

¡Ah, labrador! Oye, aguarda.

*Aguarda*, responde el eco.

¡Muerto yo! Pero es canción  
que por algún hombre hicieron  
de Olmedo, y los de Medina  
en este camino han muerto.

A la mitad dél estoy:

¿Qué han de decir si me vuelvo?

Gente viene... No me pesa.

Si allá van, iré con ellos.

DON RODRIGO, DON FERNANDO, MENDO, CRIA-  
DOS. DON ALONSO.

D. RODR.—¿Quién va?\*

D. ALONSO.— Un hombre. ¿No me ven?

D. FERN.—Deténgase.

D. ALONSO.— Caballeros,

si acaso necesidad

los fuerza a pasos como éstos,

desde aquí a mi casa hay poco:

no habré menester dineros;

que de día y en la calle

se los doy a cuantos veo

que me hacen honra en pedirlos.

D. RODR.—Quítese las armas luego.

D. ALONSO.—¿Para qué?

D. RODR.— Para rendillas.

D. ALONSO.—¿Saben quién soy?

D. FERN.— El de Olmedo.

el matador de los toros,

que viene arrogante y necio

a afrentar los de Medina,  
el que deshonra a don Pedro  
con alcahuetes infames.

D. ALONSO.—Si fuérades a lo menos  
nobles vosotros, allá,  
pues tuvistes tanto tiempo,  
me hablarades, y no agora,  
que solo a mi casa vuelvo.  
Allá en las rejas adonde  
dejastes la capa huyendo,  
fuera bien, y no en cuadrilla  
a media noche soberbios.  
Pero confieso, villanos  
(que esta estimación os debo),  
que aun siendo tantos, sois pocos.

(*Riñen.*)

D. RODR.—Yo vengo a matar, no vengo  
a desafíos; que entonces  
te matara cuerpo a cuerpo. (*A Mendo.*)  
Tírale. (*Dispara Mendo.*)

D. ALONSO.—Traidores sois;  
pero sin armas de fuego  
no pudiérades matarme.  
¡Jesús! (*Cae.*)

D. FERN.—Bien lo has hecho, Mendo.

(*Vanse DON RODRIGO, DON FERNANDO y su gente.*)

D. ALONSO.—¡Qué poco crédito dí  
a los avisos del cielo!

---



valor propio me há engañado,  
 y muerto envidias y celos.  
 ¡Ay de mí! ¿Qué haré en un campo  
 tan solo?

\* \* \*

ROMANCES A BELISA



I

¡Oh dura y terrible ausencia,  
 prolija, enfadosa y larga,  
 robadora de mis bienes  
 y de mis males la causa!  
 Por ti viven mis cuidados  
 por ti muere mi esperanza,  
 por ti crecen los deseos  
 y mengua la confianza.  
 Ausente está mi pastora,  
 pero si ausente me amara,  
 dichosos son mis deseos,  
 dichosas llamas mis ansias.  
 Belisa, señora mía,  
 regalo y bien de mi alma,  
 si sientes lo que yo siento,  
 ¿qué sufrimiento te basta?  
 Que si el amor que me tienes



con el que te tengo iguala,  
¿cómo se dilata el tiempo?  
¿cómo tu venida tarda?  
que el plazo que señalaste  
para verme en mi cabaña  
ya se acercó y no veniste;  
ya mi paciencia se acaba.  
¿Quién puede tanto en mis penas?  
¿Quién mis glorias desbarata  
y no pensando ofenderme  
me ofende, lastima y mata?  
Y no conozco alegría;  
mil siglos ha que me falta:  
de noche cuento las horas,  
y las del día me cansan.  
Todo me es tiniebla oscura  
sin ti, que eres mi luz clara.  
Si piensas que era fingido  
el amor que te mostraba  
y que engañada vivías,  
vives en ello engañada,  
y si quieres hacer prueba  
de mis sinceras entrañas,  
y ver mis horas cumplidas,  
ven a cumplir tu palabra.

## II

—Amada pastora mía,  
tus descuidos me maltratan,  
tus desdenes me fatigan,

---

tus sinrazones me matan.  
A la noche me aborreces  
y quiéresme a la mañana,  
ya te ofendo a medio día,  
ya por las tardes me llamas;  
ahora dices que quieres,  
y luego que te burlabas;  
ya ríes mis tibias obras,  
ya lloras por mis palabras.  
Cuando te dan pena celos  
estás más contenta y cantas,  
y cuando estoy más seguro  
parece que te desgracias.  
A mi amigo me maldices  
y a mi enemigo me alabas;  
si no te veo, me buscas,  
y si te busco te enfadas.  
Partíme una vez de ti,  
lloraste mi ausencia larga  
y ahora que estoy contigo  
con la tuya me amenazas.  
Sin mar ni montes en medio,  
sin peligro ni sin guardas;  
mar, montes y guardas tienes  
con una palabra airada.  
Las paredes de tu choza  
me parecen de montaña,  
un mar en llegar a vellas  
y mil [guardas] tus desgracias.  
Como tienes en un punto  
el amor y la mudanza,

pero bien le pinta niño,  
poca vista y muchas alas.  
Si Filis te ha dado celos,  
el tiempo te desengaña,  
que como ella quiere a uno  
pudo por otra dejalla  
Si el aldea lo murmura,  
siempre la gente se engaña  
y es mejor que tu me quieras  
aunque ella tenga la fama.  
Con esto me pones miedo  
y me celas y amenazas.  
Si lloras ¿cómo aborreces?  
y si burlas ¿cómo amas?—  
Esto Belardo decía  
hablando con una carta  
sentado al pie de un olivo  
que el dorado Tajo baña.

### III

Llenos de lágrimas tristes  
tiene Belardo los ojos  
porque le muestra Belisa  
graves los suyos hermosos.  
Celos mortales han sido  
la causa injusta de todo,  
y porque lo aprenda dice  
con lágrimas y sollozos:  
El cielo me condene a eterno lloro  
si no aborrezco a Filis y te adoro.

---

Mal haya el fingido amado,  
 lisonjero y mentiroso  
 que juzgó mi voluntad  
 por la voz del vulgo loco,  
 y a mí, necio, que dejé  
 por el viejo lodo el oro  
 y por lo que es propio mío  
 lo que siempre fué de todos.  
 El cielo...

Mis enemigos me venzan  
 en pleitos más peligrosos  
 y mi amigo más querido  
 me levante testimonio,  
 jure falso contra mí,  
 y el juez más riguroso  
 de mis enemigos sea  
 del lado parcial devoto.  
 El cielo...

Y jamás [d]el claro Tajo  
 vuelva a ver la orilla y soto  
 ni a ver enramar sus vides  
 por los brazos de los olmos;  
 enviuden las tortolillas  
 viendo que gozas a otro;  
 jamás tenga paz contigo  
 y siempre guerra con todos.  
 El cielo...

Cubra el cielo castellano  
 los más encumbrados sotos  
 porque el ganado no pazca  
 y muerto lo coma el lobo,

Llévese el viento mi choza,  
el agua falte a mis pozos,  
el fuego abraze mi parva,  
la tierra me trag[u]e solo.  
El cielo...

## IV

De pechos sobre una torre  
que la mar combate y cerca  
mirando las fuertes naves  
que se van a Ingalaterra,  
las aguas crece Belisa  
llorando lágrimas tiernas,  
diciendo con voces tristes  
al que se aparta y la deja:  
“Vete, cruel, que bien me queda  
en quien vengarme de tu agravio pueda.”

No quedo con solo el hierro  
de tu espada y de mi afrenta,  
que me queda en las entrañas  
retrato del mismo Eneas  
y aunque inocente, culpado,  
si los pecados se heredan;  
mataréme por matarle  
y moriré porque muera.  
“Vete, cruel, que bien me queda  
en quien vengarme de tu agravio pueda.”

Mas quiero mudar de intento  
y aguardar que salga fuera  
por si en algo te parece

---



matar a quien te parezca.  
 Mas no le quiero aguardar,  
 que será víbora fiera,  
 que rompiendo mis entrañas,  
 saldrá dejándome muerta.  
 “Vete, cruel, que bien me queda  
 en quien vengarme de tu agravio pueda.”

Así se queja Belisa  
 cuando la priesa se llega;  
 hacen señal a las naves  
 y todas alzan las velas.  
 “Aguarda, aguarda, le dice,  
 fugitivo esposo, espera...  
 Mas ¡ay! que en balde te llamo  
 ¡plega a Dios que nunca vuelvas!  
 Vete, cruel, que bien me queda  
 en quien vengarme de tu agravio pueda.”

V

Cuando las secas encinas,  
 álamos y robles altos,  
 los secos ramillos visten  
 de verdes hojas y ramos  
 y las fructíferas plantas  
 con mil pimpollos preñados  
 brotando fragantes flores  
 hacen de lo verde blanco,  
 para pagar el tributo  
 al bajo suelo, ordinario  
 natural de la influencia

qu'el cielo les da cada año,  
y secas las yerbezuelas  
de los secretos contrarios  
por naturales efectos  
al ser primero tornando,  
de cuyos verdes renuevos  
hacen mil colores varios  
de miles distintas flores  
que esmaltan los verdes prados,  
de lechales cabritillos  
y los corderos balando  
corren a los alcaceles  
ya comiendo, ya jugando,  
cuando el pastor Albano suspirando  
con lágrimas así dice llorando:  
"Todo se alegra, mi Belisa, ahora,  
solo tu Albano se entristece y llora."

Los romeros y tomillos,  
de cuyos floridos ramos  
las fecundas abejas  
sacan licor dulce y claro,  
y con la mucha abundancia,  
su sabor melificando  
inchen el panal nativo  
de poleo tierno y blanco,  
de cuyos preñados huevos  
los hijuelos palpitando  
salen, por gracia divina,  
a poblar ajenos vasos;  
las laboriosas hormigas  
de sus provistos palacios

---

seguras salen a ver  
 el tiempo sereno y claro  
 y los demás animales,  
 aves, peces, yerba o campo  
 desechando la tristeza  
 todos se alegran ufanos  
 previniste, tiempo alegre,  
 mas triste el pastor Albano,  
 a su querida Belisa  
 dice, el sepulcro mirando:  
 "Cuando el pastor Albano..." etc.

Belisa, señora mía,  
 hoy se cumple justo un año  
 que de tu temprana muerte  
 gusté aquel potaje amargo.  
 Un año te serví enferma,  
 ¡ojalá fueran mil años,  
 que así enferma te quisiera,  
 continúo aguardando el pago!  
 Sólo yo te acompañé  
 cuando todos te dejaron,  
 porque te quise en la vida  
 y muerta te adoro y amo;  
 y sabe el cielo piadoso  
 a quien fiel testigo hago,  
 si te querrá también muerta  
 quien viva te quiso tanto.  
 Dejásteme en tu cabaña  
 por guarda de tu rebaño,  
 con aquella dulce prenda  
 que me dejaste del parto,

que por ser hechura tuya  
me consolaba algún tanto  
cuando en su divino rostro  
contemplaba tu retrato;  
pero duróme tan poco  
qu'el cielo por mis pecados,  
quiso que también siguiese  
muerta tus divinos pasos.  
“Cuando el pastor Albano...” etc.

\* \* \*

## SERRANAS

### I

—Reverencia os hago,  
linda vizcaína,  
que no hay en Vitoria  
doncella más linda.  
Llevaisla del alma  
que esos ojos mira  
y esas blancas tocas  
son prisiones ricas.  
Más preciara haceros  
mi querida amiga  
que vencer los moros  
que a Navarra lindan.  
—Id con Dios, el conde,  
mirad que soy niña,  
y he miedo a los hombres

---

que andan en la villa.  
 Si me ve mi madre,  
 a fe que me riña.  
 Yo no trato en almas,  
 si no en almohadillas.  
 —Dadme vuestra mano;  
 vámonos, mi vida,  
 a la mar, que tengo  
 cuatro naves mías.  
 —¡Ay Dios, que me fuerzan!  
 ¡Ay Dios, que me obligan!—  
 Tómala en los brazos  
 y a la mar camina.

## II

A caza va el caballero  
 por los montes de París,  
 la rienda en la mano izquierda  
 y en la derecha el neblí.  
 Pensando va en su señora  
 que no la ha visto al partir,  
 porque como era casada  
 estaba su esposo allí.  
 Como va pensando en ella,  
 olvidado se ha de sí;  
 los perros siguen las sendas  
 entre hayas y peñas mil.  
 El caballo va a su gusto  
 que no le quiere regir.  
 Cuando vuelve el caballero  
 hallóse de un monte al fin;



volvió la cabeza al valle  
y vió a una dama venir,  
en el vestido serrana  
y en el rostro serafín.

—

—Por el montecico sola  
¿cómo iré?

¡Ay Dios, si me perderé!  
¿Cómo iré triste, cuitada,  
de aquel ingrato dejada?  
Sola, triste, enamorada,  
¿dónde iré?

¡Ay Dios, si me perderé!  
—¿Dónde vais, serrana bella,  
por este verde pinar?  
Si soy hombre y voy perdido  
mayor peligro lleváis.

—Aquí cerca, caballero,  
me ha dejado mi galán  
por ir a matar un oso  
que ese valle abajo está.

—¡Oh, mal haya el caballero  
en el monte Allubricán,  
que a solas deja su dama  
por matar un animal!  
Si os place, señora mía,  
volved conmigo al lugar,  
y porque llueve, podréis  
cubriros con mi gabán.—  
Perdido se han en el monte  
con la mucha obscuridad;

al pie de una parda peña  
el alba aguardando están;  
la ocasión y la ventura  
siempre quieren soledad.

III

Salteáronme los ojos  
de la mozuela;  
diles más que pedían,  
¿de qué se quejan?  
Erase la niña  
libre de las penas  
que el amor me causa  
porque vine a verla.  
Era yo arrogante,  
burlé de sus flechas,  
pero destas burlas  
vine a tantas veras.  
Vi los bellos ojos  
de la mozuela;  
diles más que pedían,  
¿de qué se quejan?

\* \* \*

CANCIONES DE  
SAN JUAN Y OTRAS LETRAS

I

*Músicos*

La mañana de San Juan, mozas,  
vámonos a coger rosas.

*Uno solo*

Pues que tan clara amanece...

*Todos*

Vamos a coger rosas.

*Uno*

Y todo el campo florece...

*Todos*

Vamos a coger rosas

*Uno*

Aquí hay verbena olorosa.

*Todos*

Vamos a coger rosas,  
la mañana de San Juan, mozas,  
vamos a coger rosas.

*Uno*

A donde cantan las aves...

*Todos*

Vamos a coger rosas.

*Uno*

Y corren fuentes suaves...

*Todos*

Vamos a coger rosas.

*Uno*

Aquí convida la sombra.

*Todos*

Vamos a coger rosas,  
la mañana de San Juan, mozas,  
vamos a coger rosas.

II

Ibase la niña  
noche de San Juan

---

a coger los aires  
 al fresco del mar.  
 Miraba los remos  
 que remando van  
 cubiertos de flores,  
 flores de azahar.  
 Salió un caballero  
 por el arenal,  
 dijérale amores  
 cortés y galán.  
 Respondió la esquiva,  
 quisola abrazar,  
 con temor que tiene  
 huyendo se va.  
 Salióle al camino  
 otro por burlar,  
 las hermosas manos  
 le quiere tomar.  
 Entre estos desvíos  
 perdido se han  
 sus ricos zarcillos;  
 vanlos a buscar.  
 “¡Dejadme llorar  
 orillas del mar!”  
 “¡Por aquí, por allí los ví,  
 por aquí deben de estar!”  
 Lloraba la niña,  
 no los puede hallar,  
 danse para ellos,  
 quiérenla engañar.  
 “¡Dejadme llorar

orillas del mar!"

"¡Por aquí, por allí los ví,  
por aquí deben de estar!"

"Tomad niña el oro

y no lloréis más,

que todas las niñas

nacen en tomar,

que las que no toman

después llorarán

el no haber tomado

en su verde edad."

\* \* \*

### SEGUIDILLAS

#### DE LA NOCHE DE SAN JUAN

Salen de Valencia

noche de San Juan

mil coches de damas

al fresco del mar.

¡Cómo retumban los remos,

madre, en el agua,

con el fresco viento

de la mañana!

Despertad, señora mía,

despertad,

porque viene el alba

del señor San Juan.

Vamos a la playa

noche de San Juan

que alegra la tierra

y retumba el mar.

En la playa hagamos



fleestas de mil modos,  
coronados todos  
de verbena y ramos.  
A su arena vamos,  
noche de San Juan,  
que alegra la tierra  
y retumba el mar.

\* \* \*

[VILLANCICO RELIGIOSO]

[*Coro*]

¿Quién tendrá alegría  
sin la blanca niña?

*Una voz*

¿Quién podrá alegrarse  
si tan lejos deja  
aquella alba clara  
que la tierra alegra  
en casa desierta  
del bien que tenía?

[*Coro*]

¿Quién tendrá alegría  
sin la blanca niña?

\* \* \*

LETRAS SACRAS

I

A la clavelina,  
a la perla fina,  
a la aurora santa,  
que el sol se levanta.  
Clavelina hermosa,  
perla de los cielos,

rocío divino,  
soberano Verbo;  
gusto que las nubes  
a la tierra dieron  
sobre el vellocino

más puro que el cielo.  
Vuestra Madre Aurora,  
día tan sereno  
a la tierra ha dado  
que os está diciendo,  
puesto que en el hielo  
de noche tan fría  
a la clevelandina,  
a la perla fría,  
a la aurora santa,  
que el sol se levanta.

Reina de los cielos,  
Divina señora,  
a fe que habéis dado  
al mundo limosna,  
que andaba gitano  
fuera de la gloria  
con esa moneda,  
pues que vale sola  
cuanto vale Dios.

Mirad si atesora  
la ventura toda  
que la tierra aguarda;  
a la aurora santa  
que el sol se levanta;  
a la clavelina.

---

S O N E T O S



RIMAS HUMANAS

Versos de amor, conceptos esparcidos  
engendrados del alma en mis cuidados,  
partos de mis sentidos abrasados,  
con más dolor que libertad nacidos;

expósitos al mundo en que perdidos  
tan rotos anduvistes y trocados,  
que sólo donde fuistes engendrados  
fuérades por la sangre conocidos.

Pues que le hurtáis el laberinto a Creta,  
a Dédalo los altos pensamientos,  
la furia al mar, las llamas al abismo,

si aquel aspid hermoso no os aceta,  
dejad la tierra, entretened los vientos,  
descansaréis en vuestro centro mismo.

## A LA NOCHE

Noche, fabricadora de embelecos,  
loca, imaginativa, quimerista,  
que muestras al que en ti su bien conquista  
los montes llanos y los mares secos;

habitadora de celebros huecos,  
mecánica filósofa, alquimista,  
encubridora vil, lince sin vista,  
espantadiza de tus mismos ecos:

la sombra, el miedo, el mal se te atribuya,  
solicita, poeta, enferma, fría,  
manos del bravo y pies del fugitivo.

Que vele o duerma, media vida es tuya:  
si velo, te lo pago con el día,  
y si duermo no siento lo que vivo.

---

RIMAS SACRAS

(1614)

Cuando me paro a contemplar mi estado  
y a ver los pasos por donde he venido,  
me espanto de que un hombre tan perdido  
a conocer su error haya llegado.

Cuando miro los años que he pasado  
la divina razón puesta en olvido,  
conozco qué piedad del cielo ha sido  
no haberme en tanto mal precipitado.

Entré por laberinto tan extraño  
fiando al débil hilo de la vida  
el tarde conocido desengaño,

más de tu luz mi escuridad vencida,  
el monstruo muerto de mi ciego engaño  
vuelve a la patria, la razón perdida.



## LA CIRCE

Amor con tan honesto pensamiento  
arde en mi pecho y con tan dulce pena,  
que haciendo grave honor de la cadena  
para cantarme sirve de instrumento.

No al fuego humano, al celestial atento  
en alabanza de Amarilis suena  
con esta voz que el curso al agua enfrena,  
mueve la selva y enamora al viento.

La luz primera del primero día  
luego que el sol nació, toda la encierra,  
círculo ardiente de su lumbre pura,

y así también cuando tu sol nacía  
todas las hermosuras de la tierra  
remitieron su luz a tu hermosura,

---

A UNA DAMA QUE LLAMANDO A SU PUERTA  
LE DIJO DESDE LA VENTANA:  
“DIOS LE PROVEA”.

Señora, aunque soy pobre, no venía  
a pedir os limosna; que buscaba  
un cierto licenciado que posaba  
en estas casas cuando Dios quería.

Extraña siempre fué la estrella mía;  
que a un pobre parecí desde la aldaba,  
pues ya que la ventana os obligaba,  
trujistes desde allá la fantasía.

No porque culpa vuestro engaño sea,  
que a tal “Dios le provea” no replican  
mis hábitos, que son de ataracea.

No mis letras, mis penas significan;  
pero ¿cómo queréis que me provea,  
si tales como vos se lo suplican?

## LOS ESCLAVOS LIBRES

(1599-1603)

Gózase el labrador en buenos años  
y el navegante al fin de su camino,  
descansando en su patria el peregrino  
y el pobre humilde en reparar sus daños.

El que escribe de propios o de extraños  
los famosos sucesos, cuando vino  
a coronarse del laurel divino  
adonde llora Dafne sus engaños.

Pero ni el labrador, ni el que navega,  
el peregrino, el pobre entre mil bienes,  
ni el escritor cuando merece fama,

se igualan al amante, cuando llega  
después de conquistar dos mil desdenes,  
a merecer los brazos de su dama,

---

ACONSEJA

A UN AMIGO COMO CORTESANO VIEJO

Don Juan, no se le dar a un hombre nada de cuanto va y viene, es cuerdo efeto; que toda la quietud del que es discreto en solo este aforismo está fundada.

¿Qué gobierno, qué ejército, qué armada corre por vuestra cuenta? Lo perfeto es el descuido y el tener secreto cuanto da pesadumbre y cuanto enfada.

Nunca os halléis en juntas ni en corrillos, que es cuerdo de las bestias el rodeo, ni en estas ruedas de amolar cuchillos.

Haced de la virtud secreto empleo: que yo en mi pobre hogar, con dos librillos, ni murmuro, ni temo, ni deseo.

## LA NIÑA DE PLATA

Un soneto me manda hacer Violante,  
que en mi vida me he visto en tanto aprieto;  
catorce versos dicen, que es soneto,  
burla burlando van los tres delante.

Yo pensé que no hallara consonante  
y estoy a la mitad de otro cuarteto,  
mas si me veo en el primer terceto,  
no hay cosa en los cuartetos que me espante.

Por el primer terceto voy entrando,  
y parece que entré con pie derecho  
pues fin con este verso le voy dando.

Ya estoy en el segundo y aun sospecho  
que voy los trece versos acabando;  
contad si son catorce y está hecho.



## LA MOZA DEL CANTARO

(1631-1632)

Una moza de cántaro y del río,  
más limpia que la plata que en él lleva,  
recién herrada de chinela nueva,  
honor del devantal, reina del brío,  
con manos de marfil, con señorío  
que no hay tan gran señor que se le atreva,  
pues donde lava dice amor que nieva,  
es alma ilustre al pensamiento mío.

Por estrella, por fe, por accidente,  
viéndola henchir el cántaro, en despojos  
rendí la vida al brazo transparente.

Y envidiosos del agua mis enojos  
dije: ¿Por qué la coges de la fuente,  
si la tienes, más cerca, de mis ojos?

## AMAR SIN SABER A QUIEN

(1616-1623)

Hoy el airado mar blancas arenas  
escupe a los diamantes celestiales  
y mañana a la tierra en sus umbrales  
conduce naves y derriba antenas.

Las altas sierras que, hoy de nieve, apenas  
de las desnudas peñas dan señales,  
mañana de jacintos orientales  
bordan las capas, de esmeraldas llenas.

Esto, Lisena, tu rigor resiste,  
pues todo está sujeto a la mudanza  
cuanto en humano ser frágil consiste;  
que lo que es hoy mortal desconfianza  
y en desesperación el pecho viste,  
puede vestir mañana la esperanza.

---

EL CUERDO LOCO

(1602)

¿Cuándo verán mis tristes pensamientos  
sereno el sol algún alegre día?

¿Cuando desta prisión oscura y fría  
saldrán mis alas a romper los vientos?

¿Cuando mis ojos a tu cielo atentos  
verán la luz que espera el alma mía?

¿Cuándo este mar que contrastar porfía  
mi nave amansará sus movientos?

¿Cuándo podrán mis tristes ojos verte,  
¡oh luz del alma en tanto bien perdida!  
siendo la estrella que mi norte encierra?

Yo pienso qué será cuando la muerte,  
rotas las velas de mi triste vida,  
la nave esconda en siete pies de tierra.

## EL VILLANO EN SU RINCÓN

La vida humana, Sócrates decía,  
cuando estaba en negocios ocupada,  
que era un arroyo en tempestad airada,  
que turbio y momentáneo discurría;

y que la vida del que en paz vivía  
era como una fuente sosegada  
que sonora, apacible y adornada  
de varias flores, sin cesar corría.

¡Oh, vida de los hombres diferente  
cuya felicidad estima el bueno  
cuando la libertad del alma siente!

Negocios a la vista son veneno.  
¡Dichoso aquel que vive como fuente  
manso, tranquilo y de turbarse ajeno!

1562

1592

LOPE DE VEGA

CRONOLOGIAS



1605

1635



## NOTICIA DEL EDITOR

*Se ha limitado la siguiente relación de contemporáneos, a los que aun existían en 1592, al cumplir Lope de Vega sus treinta años, y a los que nacieron hasta 1605 y tenían treinta años en los días de su muerte: año 1635.*

*Se imponen excepciones al margen del forzado recinto que marcan las referidas fechas, para hombres extraordinarios cuya significación e influencia desbordan en el tiempo y en el espacio.*

*Se persiguen con las presentes cronologías objetivos tan interesantes como relacionar y asociar los espíritus más representativos de la época y los más afectos al agudísimo ingenio español, dentro del ámbito ibérico, subrayar sus predilecciones en el pasado y en su presente para proyectar su silueta espiritual, evocar más plenamente la atmósfera en que se destacó y evolucionó su inquieta y fecunda humanidad.*

*Se aspira, por otra parte, mediante las cifras de los hombres más ilustres, a apuntar los más altos acontecimientos humanos que se hayan ofrecido durante su creciente actuación y a apuntar impresiones de la historia en el panorama universal y dentro del ámbito hispánico.*

*Es decir, que LA NAVE desearía ofrecer relación plena de nombres bien sintéticos y expresivos de las características de los largos años en los que tan gran influencia ejerció su genio, demorándose en los de actividades afines, en general, y, particularmente, en los de los recintos de España.*

*LA NAVE, que cultiva atentamente su perfección, acepta indicaciones y sugerencias para salvar lagunas y cubrir huecos deplorables.*

*Se confía a la cultura del lector el remediar omisiones lamentables.*

C O N T E M P O R A N E O S   D E  
L O P E   D E   V E G A



Nace <u>Aparece</u>	<u>Nombre, actividad y nacionalidad</u>	<u>Muere</u> <u>Desaparece</u>
1494	Hans Sachs, <i>poeta alemán</i> .....	1576
1500	Juan de Juanes, <i>pintor español</i> .....	1576
1505	Fray Luis de Granada, <i>místico español</i> ...	1588
1508	Duque de Alba, <i>general español</i> .....	1582
1509	Morales, <i>pintor español</i> .....	1586
1512	El Tintoretto, <i>pintor veneciano</i> .....	1594
1514	Salinas, <i>músico español</i> .....	1590
1515	Santa Teresa de Jesús.....	1582
1515	San Felipe Neri, <i>fundador</i> .....	1595
1517	Ambroise Paré, <i>cirujano francés</i> .....	1590
1517	Antonio Moro, <i>pintor flamenco</i> .....	1575
1524	Juan de Bolonia, <i>escultor flamenco</i> .....	1608
1524	Pierre Ronsard, <i>poeta francés</i> .....	1585
1524	Palestrina, <i>músico italiano</i> .....	1594
1525	Camoëns, <i>poeta portugués</i> .....	1580
1525	Fray Luis de León <i>poeta español</i> .....	1591
1528	Il Veronese, <i>pintor veneciano</i> .....	1588
1533	Alonso de Ercilla, <i>poeta español</i> .....	1596
1533	Montaigne, <i>pensador francés</i> .....	1592
1535	Molina, <i>pensador español</i> .....	1600

<u>Nace</u> Aparece	<u>Nombre, actividad y nacionalidad</u>	<u>Muere</u> Desaparece
1535	Brantôme, <i>escritor francés</i> .....	1614
1537	P. Mariana, <i>escritor español</i> .....	1624
1538	San Carlos Borromeo.....	1584
1540	Vitoria, <i>músico español</i> .....	1611
1542	María Estuardo <i>de Escocia</i> .....	1587
1542	El Cardenal Belarmino.....	1621
1542	San Juan de la Cruz.....	1591
1544	Torcuato Tasso, <i>poeta italiano</i> .....	1595
1545	Don Juan de Austria.....	1578
1547	Miguel de Cervantes.....	1616
1547	Catalina de Médicis.....	1574
1547	Mateo Alemán, <i>escritor español</i> .....	1620
1548	P. Suárez, <i>teólogo español</i> .....	1617
1548	Domenico Theotocopulis « <i>El Greco</i> ».....	1625
1550	Giordano Bruno, <i>pensador italiano</i> .....	1600
1555	Felipe II <i>de España</i> .....	1598
1559	Sully, <i>estadista francés</i> .....	1641
1561	Luis de Góngora, <i>poeta español</i> .....	1627
1562	L O P E D E V E G A	1635
1563	San Francisco Carracciolo.....	1608
1563	Marlowe, <i>dramaturgo inglés</i> .....	1593
1564	Galileo, <i>físico italiano</i> .....	1642
1564	William Shakespeare.....	1616
1567	San Francisco de Sales.....	1622
1567	Guillén de Castro, <i>dramaturgo español</i> ...	1631

<u>Nace</u> Aparece	<u>Nombre, actividad y nacionalidad</u>	<u>Muere</u> Desaparece
1568	San Luis Gonzaga.....	1591
1568	Monteverde, <i>compositor italiano</i> .....	1643
1571	Tirso de Molina, <i>dramaturgo español</i> ....	1648
1572	Ben Johnson, <i>dramaturgo inglés</i> .....	1637
1576	San Vicente de Paul.....	1660
1577	Rubens, <i>pintor flamenco</i> .....	1640
1580	Frans Hals, <i>pintor flamenco</i> .....	1666
1580	Heinsius, <i>pensador holandés</i> .....	1665
1580	Francisco de Quevedo, <i>escritor español</i> ...	1645
1582	David Teniers, <i>pintor flamenco</i> .....	1649
1584	Gracian, <i>pensador español</i> .....	1658
1585	Jansenius, <i>teólogo holandés</i> .....	1638
1585	Richelieu, <i>estadista francés</i> .....	1642
1585	Papa Sixto V.....	1590
1587	Olivares, <i>estadista español</i> .....	1645
1589	Enrique IV de Francia.....	1610
1590	Papa Gregorio XIV.....	1591
1592	Gassendi, <i>filósofo francés</i> .....	1655
1593	Jordaens, <i>pintor flamenco</i> .....	1678
1594	Poussin, <i>pintor francés</i> .....	1665
1596	Descartes, <i>filósofo francés</i> .....	1650
1598	Felipe III de España.....	1621
1599	Cromwell, <i>revolucionario inglés</i> .....	1658
1599	Van Dick, <i>pintor flamenco</i> .....	1641
1599	Velázquez, <i>pintor español</i> .....	1660



<u>Nace</u> Aparece	<u>Nombre, actividad y nacionalidad</u>	<u>Muere</u> Desaparece
1600	Don Pedro Calderón de la Barca.....	1681
1601	Ana de Austria, <i>reina de Francia</i> .....	1666
1601	Alonso Cano, <i>escultor español</i> .....	1667
1601?	Familia Guarnerius, <i>de Cremona</i> .....	1800?
1602	Sor María de Agreda.....	1665
1602	Mazarino, <i>político francés</i> .....	1661
1606	Rembrant, <i>pintor flamenco</i> .....	1669
1608	Milton, <i>poeta inglés</i> .....	1674
1610	Luis XIII <i>de Francia</i> .....	1643
1621	Felipe IV <i>de España</i> .....	1665

\* \* \*

## EL TEATRO UNIVERSAL GRANDES CREADORES

HASTA LOPE DE VEGA



<u>Nace</u> Aparece		<u>Muere</u> Desaparece
525	Esquilo.....	456?
495	Sófocles.....	405?
480	Eurípides.....	406?
445	Aristófanes.....	386
361	Filemón.....	262?
343	Menandro.....	290
254	Plauto.....	184



<u>Nace</u> Aparece		<u>Muere</u> Desaparece
190	Terencio .....	159?

## E r a C r i s t i a n a

?	Misterio de los Reyes Magos.....	
1469	Juan del Encina.....	1529
1475	Fernando de Rojas.....	1536
1510	Lope de Rueda.....	1565
1547	Miguel de Cervantes Saavedra.....	1616
1562	L O P E D E V E G A	1635
1563	Christopher Marlowe.....	1593
1564	William Shakespeare.....	1616
1571	Tirso de Molina.....	1648
1572?	Ben Johnson.....	1637
1600	Calderón de la Barca.....	1681
1606	Pierre Corneille .....	1684

\* \* \*

## T E A T R O E S P A Ñ O L C R O N O L O G I A



<u>Nace</u> Aparece		<u>Muere</u> Desaparece
1224?	Misterio de los Reyes Magos.....	
?	Cota de Maguaque.....	1495
1469	Juan de la Encina.....	1529
1470	Gil Vicente.....	1536

<u>Nace</u> <u>Aparece</u>		<u>Muere</u> <u>Desaparece</u>
1475	Fernando de Rojas.....	1538
?	La Celestina.....	
1510	Lope de Rueda.....	1565
1547	Miguel de Cervantes.....	1616
1549	Rey de Artieda.....	1613
1550	Juan de la Cueva.....	1609
1562	L O P E D E V E G A	1635
1567	Guillén de Castro.....	1631
1571	Tirso de Molina.....	1648
1572	Agustín de Rojas.....	1612
1578	Antonio Mira de Amescua.....	1644
1579	Luis Vélez de Guevara.....	1644
1581	Juan Ruiz de Alarcón.....	1639
1585	Diego Jiménez de Enciso.....	1633
1586	Antonio Hurtado de Mendoza.....	1644
1587	Luis de Belmonte.....	1651
?	Cristóbal de Monroy.....	1649
1588	Felipe Godinez.....	1640
1589	Quiñones de Benavente.....	1651
1600	Don Pedro Calderón de la Barca.....	1681
1602	Pérez de Montalbán.....	1638



TRATADO DE MEDICINA  
DE ALIMENTACION Y  
DE HIGIENE  
NATURISTAS

*en doce volúmenes*



**1. Las Bases de la Medicina Naturista.** — Parte primera. — Las Bases de la Medicina Naturista. *Capítulos: 1.—La tradición médica naturista. 2.—El estudio del hombre no puede disgregarse del estudio de la Naturaleza. Exposición metódica general. 3.—Constitución del Universo. 4.—Constitución energética del hombre. 5.—La circulación de la energía solar a través de los organismos terrestres. 6.—El Ser humano transformador de energía solar.*

**2. La Salud y la Enfermedad.** — *Capítulos: 7.—Las condiciones de vida fisiológica regulan el estado de salud. 8.—Los motivos de vida antifisiológica determinan el estado de enfermedad. 9.—Las enfermedades son máscaras. 10.—Las enfermedades son crisis de limpieza. 11.—Los síntomas son reacciones vitales defensivas.*

**3. La Terapéutica Naturista.** — *Capítulo: 12.—La terapéutica naturista.*

**4. Las Medicaciones Peligrosas.** — *Capítulos: 13.—Las medicaciones peligrosas. Parte segunda.—Los fundamentos de la clínica naturista. 14.—Los síndromes de aptitud mórbida.*

**5. La Alimentación Naturista.** — Parte tercera.

La alimentación naturista.—*Capítulo: 15.—El alimento normal.*

**6. Análisis de los alimentos.**—*Capítulo: 16.—Particularidades de los alimentos.*

**7. Alimentación y cura del estreñimiento.**—*Capítulos: 17.—Los regímenes alimenticios. 18.—Los medios para regularizar y acelerar las funciones intestinales.*

**8. Curas de desintoxicación.**—*Capítulo: 19.—La individualización y la maniobra alimenticias.—La práctica de las curas de reequilibrio orgánico y de desintoxicación.*

**9. El Ejercicio y el Reposo.**—*Parte cuarta.—La higiene naturista.—Capítulo: 20.—El ejercicio físico.*

**10. La Hidroterapia y la Salud.**—*Capítulo 21.—La hidroterapia.*

**11. Los peligros y las ventajas de los baños de sol.**—*Capítulos: 22.—El aire y el sol (baños e higiene). La cura atmosférica. 23.—Los ritmos en la Naturaleza.*

**12. El Tratamiento Mental.**—*Capítulos: 24.—El tratamiento mental. 25.—Las obligaciones profesionales y morales del médico. Conclusión.*





**L a N a v e**

*R e v i s t a g e n e r a l*

*al cuidado y*



*dirección de*

**H u m a n e s**

*Apartado 644. Madrid*

**C u a t r o n ú m e r o s a l a ñ o**

**1. Primavera. Verano. 2**

**3. Otoño. Invierno. 4**

*cuyos sumarios integran:*

*Información general y de medicina e higiene de la evolución naturista greco-latina, médico-filosófica.*

*Las medicaciones peligrosas.*

*Orientaciones para conducta de la dinámica de la salud en la unidad del cuerpo, de la vitalidad y del espíritu.*

*Valoración de la vitalidad individual.*

*Sugestiones dietéticas, mediante clasificación y valoración de los alimentos.*

*Indicaciones para los diversos ejercicios y deportes y para reposos rimados y reposos matinal, semanal e invernial, que regulan las exoneraciones por el orden jerárquico de los emuntorios (intestino, mucosas, piel).*

*Consideraciones a propósito de los peligros y los beneficios de la cura hidroterápica, helio-*



*terápica y atmosférica (baños y aplicaciones de agua fría y caliente, baños de río o baños de mar en primavera y verano, baños de aire, de luz y de sol, sabiamente dosificados y combinados, sin incurrir en las imprudencias e impudicias nudistas).*

*Proyecciones de higiene mental y conducta del espíritu.*

*Colaboraciones: literaria, crítica, médica y filosófica.*

*Del microcosmos: Pensamientos de grandes autores.*

*Bibliografías.*

*Biografías.*

*Miscelánea: Alimentación e higiene de la madre y el niño, del obrero y del deportista, del burócrata y del intelectual, del sacerdote, del enfermo y del viejo.—Menús de la estación. Fórmulas de la cocina sencilla.—Prácticas naturistas.—Particularidades de la estación relacionadas con la actividad solar, el índice de vitalidad anual y las concentraciones de los alimentos.*

*Humanes*

**Nota de la Administración.** — *La Nave no admite reclamos pagados, pero se interesa de manera extraordinaria en informar*

*honestamente a sus lectores, a propósito de firmas y direcciones donde puedan hallar alimentos sanos que les permita conducir con ponderación la dinámica de su salud.*

*Debe asimismo advertir que no recomienda otros artículos que los que figuran expresamente en los apartados de sus páginas y ha de apuntar el peligro de adquirir otros, sin someterlos previamente a la autoridad de los señores doctores médicos naturistas de la tradición hipocrática.*



**La Nave. Apartado 644. Madrid**



EL

D R. C A R T O N

*su vida,**su obra,**sus mejores páginas,**cronologías,**por*

H U M A N E S



B I O G R A F I A S L A N A V E

*Este  
Libro  
terminó  
de imprimirse  
en las prensas  
de «El Financiero»  
el 14 de Octubre de 1935  
y fué encuadernado por*



MADRID, 12  
CAMPOMANES, 8  
ENCUADERNACIÓN CALLEJA  
*Teléfono 10753*









B.P. de Soria



61179303

DR 6513



Национална  
Библиотека  
Универзитета у Загребу





**TOPKID WAGA**

**DR  
6513**

